Bernardo Kordon

China o la revolución para siempre

Editorial Jorge Alvarez

China
o la Revolución Para Siempre

CHINA
O LA REVOLUCIÓN PARA SIEMPRE

BERNARDO KORDON

EDITORIAL JORGE ALVAREZ S.A.

TAPA: ROBERTO ALVARADO

© EDITORIAL JORGE ÁLVAREZ S. A., 1969
Talcahuano 485 - Buenos Aires
Hecho el depósito de Ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina

I

PRIMER ENCUENTRO CON LA REVOLUCIÓN CULTURAL

El trópico sigue espesando el verde de la selva mientras la fatiga parece espesarme la sangre. El compacto verde que domina de Karachi a Dacca se enriza después en las montañas de Birmania. El *boeing* de la International Pakistan zumbaba con la monotonía desesperante de un moscardón aprisionado en un cristal, y nacía la sospecha de que nunca más se llegaría a ninguna parte, hasta que el verde de la selva y las sombras de las montañas se suavizaron en variados y gastados matices: ya volamos sobre la vieja tierra de China, cristalizada en cuadriculados de sembrados y canales.

El avión desciende hasta mostrarnos las hileras de sampanes que se mueven entre los sembrados. De pronto surgen las chimeneas y los cubos blancos de nuevas fábricas: Shangai (10 millones de habitantes) crece y se vuelca en el horizonte, mientras los sembrados parecen internarse en los suburbios industriales como un ejército invasor. En el techo de un galpón nos reciben los caracteres chinos: "¡Viva el pensamiento del Presidente Mao!" excla-

man hacia el cielo y los pájaros, y el *boeing* ya corretea en la pista y después se encamina suavemente hacia los ventanales del flamante aeropuerto internacional de Hung Chiao.

Esta es China de principios de 1968. Después de cumplir los requisitos policiales (breves) y aduaneros (inexistentes) me atienden un intérprete adolescente y dos jóvenes funcionarios. En otros viajes me recibieron gente madura, risueña y circunspecta, que se informaba ante todo del estado de salud y particularmente del grado de cansancio del viajero. Pero los muchachos que me reciben ahora tienen otra clase de preocupaciones frente al forastero que termina de llegar de las antípodas. Acepto agradecido la invitación al *shiusi* —descanso— que se desarrolla en un enclave de biombos dentro de los salones de la planta alta. Nos sirven el consabido té verde, pero no hay como otras veces las sonrisas y los silencios, las preguntas morosas y las respuestas convencionales. Me entregan *ipso facto* el librito rojo de las citas del Presidente Mao en versión española y prenden en mi solapa el distintivo maoísta.

—Siempre comenzamos una reunión con la lectura de las citas —me explica el más joven y evidentemente el más entusiasta de mis anfitriones. Abre su librito y busca un pensamiento. Dice el número escogido, el intérprete me abre el librito en la página indicada y leemos el texto en voz alta: ellos en chino, yo en español. Tres citas bien leídas, deletreadas al unísono, tratando de acondicionar espacios e inflexiones tan distintas como pueden pro-

ducirse entre el chino y el español. (El idioma chino es más conciso que el inglés y por supuesto que el español: solamente el hebreo se le asemeja en esa condición).

Por supuesto al neófito se le impuso la cita Nº 1:

La fuerza-núcleo que dirige nuestra causa es el Partido Comunista de China.

La base teórica que guía nuestro pensamiento es el marxismo-leninismo.

Como en la conversación que mantuvimos en la espera del té verde pregunté si la Revolución Cultural en Shangai fue cruenta o no, se me contestó parabólicamente con la siguiente cita del Presidente Mao:

Hacer la revolución no es ofrecer un banquete, ni escribir un poema, ni pintar un cuadro o hacer un bordado; no puede ser tan elegante, tan pausada ni fina, tan apacible, amable, cortés, moderada y magnánima. Una revolución es una insurrección, es un acto de violencia mediante el cual una clase derroca a otra.

A la primera impresión donde se mezcla la sorpresa (70 por ciento) y el rubor (30 por ciento) por la escolaridad de la situación (que consideré impropia para mis 50 años ya cumplidos) se superpone el sentimiento de que no sólo comparto algunos principios con mis anfitriones, sino que los acepto

públicamente letra a letra. La lectura común y en voz alta transforma una idea individual en idea pública. La interpretación subjetiva deja paso al hecho concreto. Se crea una comunidad, al menos una complicidad. De todos modos un entendimiento. Recordé entonces que cierta vez un instructor militar (argentino) me aseguró que pese a la revolución técnica y psicológica que había transformado el arte de guerrear, la única forma conocida de organizar un ejército es hacer marchar rítmicamente a un hombre detrás de otro y enseñarles a obedecer conjuntamente las mismas órdenes, hasta crear así el sentimiento de cuerpo. Armarlos después con garrotes o cohetes teledirigidos es problema *a posteriori* y quizá secundario: lo fundamental es que antes aprendan a marchar uno detrás del otro, a identificar el *yo* con los *demás*. De modo parecido, estas sencillas lecturas compartidas (al uso de los evangelistas) establecen y consolidan la premisa de que una suma de individuos pueden constituir una unidad de acción por medio de una idea común expresada en un acto público. Unificando las voces en los principios maoístas no sólo esperan unificar la acción política, sino llegar a implicaciones tan diversas como corregir el egoísmo humano o incrementar la producción industrial, todo reducido a la posibilidad de revolucionar la conciencia y transformar el espíritu de la gente.

En evidente homenaje al extranjero, que soy yo (según me pareció), leemos después la cita sobre el doctor Norman Bethune, un médico canadiense que acompañó al Ejército Popular de Liberación en

los difíciles días de Yunán y que murió de una infección contraída mientras operaba a un soldado herido:

Todos debemos aprender de su desinterés absoluto. Quien tenga este espíritu puede ser muy útil al pueblo. La capacidad de un hombre puede ser grande o pequeña, pero basta con que tenga este espíritu para ser un hombre de elevados sentimientos, hombre íntegro y virtuoso, hombre desprovisto de intereses triviales, hombre de provecho para el pueblo.

Pero no, no fue por mi condición de extranjero, tampoco una elección casual: resulta difícil, por no decir imposible, el estudio del pensamiento del Presidente Mao o la simple lectura de sus citas sin que aparezca la figura del médico canadiense. El Dr. Norman Bethune es, gracias a la Revolución Cultural, una de las figuras más populares de China: imposible que no figure en cualquier crítica o autocrítica: justamente representa la identificación del heroísmo con el cumplimiento del deber. Que la figura del médico canadiense sea propuesta como ejemplo máximo a las masas, rechaza esa acusación de xenofobia que se formula a los actuales dirigentes chinos, debiéndose recalcar en cambio el símbolo de internacionalismo revolucionario que implica señalar al médico canadiense como ejemplo a 700 millones de chinos.[1]

---

[1] En la divulgación de la figura del Dr. Norman Bethune y del trabajo que le dedicó Mao Tse-tung (incluido en sus "tres

Apenas cerramos el librito de citas, vuelvo a la andanada de preguntas: ¿Qué pasa en Shangai? ¿Terminó o sigue la Revolución Cultural? ¿Se reabrieron los institutos de enseñanza? ¿Disminuyó la producción industrial?

Sonríen y me contestan:

—Mejor que vea todo eso con sus ojos. Vuelva a Shangai. Lo recibiremos con alegría para mostrarle todo aquello que quiera conocer.

Me resistí a comprender el alcance de la invitación. Estaba cansadísimo y hacía muchas horas soñaba con una cama. ¿Por qué eso de volver? ¿Acaso ya no estaba en Shangai?

—Usted es esperado esta noche en Pekín —me dijo el intérprete, pasándome el pasaje Shangai-Pekín. A través del ventanal estilo Orly me mostró el avión: un turbohélice de fabricación inglesa cargaba carburante en la pista. Los bellos y torturados caracteres chinos clamaban en el fuselaje: "¡Viva el pensamiento del Presidente Mao!"

El furioso silbido de turbinas partió el aire, el *boeing* de la *Pakistan International* pasó por encima de nosotros, rumbo al oeste. De repente me doy cuenta de la lejanía de esa China tan familiar para

artículos fundamentales") he presenciado después algunas de las más logradas teatralizaciones del pensamiento maoísta: un viejo campesino detiene su carreta e invita a subir a una muchacha que marcha por el camino. Conversan sobre el Dr. Norman Bethune, mientras la carreta sube trabajosamente la cuesta, y la baja rápidamente, dando vueltas por las montañas: todo acompañado con música popular e interpretado con la mímica y convenciones del mejor teatro tradicional chino.

mí: ese avión retornaba a Occidente, y desde Shangai el Occidente podía llamarse Dacca o Karachi, Madrás o Bombay.

—¡Qué apuro en volverse! —comentó el joven intérprete señalando el avión, y me emocionó ese tono burlón que tanto acerca a un porteño con un chino. (*La Pakistan International* y *Air-France* son las dos únicas líneas aéreas que llegan con los *boeings* a Shangai —desobedeciendo las órdenes en contra de sus fabricantes y vendedores yanquis).

—Falta hora y media para la partida del vuelo directo Shangai-Pekín —siguió informándome el intérprete—. Mientras tanto lo invitamos a presenciar un espectáculo popular organizado por el conjunto artístico del aeropuerto.

Fuimos a la planta baja. En el salón central se había improvisado un proscenio decorado con banderas rojas y un inmenso retrato de Mao. Las butacas y sillones del salón de espera estaban alineadas a modo de platea. Allí ya estaba instalada la delegación médica china —"trabajadores de sanidad" —que había llegado de Guinea en el mismo avión pakistano. Habían embarcado conmigo en París, pero viajaban directamente del África negra. Llevaban días enteros volando por tres continentes y pude medir su acumulado cansancio por la forma en que algunos se desabrocharon sus chaquetas de funcionarios durante ese inacabable viaje. Claro que ahora los encontraba bien abotonados, correctísimos. Me saludaron sonrientes, como si terminaran de levantarse después de dormir 20 horas. El secreto podría ser esos paños calientes que se pasan

por la cara para borrar los rastros de la fatiga. A lo largo del Viaje París-Shangai mantuve con ellos breves conversaciones en francés. El jefe de la delegación conocía al psiquiatra argentino Gregorio Bermann, a quien acompañó en una visita a China, y me preguntó por él. Mostró gran alegría al saber que estaba bien de salud (y por añadidura escribiendo un libro sobre la salud mental en China) y después me contó algo sobre la obra de sanidad realizada en África. Fueron tan generosos con las sonrisas como avaros con las palabras. Ahora esperaban el comienzo del espectáculo, tan circunspectos como los delegados comerciales de Finlandia que se instalaron a su lado.

La mayoría de los espectadores eran peones de limpieza, empleados de la administración, los mecánicos y las azafatas, todos vestidos con el mismo uniforme azul. Sin quitarse las gorras se despatarraron en los sillones como verdaderos dueños de casa. Otros trabajadores del aeropuerto, vestidos en la misma forma que sus compañeros de platea, y sin tampoco quitarse las gorras, hicieron su aparición por un costado del salón. Por el otro extremo apareció la orquesta, encabezada con tamboriles y gongs. Los dos grupos subieron al proscenio y comenzó la función: marchas revolucionarias —"El oriente rojo" y "La navegación depende del timonel"— coreadas por la mayoría de los espectadores, y citas del Presidente Mao interpretadas en recitados, cantos y danzas. Continuamos, pues, en plena escolaridad, y me propuse entonces beneficiarme con alguna enseñanza. Se hace evidente que la idea

principal del espectáculo es expresar la identidad absoluta entre actores y espectadores, rompiendo justamente la gran tradición del teatro clásico chino —de donde Bertold Brecht se inspiró en sus principios—. En la representación de ahora no sólo son trabajadores del mismo lugar y en iguales tareas, sino que tampoco se diferencian en cualquier tipo de arreglo personal, aunque fuese un toque de *rouge* en las muchachas.

Teniendo en cuenta el voluntarismo de los actores es fácil discernir qué sectores activan en la propagación del pensamiento maoísta. En primer término se impone el número de jóvenes y, en especial, el entusiasmo de las muchachas [1]. Bailan y recitan infatigablemente, dedicando amplios gestos de gratitud hacia el gran retrato de Mao que decora el proscenio. Los imitan, al menos en el entusiasmo, ya que no en la gracia, algunos obreros de edad madura: sus rasgos sufridos distinguen a los que vivieron las legendarias penurias de la vieja sociedad, rostros "pertenecientes a las capas inferiores y ex campesinos pobres", según el léxico oficial. Esta identidad entre la nueva generación que no

---

1 Una vez incorporadas a la revolución —ahora como antes— las mujeres chinas parecen ser las más entusiastas. Se explica por el hecho de que la mujer fue la superexplotada dentro de las masas explotadas. Cuando en la guerra civil las tropas rojas ocupaban una aldea y después debían abandonarla, eran las mujeres quienes mantenían con más entusiasmo los principios revolucionarios (que contemplaban fundamentalmente todos los derechos de la mujer en una sociedad donde tradicionalmente no tenía ninguno).

conoció la vieja sociedad y los que la conocieron a fondo en su peor aspecto, me señalan un hecho coincidente en todas las manifestaciones de la Revolución Cultural, cuya estrategia consiste en la unión de estudiantes ("guardias rojas") y "obreros rebeldes" contra los viejos cuadros políticos y administrativos culposos de burocracia y revisionismo. (Toda similitud con los actuales sucesos en Francia es casual, ¿o no?).

Oscurece y la borrasca barre las pistas cuando nos dirigimos a tomar el Viscount que debe llevarnos a Pekín. Las azafatas retiran las contraseñas al pie de la escalerilla. Reconozco a dos integrantes del equipo teatral de propaganda. Estuvieron recitando y danzando durante una hora y eso fue antes de tomar servicio. Les seguían brillando los ojos de fiebre revolucionaria, como cuando actuaron en el proscenio. Me tranquilizo pensando que en todos los cielos del mundo la aviación civil es apolítica. Mi programa inconmovible es dormir durante todo el vuelo. El avión corretea en la pista y se empina hacia el cielo encapotado. Vuelven a aparecer las dos muchachas para servirnos caramelos, una fruta, un pequeño paquete de cigarrillos chinos y un vaso de té hirviente para compensar la escasa calefacción del avión, que se enfriará más a medida que avanzamos hacia el norte. Pocos son los que alcanzaron a encender los cigarrillos y de ningún modo los que viajamos sin parar desde París. A mi lado ya cabecean los médicos que vienen de Guinea. Y de repente vuelven a aparecer las dos azafatas, así, como saltando de una caja de sorpresas. Una sacude

una pandereta y la otra enarbola triunfalmente el librito rojo de las citas del Presidente Mao. Nos ofrecen una canción revolucionaria y diversos recitados políticos, todo debidamente acompañado con pasos de danza. Se movían en el pasillo con el mismo entusiasmo demostrado en el escenario del aeropuerto. Micrófono en mano invitan a cantar al pasaje, después, una de las azafatas se dedicó a enseñar una nueva canción a un grupo de militares (imposible saber si eran soldados rasos u oficiales). La otra muchacha interroga a los médicos, escucha lo que le cuentan de África. Pero no se guarda la información para ella sola. Fiel a la consigna de "servir al pueblo", hace conocer por el micrófono las experiencias de la delegación médica. Del largo parlamento sólo entiendo las palabras Guinea y Mao Tse-tung. Después el jefe de la delegación es invitado a hablar. Pasa al frente del pasillo y se explaya con un informe de aproximadamente media hora. A continuación son los soldados quienes en un formidable coro nos brindan "El Oriente rojo", mientras el Viscount continúa apuntando al norte entre las borrascosas nubes invernales. Era un avión altamente politizado, un comité de propaganda con cuatro turbinas. Dejábamos una estela de consignas y marchas revolucionarias en el cielo de la gran llanura del norte, que se limpiaba más y más de nubes, hasta que de pronto me sorprendió el duro cristal de la reseca atmósfera de Pekín, una transparencia tan límpida que parece herir la vista —igual a la de Madrid (en la mismísima latitud)—. Las luces de la recta perfecta de la avenida Tchang An, que corta

en dos todo el largo de Pekín, parecen orientar al avión hacia la encrucijada de luces violetas del aeropuerto.

Al salir del avión me golpea el frío que viene de Mongolia: 15 grados bajo cero y un cielo estrellado que reluce como una bóveda de hielo. Al pie de la escalerilla sonríen las dos azafatas. Les brilla la mirada como cuando cantaban en el proscenio del ya lejano Shangai. Menudas y firmes nos condujeron hasta los iluminados ventanales. Las miré con admiración y también con duda. ¡Eran capaces de reanudar en cualquier momento el *show* revolucionario! Fácilmente se leía en sus ojos el deseo de continuar la demostración política y no dudé de que contaban con toda la posibilidad física de cumplir una nueva función en el aeropuerto de Pekín y a continuación reanudar otro vuelo proselitista hasta Shangai. Pensé, entonces, en la juventud que terminaba de dejar en mi país y en Chile, en París y Londres, en Madrid y Atenas. Solamente a estos adolescentes y jóvenes chinos, su gobernante, y más aún su líder absoluto, les ha dicho que debían ocuparse de los problemas del Estado, que nadie mejor que ellos para orientar la política del país, desencadenando por supuesto la conmoción más intensa que jamás sufrió China o nación alguna. Esto resulta doblemente extraño en un país como China, donde al monolitismo de las clásicas estructuras comunistas se agregaba el arraigo jerárquico del viejo sobre el joven en una civilización cuatro veces milenaria.

Con más intensidad que mi primera lectura en común del libro de citas, se me graba la imagen-síntesis de estas politizadas azafatas chinas, vestidas como simples mecánicas, tan alejadas de las minifaldas de las occidentales como del vaporoso atuendo de sus colegas pakistanas. Cabe la pregunta: ¿Son dignas de envidia o de compasión? La respuesta no me corresponde a mí, sino a los jóvenes del mundo.

II

LOS COMPLICADOS TEJIDOS DE PUNTO DE PEKÍN

Las fábricas son barcos que navegan a todo trapo (a veces amenazando zozobrar) en el agitado mar de la Revolución Cultural. Avanzan con facilidad o sufren contratiempos y piden auxilio (generalmente al EPL), o bien se subleva la tripulación y cambia de capitán (no faltando los pilotos desplazados que vuelven a comandar el barco, gracias a la sabia disposición de no tirar a nadie, definitivamente, al agua).

El caudal de la Revolución Cultural fue liberado de las represas y cubrió la gran llanura del norte, encrespándose en el flamante cinturón industrial que convirtió a Pekín, ciudad consumidora durante milenios, en la actual capital productora.

Hombres y máquinas de la Fábrica General de Tejidos de Punto de Pekín necesitan, pues, del timonel para la difícil navegación: no hay máquina que no exhiba el retrato del Presidente Mao, ni obrero que deje de llevar su libro de citas en el bolsillo.

Esta fábrica ha superado los escollos más peli-

grosos y navega ahora en aguas relativamente calmas: se ha constituido ya la Triple Alianza Revolucionaria y me recibe su vicepresidente. Lo acompaña el delegado del Ejército Popular de Liberación y algunos obreros y empleados administrativos. No hay aquí guardias rojos, pero sí jóvenes obreros rebeldes (sus equivalentes en las fábricas), que alternan los trabajos manuales con los políticos y administrativos. Uno de estos muchachos, al escuchar en mi presentación que ya había efectuado otros viajes a China, me preguntó si tuve oportunidad de conocer a Mao Tse-tung. Al obtener de mi parte una respuesta afirmativa, exclamó: "¡Si ha podido ver y conversar con el Presidente Mao, es usted el hombre más feliz del mundo!" (En el curso de este viaje, muchos jóvenes me preguntarían lo mismo en varios lugares de China, provocando siempre la misma o parecida exclamación).

—Bajo la solicitud del Presidente Mao construimos esta fábrica en 1952 —comienza la explicación de rigor—. En 1953 se inició la producción con 400 obreros y se elaboraron apenas tres millones de piezas de ropa interior. Era la primera prueba de este tipo de producción industrial en Pekín. Anteriormente solamente existían fábricas de este tipo de Tsingtao, Tientsin y Shangai. Los caracteres de los nombres de estas ciudades significan respectivamente "azul, cielo, subir", que en chino debe leerse: subir al cielo azul. Justamente esto decía el pueblo de Pekín: usar ropa interior de punto (tan necesaria en los rigurosos inviernos del norte) era "tan difícil como subir al cielo azul".

—Siguiendo las instrucciones del Presidente Mao —cuenta el vicepresidente de la fábrica— de robustecernos en base a nuestros propios esfuerzos, crecimos laboriosamente. La fábrica ocupa ahora a 2.180 obreros y la producción anual llegó a 17 millones de piezas. Abastecemos a Pekín y a otros puntos del país. El 40 por ciento de nuestra producción se dedica a la exportación. Pero los más grandes cambios producidos en esta fábrica no deben referirse al nivel técnico y a la productividad, sino al terreno espiritual, en especial durante el último año y medio, tiempo en que se ha promovido una profunda revolucionización de las mentes. La revolución cultural proletaria tiene por objeto arrebatar el poder político y administrativo a un puñado de contra-revolucionarios y promover al mismo tiempo la revolución ideológica de las masas. Usted debe conocer este proceso en forma general, pero me permitiré explicarle los hechos producidos en esta fábrica. Aquí la revolución cultural comenzó el 1º de junio de 1966. Antes de esta fecha no pudo desarrollarse por la acción de los elementos que seguían las instrucciones del máximo elemento seguidor del camino capitalista. Ese 1º de junio se aprobó la publicación del primer *dazibao* (mural o cartel de grandes caracteres) de la Universidad de Pekín. Poco después la "brigada de trabajo" mandada por el Jruchov chino aplastó el movimiento revolucionario que se estaba desplegando vigorosamente. A raíz de estos sucesos regresó a Pekín el Presidente Mao y convocó la décima reunión plenaria, donde prendió la llama del incendio revolu-

cionario. El 20 de enero (1967) los revolucionarios de esta fábrica arrebataron el poder al puñado de seguidores del camino capitalista. Pero debido al sectarismo pequeño-burgués y a las incitaciones del enemigo, el movimiento se dividió en dos grandes organizaciones. Una se llamaba Rebeldes Rojos y la otra Oriente Rojo. Esta última organización denunció que los *rebeldes rojos* aplicaban la línea burguesa. Como los integrantes del *Oriente Rojo* fueron los primeros en rebelarse, acusaron a los otros de romper la unidad, señalándolos además como extremistas. La situación era la siguiente: una corriente general buena, pero los afluentes resultaban malos. De modo que las dos organizaciones comenzaron a disputarse todos los medios de propaganda, como ser la pegatina de carteles y los altavoces de la fábrica. Los debates ya no se producían por razones ideológicas, sino por la posesión de los medios de propaganda. Cada bando aumentaba el volumen de los altoparlantes para cubrir la voz del contrincante. En un comienzo hubo un objetivo común de lucha contra los elementos contrarevolucionarios, pero después surgieron las divergencias de grupos antagónicos. Cada bando buscó aliados fuera de la fábrica, creando amigos y enemigos. El *Oriente Rojo* agrupó a 800 personas, los *Rebeldes Rojos* crecieron a 1.200. Las dos organizaciones comenzaron a buscar simpatías en los institutos educacionales, llegando a intervenir en otras ciudades y provincias. Es decir: buscaban fuerzas. Todos tenían como finalidad común hacer la revolución ideológica y promover la producción, pero

cada fracción estaba decidida a imponer su propia revolución y su propia producción. Por supuesto que divididas de tal modo las masas, la revolución no se concretaba y disminuía la producción. Todo aquello que planteaba una organización era rechazado inmediatamente por la otra, quien a su vez proponía algo para obtener el mismo resultado. Sin embargo ambas organizaciones mostraban el mismo fervor revolucionario, amaban por igual al Presidente Mao, combatían con la misma determinación al puñado revisionista. Tenían los mismos objetivos, pero debido a la mentalidad pequeño-burguesa que primaba en estos grupos nadie quería reconocer primero sus errores. Fue entonces cuando los combatientes del Ejército Popular de Liberación se presentaron en nuestra fábrica. Esto ocurrió el 26 de junio (1967). Llegaron para apoyar a la izquierda, de acuerdo a los siguientes tres principios:

1) Propagar vigorosamente el pensamiento del Presidente Mao y cumplir un trabajo ideológico profundo, esmerado e intenso.

2) No apresurarse a manifestar ninguna preferencia, sino esforzarse en unir paso a paso a los dos grupos antagónicos, una vez que la investigación probara que se trataba de organizaciones de masas revolucionarias.

3) Aprender de las masas obreras. No temer los errores y corregirlos si existen. Preocuparse por el bienestar del pueblo.

Siguiendo estos tres principios, los integrantes del Ejército Popular de Liberación comenzaron a investigar. Aclararon que esos dos grupos antagó-

nicos querían al Presidente Mao y sus puntas de lanza se dirigían hacia el puñado de seguidores del capitalismo. Entonces la delegación del Ejército reiteró la actitud de apoyar a la izquierda, pero no al sectarismo. Dijeron: "Los apoyaremos si actúan de acuerdo al pensamiento del Presidente Mao". Incitaron a todos los obreros a intensificar el estudio ideológico y el trabajo político. Se los orientó en el estudio de las obras fundamentales del Presidente Mao para que superaran en forma correcta el tratamiento de las contradicciones en el seno del pueblo, y les persuadieron a hacer causa común como hermanos de clase y de lucha. Paso a paso se unieron los dos grupos, el uso de los altoparlantes y otros medios de propaganda fueron unificados, y del mismo modo se creó un solo comando para la producción. Los altoparlantes de la fábrica transmitieron desde entonces los pensamientos del Presidente Mao y ninguna noticia referente a las dos fracciones. El Ejército Popular de Liberación impuso que toda diferencia debía resolverse por el razonamiento y nunca por la coacción ni la fuerza.

Pregunto:

—¿Antes de la llegada de la delegación del EPL se produjeron acciones violentas en esta fábrica?

—Ni antes ni después. Nunca las dos fracciones llegaron a una lucha física en esta fábrica. En setiembre (1967) el Presidente Mao inspeccionó gran parte del norte y centro del país, y su impresión fue que no había choques fundamentales en el interior de la clase obrera. Menos razones existían

para que la clase obrera se dividiera en dos grandes organizaciones incompatibles. Esta conclusión se publicó el 14 de setiembre, y cinco días después se organizó entre los dos grupos de esta fábrica la gran alianza revolucionaria. Se anularon las insignias y estandartes con sabor a fraccionismos, y de común acuerdo se impusieron las normas de los cuatro *no*: no pronunciar palabras provocadoras, no iniciar acciones, no celebrar reuniones de grupos y no pegar carteles que crearan dificultades a la alianza revolucionaria. A través de este proceso se formó la unidad, pero ésto se logró únicamente en el sentido organizativo. En cambio no pudimos concretar la unidad ideológica. Daba la impresión que aún se mantenían latentes algunas de esas contradicciones que habían provocado esas luchas de fracciones. Continuamos estudiando el pensamiento del Presidente Mao para esclarecer el problema, hasta que el último 1º de octubre, el vicepresidente Lin Piao hizo el llamamiento para combatir el concepto de lo privado, además de criticar y repudiar al revisionismo. Todos los obreros y empleados de nuestra fábrica tomamos esta instrucción como palanca clave, un principio guía para que cada uno combatiera contra el principal mal, es decir que comenzáramos a luchar con gran esfuerzo contra nuestros propios conceptos egoístas. Al principio se trató este tema con tácita precaución, como si todos comerciáramos equitativamente, en un verdadero regateo de valores en el que nadie quería perder individualmente. Gradualmente fuimos profundizando un tema que tocaba el fondo de cada uno de nosotros. Pues

aprender, actuar y seguir las instrucciones del Presidente Mao es el problema fundamental para considerarse fiel o no a él. De tal modo, combatiendo el concepto de lo privado, pudimos profundizar cada vez más la esencia de las fracciones. Siguiendo esta investigación pusimos al descubierto los planes de lucha de esos grupos antagónicos, que sus propios integrantes no conocían, a no ser el núcleo central de sus dirigentes. Por ejemplo termino de decirle que ninguna de las fracciones habían recurrido a la violencia física, pero puedo afirmar que estaban preparadas para chocar violentamente. Pues al analizar las peligrosas situaciones ya superadas, muchos confesaron que los principios tácticos eran de atacar recurriendo al razonamiento y defenderse recurriendo a la fuerza. Vale decir que ya se había creado la justificación para un enfrentamiento violento. Nos resulta terrible pensar en esto: estuvimos al borde de una lucha fratricida. Al poner en descubierto el concepto de lo privado, corrigiendo resueltamente los errores provocados por el egoísmo, pudimos avanzar entonces en la revolucionización de las mentes.

—¿También rigió esto para los dirigentes de la fábrica? —pregunto—. ¿Cuál fue el sistema empleado?

—Los dirigentes no solamente formularon su autocrítica en privado, sino que también lo hicieron en una gran reunión pública que tuvo como fin combatir el sectarismo. De tal modo se desarraigó la idea de que la palabra de cada uno debe ser la gran

verdad para los otros. Con este sistema se consolidó la gran alianza revolucionaria en esta fábrica.

* * *

Pregunto su nombre al vicepresidente del Comité Revolucionario. Se llama Chang Chengming. ¿Qué cargo ocupaba antes de esta revolución cultural que tanto lo entusiasma? Me responde que antes fue vicedirector de esta misma fábrica. ¿Perteneció a esa dirección reprobada? Sí, afirmó. ¿Tomó partido por los obreros rebeldes? No, responde. Me explica que en vez de la línea proletaria del Presidente Mao, aplicó entonces la reaccionaria línea burguesa. Pero los acontecimientos le señalaron su error. Al final hizo una autocrítica profunda y volvió a la línea revolucionaria. Por tal motivo, los obreros rebeldes, que antes lo habían repudiado como dirigente, terminaron por elegirlo vicepresidente del comité revolucionario de la misma fábrica.

Al contarme ésto le chispearon los ojos a través de los espejuelos de sus lentes doctorales. A su lado también sonríe el representante del Ejército Popular de Liberación del mismo comité que dirige la fábrica. Se llama Tien Shung-jo. Es joven, muy atento y reservado, de inalterable sonrisa: un político nato y armado además de dos grandes tradiciones políticas: la de China y la del Ejército Popular. Casi no intervino en la conversación, pero fue él quien hizo cantar a todos los presentes *El Oriente Rojo* y otras canciones revolucionarias. Dio

el tono y dirigió el canto. Su voz impostada dominaba el coro de obreros y directores. Claramente se veía que era el militar quien les había enseñado a cantar tan ajustadamente. Tampoco me cabía duda de que eran estos soldados quienes enseñaron el orden de la revolución cultural en ese ambiente convulsionado por la revolución cultural.

Terminadas las canciones le pido a Tien Shung-jo que me cuente su experiencia de militar dentro de la dirección de una fábrica.

—Nuestro ejército fue creado por el Presidente Mao y ahora es comandado por el camarada Lin Piao. Es un ejército sin paralelo en el mundo: hecho para la defensa de la patria y la construcción del país. En el momento crítico de la lucha de dos líneas políticas, que formaban dos grupos dispuestos a enfrentarse en una guerra civil, recibimos la instrucción de intervenir para apoyar a la izquierda. Por eso el 26 de junio llegamos a esta fábrica. En pocas palabras: estamos aquí para propagar el pensamiento del Presidente Mao. Pero también estamos para educarnos en la lucha de clases. Nuestra principal función es apoyar a la izquierda, pero no a alguna fracción en particular.

—¿Puede darme un ejemplo concreto de esto último?

—Sí. La organización *Oriente Rojo* quiso organizar una exposición contra el despilfarro en la fábrica. Entonces los *rebeldes* denunciaron que se trataba de una campaña contra ellos. Finalmente apoyamos la idea y la exposición se realizó, no por orden superior, sino de común acuerdo. Justamente

en setiembre el Presidente Mao reunió a las delegaciones del EPL para recomendarnos que en cualquier caso que se presentara en la revolución cultural, nuestra principal arma debe ser la persuasión, y esto lo tenemos siempre presente.

—¿Cuántos soldados integraron la delegación que llegó a esta fábrica?

—Unos 75 hombres [1], la mayoría combatientes (soldados) y algunos mandos (oficiales). En mi unidad muchos desearon venir, pues todos queríamos realizar la transformación ideológica. No venimos aquí solamente para orientar, sino también para aprender de las masas. Estamos para estimular y apoyar a los trabajadores, tenemos completa confianza en el pueblo y siempre nos apoyamos en él. Esto hace que nuestro ejército sea completamente diferente al del imperialismo y del revisionismo. Respetamos las iniciativas de los obreros, no intervenimos en sus asuntos propios. Los ayudamos a estudiar sus problemas y de esta manera logramos que superen sus antagonismos de grupos. Nuestro mando supremo Lin Piao dice que una vez dominado el pensamiento del Presidente Mao, las amplias masas adquieren fuerzas incontables e inagotables. Este pensamiento actúa como una bomba atómica espiritual. Estamos en este barrio industrial que antiguamente se llamó *pequeña aldea*, pero

---

1 Relativamente muchos. Según mis observaciones no hubo un sistema fijo ni mecánico para la actuación de estas delegaciones. En algunas fábricas se presentaron delegaciones muy reducidas y en otras no fue ninguna representación militar.

desde esta fábrica contemplamos todo el país y todo el mundo, y así aprendimos que debemos ayudar a todos los pueblos revolucionarios de Asia, África y América latina. Del mismo modo los obreros de esta fábrica llegan a la conclusión que deben producir más como deber revolucionario, aunque sea un pie de tela o una camiseta más. Y logran hacerlo. 22 días antes de terminar el año ya habían superado la producción del año pasado.

De tal modo el delegado del Ejército dejaba asentada la premisa de que la "revolucionización" de las mentes —y de ningún modo los "siniestros estímulos económicos"— debe promover el necesario aumento de producción. Quise preguntar otras cosas a Tien Shung-jo, pero éste, sin dejar de sonreír, retornó a su discreto segundo plano, para dejar hablar a otros: tocaba el turno a los trabajadores. Una obrera cuenta cuánto le costaba criar a sus cuatro hijos, hasta que se produjo el hecho de que padres e hijos estudiaron el pensamiento político de Mao Tse-tung. Ahora los hijos mayores cuidan a sus hermanitos, ayudan a la madre en los trabajos domésticos, limpian cuidadosamente el patio de la casa colectiva. En vez de gastar energías en hacer travesuras se dedican a "servir al pueblo". Hablan otros, me muestran exposiciones de los variados productos de la fábrica —los he visto en venta en los grandes magazines de París— y recorremos inmensos talleres: hay un retrato de Mao Tse-tung en cada máquina grande o pequeña. Tien Shung-jo nos acompaña en todo el paseo, hasta el momento

de la despedida, manteniendo siempre su discreto segundo plano.

* * *

Tiempo después pude leer en un boletín de la Agencia *Sinjua* (Nueva China) la culminación del caso Chang Cheng-ming, propuesto como alto ejemplo de logro revolucionario en todos los idiomas que se cablegrafían desde Pekín. La información me pareció interesante como complemento de mis apuntes.

LAS MASAS AYUDAN AL SUBDIRECTOR DE UNA FABRICA DE PEKIN A VOLVER A LA LINEA REVOLUCIONARIA DEL PRESIDENTE MAO

PEKIN, febrero 26. — Con la ayuda de los obreros revolucionarios, un subdirector de una fábrica de Pekín ha vuelto a la línea revolucionaria proletaria del presidente Mao y se ha adelantado para participar activamente en la gran revolución cultural proletaria.

Chang Cheng-ming, de 45 años de edad, era subdirector de la fábrica general de tejidos de puntos de Pekín y ahora es vicepresidente de su comité revolucionario. Nació en una familia campesina pobre y era obrero de la fábrica. Durante algún tiempo fue subsecretario del Comité del Partido Comunista en la fábrica. Aunque en cierta medida resistió a la línea revisionista sobre la administración propugnada por el Jruchov de China, Chang Cheng-ming cometió sin embargo errores tales como los de "poner las ganancias al mando" y emplear incentivos materiales.

Poco después de iniciada la gran revolución cultural proletaria, los obreros lo cañonearon con cartelones en grandes caracteres denunciando y criticando sus errores. Como no pudo comprender el significado y la esencia de la revolución cultural, se

sintió ofendido y no pudo ponerse al lado de la línea revolucionaria proletaria del presidente Mao y sumarse a las masas de la revolución. Cuando el movimiento continuaba profundizándose, surgieron en la fábrica dos grandes organizaciones de masas. Una de ellas era relativamente conservadora y no le hizo ninguna crítica severa; la otra mostró un fuerte espíritu rebelde-revolucionario y fue implacable hacia sus errores.

Chang Cheng-ming apoyó a la primera y ejerció presión sobre la otra. Al proceder así, estaba siguiendo en realidad la línea reaccionaria burguesa, caracterizada por la represión a las masas revolucionarias.

Un obrero de la organización rebelde revolucionaria le dijo una vez: "Tenga cuidado viejo Chang. No vaya por el camino erróneo. Escuche lo que dice el presidente Mao y póngase al lado de las masas revolucionarias". Chang Cheng-ming no le prestó oídos. No sólo se negó a aceptar la crítica, sino que replicó pegando cartelones en grandes caracteres en su propia defensa. Sin embargo, cuanto más resistía, tantas más críticas atrajo.

Durante la tormenta de la "Revolución de Enero" del año pasado, cuando los revolucionarios proletarios tomaron el poder, Chang Cheng-ming fue enviado a trabajar en el taller. Su hijo mayor, soldado del Ejército Popular de Liberación, fue una vez a su casa con permiso y se refirió con Chang Cheng-ming a las enseñanzas del presidente Mao sobre el tratamiento correcto del movimiento de masas y le pidió que volviera a la línea revolucionaria del presidente Mao. Esto tuvo algún efecto. Chang Chen-ming pensó: "Los comunistas deben luchar por los intereses del pueblo. Las masas revolucionarias están bombardeando al puñado de seguidores del camino capitalista dentro del Partido, pero me he convertido en un obstáculo. ¿De qué manera puedo vivir en conformidad con las enseñanzas del presidente Mao y las masas revolucionarias?" Pero el recordar todo el trabajo asiduo que había hecho para el Partido y el pueblo durante largos años no le ayudó a resolver el problema, y se quejó de que las masas no consideraran su aspecto bueno. Debido a que su actitud básica hacia las masas no había cambiado, no pudo obtener correctos puntos de vista y se desanimó. Juró que nunca aceptaría de nuevo ningún cargo dirigente.

En ese momento un grupo de militares procedentes de la unidad 8341 fue a la fábrica a cumplir la tarea de ayudar a las masas de la izquierda, en armonía con las instrucciones del presidente Mao.

Los soldados se enteraron con rapidez de que las relaciones entre los cuadros y las masas estaban tirantes. Muchos de los cuadros tenían miedo de ponerse en contacto con las masas y numerosos obreros no querían tener nada que ver con aquellos cuadros que habían cometido errores.

Para normalizar las relaciones, los militares ayudaron a los revolucionarios a establecer el primer cursillo del pensamiento de Mao Tse-tung y Chang Cheng-ming tuvo la oportunidad de estudiar con ellos.

Los soldados consideraron que el problema principal era ayudar a los cuadros a adoptar una correcta actitud hacia el movimiento de masas. Entonces propusieron iniciar con el estudio del "Informe sobre la investigación del movimiento campesino en Junán" del presidente Mao y su teoría, línea, principios, métodos y política para hacer la revolución bajo la dictadura del proletariado.

Chang Cheng-ming quedó profundamente impresionado por este pasaje del artículo sobre el movimiento campesino: "Todos los partidos y camaradas revolucionarios serán sometidos a prueba ante los campesinos y tendrán que decidir de qué lado colocarse: ¿ponerse al frente de ellos y dirigirlos? ¿Quedarse a su zaga gesticulando y criticándolos? ¿Salirles al paso y combatirlos? Cada chino es libre para optar entre estas tres alternativas, pero los acontecimientos le obligarán a elegir rápidamente".

Esto hizo ver claramente a Chang Cheng-ming sus errores. Comprendió que la revolución cultural es un gran movimiento revolucionario de masas, sin paralelo en la historia. Logró percibir con mayor claridad las enormes contribuciones de las masas revolucionarias que, armadas con el pensamiento de Mao Tse-tung habían calado el designio del Jruschov de China y sus agentes de restaurar el capitalismo, y lo habían frustrado en lo ideológico, teórico, político y organizativo. ¡Qué contribución más importante a la revolución china y mundial! pensó.

"Las masas revolucionarias siempre han tenido una correcta

orientación general en la lucha", admitió Chang Cheng-ming. "Pero siendo un cuadro revolucionario no pude sumarme a ellas en la revolución. En realidad, las he estorbado y reprimido. Por esto merezco de todos modos la crítica de las masas, aunque no haya cometido otros errores."

Las instrucciones emitidas el año pasado por el presidente Mao, durante su gira de inspección por el norte, centro-sur y este de China, ayudaron mucho a Chang Cheng-ming en la comprensión de la línea de masas. El presidente Mao dijo: "La cuestión de las relaciones entre los superiores y los subordinados debe ser solucionada adecuadamente, y las relaciones entre los cuadros y las masas deben armonizarse. De hoy en adelante, los cuadros deben ir al nivel básico a hacer investigaciones; deben persistir en la línea de masas, consultar frecuentemente con las masas sobre los asuntos que se han presentado y ser sus alumnos". Entonces Chang Cheng-ming y otro subdirector empezaron a ir a los talleres y escuchar las opiniones y críticas de los obreros y hacerse autocrítica ante las masas.

El obrero veterano Wang Dien-dsong, de origen campesino pobre y miembro del Partido Comunista, había criticado severamente a Chang Cheng-ming en la primera etapa de la revolución cultural. Chang Cheng-ming le había preguntado: "¿Por qué me trata como a un enemigo?" El viejo obrero había replicado: "No lo trato como a un enemigo. Estoy criticando sus ideas erróneas. ¿Por qué usted se pone tan obstinadamente en contra de las masas?" Pero Chang Cheng-ming no había podido comprender la esencia de la cuestión en aquel entonces. Ahora Chang Cheng-ming fue a verlo: "Viejo Wang, yo estuve equivocado porque no seguí las enseñanzas del presidente Mao. Usted estaba en lo correcto al criticarme, porque deseaba hacerme volver a la línea revolucionaria del presidente Mao. Deseo que me preste más ayuda". Wang Dien-dsong quedó conmovido y dijo: "Somos hermanos de clase. ¿Piensa usted que yo podía verlo deslizarse por el camino desviado sin advertirle? Tenga siempre presentes las enseñanzas del presidente Mao y sígale en la revolución durante toda la vida". Estas palabras alentadoras hicieron que Chang Cheng-ming deplorara aún más sus defectos pasados y su actitud errónea hacia las masas. Mostró gran valor al hacerse una penetrante autocrítica en el cursillo de estudio y en una reunión de masas de toda la fábrica.

Ayuda y aliento venían de todas partes. Dondequiera que iba, era recibido con cordialidad y verdadera camaradería. "Ahora que usted ha visto sus errores y quiere corregirlos, le damos una sincera bienvenida", expresó uno de los obreros. Otro agregó: "Usted hace bien al tratar correctamente a las masas". Otros le alentaron a estudiar bien las obras del presidente Mao y transformar su ideología.

Cuando se estableció en noviembre pasado el Comité Revolucionario de la Fábrica General de Tejidos de Punto de Pekín, Chang Cheng-ming fue elegido vicepresidente.

Chang Cheng-ming está haciendo grandes esfuerzos por revolucionarizar su pensamiento y desarrollar un estilo de trabajo revolucionario proletario cabal. Ahora ya no espera que los camaradas a niveles inferiores acudan a presentarle los informes, sino que va a los talleres y plantas sucursales a ver las cosas en persona y consultar con las masas sobre cómo mejorar el trabajo. Cuando va a los talleres, ayuda en el trabajo. Está constantemente con los obreros para escuchar sus opiniones y anotar sus críticas y sugerencias. Los obreros dicen que el viejo Chang realmente ha cambiado y se ha convertido en un verdadero servidor del pueblo.

Chang Cheng-ming dice: "Bajo el sistema socialista, un cuadro debe mantener absolutamente un amplio y estrecho contacto con las masas. Ser un servidor y no un burócrata es un asunto de actitud básica y concepción del mundo para un cuadro.

"El proceso de ir a las masas y mantener un estrecho contacto con ellas es también un proceso de combatir el egoísmo y criticar el revisionismo. Estoy decidido a realizar el estudio y aplicación creadores de las obras del presidente Mao, ser un alumno de las masas y seguir toda mi vida al presidente Mao en la revolución."

Historia trenzada entre miles de obreros y telares que continuaron produciendo en plena "tempestad revolucionaria", para llegar al edificante

final: el aburguesado dirigente condenado es el mismo que como "cuadro" revolucionario anuncia los triunfos espirituales y materiales de la revolución cultural. Se me ocurre que algo falta en esta información de *Sinjua*. En un segundo plano se me presenta ese joven sonriente militar que enseñó a cantar tan ajustadamente *El Oriente rojo* a dirigentes y obreros de esa fábrica.

La publicidad del caso Chang Cheng-ming corresponde posiblemente al necesario balanceo pendular de toda revolución. Parece corresponder al Ejército ejecutar esa política antisectaria —"apoyar a la izquierda y no a alguna fracción"— que permite desarrollar un movimiento esencialmente antiburocrático, pero dejando en sus puestos a los técnicos políticamente recuperables y sobre todo necesarios para lograr el "salto adelante". La intervención apaciguadora del Ejército en los centros de producción, sus iniciativas de conciliación en los choques de fracciones, señalan posiblemente un nuevo paso en la revolución cultural. La lucha de clases, llevada ahora al fuero interno, contempla simultáneamente la estrategia de proseguir la "tempestad revolucionaria" con la táctica de mantener y acrecentar los cuadros técnicos. Seguramente se producirán nuevos sistemas y nuevas tácticas. Al prevenir los chinos que habrá una, dos, tres o más revoluciones culturales a través de cinco, diez o cien años, se acepta entonces que puede aumentar la complejidad de las tramas (políticas) de la Fábrica de Tejidos de Punto Nº 1 de Pekín.

III

ENTREVISTA CON KUO MO-JO

Vicepresidente del Comité Permanente de la Asamblea Nacional, Kuo Mo-jo es seguramente el intelectual chino más famoso en Occidente en su condición de poeta, historiador, médico, educador, autor teatral. En China se le considera Nº 1 como arqueólogo y erudito en los orígenes y evolución de la lengua nacional. Antecedentes que lo llevaron con sobrados méritos a la presidencia de la Academia de Ciencias. Todos estos cargos no impidieron que Kuo Mo-jo fuera severamente criticado en el transcurso de la revolución cultural. Su autocrítica causó sensación en Occidente: en ella se refirió a su obra literaria, considerándola deleznable, es decir, antirevolucionaria.

De Kuo Mo-jo conozco solamente dos obras: una selección de poemas traducidos al francés, que se publicó hace años en Pekín con el título de "Déesses" (divinidades), y su conocida obra teatral "Chu Yuan, el poeta fiel", referida a la vida del famoso poeta que ocupó el cargo de ministro en la corte Chu durante el período de los Reinos Combatientes (tres siglos antes de Cristo) y fue condenado a morir en el exilio por defender a los campesinos de

los abusos del poder feudal. (Desde entonces los campesinos recorren en determinadas noches del año el río Han con sus botes engalanados con faroles y estandartes en homenaje al poeta Chu Yuan).

Los poemas pasatistas de "Déesses" y el tratamiento convencional del drama (donde la condena de Chu Yuan no surge como consecuencia clasista, sino por las intrigas de malos funcionarios) permiten suponer que la crítica pudo ser justa y la autocrítica sincera. Kuo Mo-jo no se mostró dispuesto a tratar este tema conmigo. Solamente opinó que se consideraba un poeta menor: "una gota de agua si se la comparaba con el océano de la poesía de Mao Tse-tung".

De cualquier modo el caso Kuo Mo-jo sirve para ejemplarizar un proceso inédito en las tradiciones de los países comunistas. En este caso se criticó al poeta y su obra literaria, sin defenestrar al funcionario: Kuo Mo-jo no sólo mantuvo sus cargos, sino que recayó en él una de las mayores responsabilidades de la revolución cultural: la transformación de los sistemas de enseñanza.

En la entrevista que me concedió el 22 de enero de 1968, Kuo Mo-jo aceptó que China encara un nuevo sistema de educación y que esto ha de gravitar fundamentalmente en su futuro.

—Trasladando estos problemas en cifras se llega al cálculo de 230 millones de escolares y estudiantes que tendrán un pensamiento unido y en consecuencia podrán actuar conjuntamente. De tal modo una inmensa fuerza espiritual incidirá en lo social y material, y la producción dará nuevos saltos

adelante. Si lo asimilamos correctamente, el pensamiento del Presidente Mao se convertirá en fuerza material incontenible. Estoy muy contento porque no solamente nosotros, sino también muchos amigos progresistas de todo el mundo han reconocido la fuerza de este pensamiento. Y además son muchos los amigos que estudian este pensamiento en forma muy viva. En el sur de Vietnam, 14 millones de seres aplican intensamente el estudio y la práctica de la guerra popular, con el resultado que al imperialismo yanqui le resulta imposible avanzar o retroceder. Otro logro parecido fue sacar a luz al Jruchov chino, vale decir, quitar del medio la interferencia ideológica que impedía aplicar plenamente el pensamiento del Presidente Mao. Otra labor igualmente importante consiste en continuar la crítica al Jruchov chino. Con estas bases se establece la gran alianza revolucionaria y se consolida la dictadura del proletariado. Una de las tareas actuales más importante es rectificar las organizaciones populares, las ligas juveniles e inclusive a los guardias rojos, a fin de asegurar su máxima combatividad.

—Otro punto fundamental —recalca Kuo Mojo— es apoyar al ejército y aprender de su política con el pueblo. Nuestro Ejército Popular no es solamente una garantía de la defensa nacional, sino un ejemplo vivo de amor al pueblo, de identificación con el pueblo. Nuestro ejército se debe al pueblo y nada reclama para sí. Es la institución que más ejemplos ha dado y sigue dando de sacrificio de sí

mismo. Debemos apoyar al ejército y tenerlo constantemente como ejemplo.

—Por último hay un punto que tiene relación con los enunciados anteriores y constituye su síntesis: debemos estar dispuestos espiritualmente para afrontar la guerra en caso de ser atacados. El principio estratégico es luchar contra el concepto del interés individual y hacer prevalecer el interés colectivo. Para lograr este cambio fundamental del espíritu se debe mantener la revolución cultural. Como ahora iniciamos el año 1968, puedo informarle amistosamente que la revolución cultural se mantendrá durante todo este año. Seguramente se presentarán otros trabajos revolucionarios, pero de todos modos la revolución cultural necesitará completarse. Habrá una, dos, tres o cuatro revoluciones culturales: nunca terminará, pues no debemos bajar la vigilancia. El proceso del socialismo es prolongado. Del socialismo al comunismo se requiere un largo proceso histórico. Si se baja la vigilancia se producirán vueltas y revueltas. Siempre tenemos presente la gran lección que nos ofrece la Unión Soviética. El año pasado se cumplió el cincuentenario de la gran revolución de octubre, pero el proceso iniciado con la muerte de Stalin promueve la restauración del capitalismo en la patria de Lenin. Esta experiencia histórica originó nuestra revolución cultural, que dirige personalmente el Presidente Mao, para llegar a la misma alma de cada ser, para que cada uno hurgue en sí mismo a fin de arrancarse la raíz egoísta. Estamos empeñados en que esta *revolución del alma* garantice que la Re-

volución China no cambiará de espíritu. *Cada uno de nosotros* —como bien dice Lin Piao— *es el motor de la revolución y también el objetivo de la revolución.* Debemos renovar el estilo del trabajo en todos los puestos y niveles. Si cada persona se dedicara por entero a su trabajo en cualquier puesto, sin preocupaciones individuales egoístas, se elevaría portentosamente la producción en cantidad y calidad.

Con esta explicación Kuo Mo-jo ofreció la situación general de la revolución cultural. Rio con optimismo, seguramente para señalar que hasta aquí todo resultaba claro y fácil. Después pasó a resumir la esencia del problema, y puedo yo repetir una conocida expresión china —"le escuché las palabras que yo mismo quería decir"— o más exactamente respondió a mi pregunta fundamental:

—Debemos estar preparados para enfrentar cualquier ataque. En el mundo hay 2.200 bases militares yanquis. Aquí en el Oriente nos han bloqueado desde hace más de 18 años. Desde Corea hasta Birmania han extendido una media luna contra China. Lo más interesante del caso (y aquí nuevas risas de Kuo Mo-jo) es que determinada gente ayudó a cerrar la otra media luna en el continente, de modo que esas dos media lunas se unen ,o
ahora como luna llena.
Ade-
—El imperialismo no se resigna a su der hijos
En 1950 desencadenó la Guerra de Corea, e Mao
intención de estrangular a la nueva China da los
cuna. Ahora en el sur de Vietnam dirige su g ustria
de agresión con la visión más amplia de acen arán
el bloqueo y probar nuevamente de estrangularn

En esta situación no podemos hacer menos que prepararnos para la lucha. Nuestra revolución cultural es una gran movilización para enfrentar la agresión. Estados Unidos no se resignará a declinar su estrategia global y nos hará la guerra, aunque resulta difícil calcular cuándo y cómo se producirá. Lo prueba su constante aumento del presupuesto militar y el ajuste de su economía de guerra.

A continuación Kuo Mo-jo se refirió al mensaje de Johnson sobre el presupuesto militar, y por mi parte le hago la observación de cómo puede entenderse que si el imperialismo sufre grandes reveses militares y contratiempos políticos en el resto del mundo (según terminaba de expresar) pueda iniciar ahora un ataque frontal contra China. Kuo Mo-jo replica que justamente esas dificultades que EE. UU. sufre desde Vietnam hasta su propio territorio, hacen temer un ataque yanqui en cualquier momento. *Solamente un perro desesperado* —sentenció— *es capaz de romper una cadena o saltar una pared.*

Otra risa de pleno optimismo antes de proseguir:

—El primero de enero, China y Estados Unidos lanzaron sus declaraciones para el nuevo año. ...na formuló los cinco puntos para avanzar y Es- Es ...Unidos expuso su desesperación para frenar ción ...mía del dólar. Dijo Johnson en su mensaje den ...hina está sola, pero no es cierto: tenemos ami- pa ...en los pueblos de todo el mundo. ¿En cambio ar ...iénes son amigos de Johnson? (Nueva risa). ¡Ni

su pueblo lo quiere! Ya tiene cuatro millones de desocupados y veinte millones de negros que se rebelan contra el racismo y la explotación.

Y sin risa la vuelta al *leitmotiv*:

—Debemos prepararnos para enfrentar la provocación. Si nos atacan destruiremos al imperialismo. Por eso debemos apurar la revolución cultural: para que todos y cada uno de nosotros tengamos el espíritu de autosacrificio. Así estaremos más preparados y tendremos más fuerzas para enfrentar al enemigo. Claro que esto nos obliga a realizar con premura algunos trabajos concretos. Por ejemplo figura en nuestra agenda la transformación de la educación. Su orientación está decidida: debe servir a la política del proletariado y servir a la producción. Ahora podemos decir con seguridad: debemos acortar el período de enseñanza. Ocupábamos 6 años de educación primaria, 6 años de secundaria y otros 6 en la universidad: total 18 años para formar un médico. Tiene que acortarse el período de enseñanza, simplificar las materias, reformarse los métodos. Se impone cambiar el sistema de exámenes. ¡No debe ser una emboscada contra el estudiante! Los estudiantes darán sus exámenes con los libros al alcance de sus manos, para estimularlos en la investigación y no en la simple memorización de las fórmulas. Además hay que prestar especial atención a los hijos de los obreros y campesinos. El Presidente Mao proyecta un tipo de enseñanza que comprenda los conocimientos conjuntos de agricultura, industria y asuntos militares. Los alumnos se incorporarán

directamente a la producción para integrar después los planteles de los institutos de especializaciones. Según sus estudios, los alumnos participarán en los trabajos del campo o en la industria, en los mercados y empresas. Así podrán identificarse con los trabajadores. Debemos forjar servidores de la sociedad socialista y no pedantes separados de las masas. En eso estamos trabajando: el sistema definitivo se forjará en la marcha. Según la opinión del Presidente Mao debemos formar el sistema de educación que corresponda a la cultura socialista. Siempre tenemos presentes los ejemplos que nos ofrece la Unión Soviética. Stalin hizo muchos méritos para la causa del socialismo: industrializó su país, fortaleció el Ejército Rojo, hechos que le permitieron derrotar al nazismo. Pero en cambio no transformó los conceptos burgueses de la enseñanza y en vez de combatirse las ideas egoístas, se siguió fomentando los sentimientos del interés privado. Desde 1956 Jruchov comenzó a brindarnos una lección negativa pero magistral. Desde entonces el Presidente Mao dirigió y sigue dirigiendo esta gran revolución cultural. Primero fue la labor de crítica profunda. La transformación de la educación será el próximo e importantísimo paso para cerrarle el camino al revisionismo. Solamente contando con un sistema educacional que corresponda al socialismo se podrá garantizar que China no cambie de color.

En cuanto al arte y la literatura se comenzó más temprano. Hace ya 26 años el Presidente Mao fijó su orientación y métodos en *Charlas sobre arte y literatura en el Foro de Yenán.* Hace más de cuatro años la camarada Cheng-ching[1] orientó el proceso de transformación de la Ópera de Pekín. Se lograron producir obras dramáticas de la categoría de "La linterna roja" o "Muelles de Shangai", o los ballets "La muchacha de los cabellos blancos" y "El batallón de mujeres". Es un arte nuevo al servicio de las masas. Los enemigos nos calumnian, dicen que destruimos la herencia cultural, que rechazamos todo lo extranjero. Palabrerío de gente que nada sabe de la realidad china ni del pensamiento del Presidente Mao. Nosotros asimilamos la esencia de la cultura nacional y sólo descartamos la escoria feudal. El mejor ejemplo de esto es la poesía de Mao Tse-tung. Ahora publicaremos un volumen con 37 poemas escritos desde 1925 a 1963, que expresará el proceso de la revolución en la poesía. Durante miles de años no hubo un solo poeta que alcanzó su nivel. Y es que Mao Tse-tung utiliza la forma tradicional con un contenido nuevo. Por otra parte la revolución cultural significa un cambio de sentimientos que hará surgir nuevas formas de literatura y arte. ¿Vio usted el conjunto de esculturas "El patio del pago de arriendos"? A nuestro juicio no es inferior a las esculturas clásicas de Grecia o Roma. Es la culminación del viejo arte chino, pero sobre todo el fruto de la incorporación de los trabajadores y de los jóvenes en la producción artística.

[1] La actual esposa de Mao Tse-tung, que fuera famosa actriz.

—Pasando a los avances técnicos —prosigue Kuo Mo-jo— puedo decirle que ya tenemos resueltos todos los problemas de la bomba de hidrógeno y de los cohetes teledirigidos. Otro éxito chino del que ya puedo informar es la computadora electrónica de gran tamaño. Durante dos años mandamos delegaciones a Occidente para gestionar su compra y todo fue en vano. Entonces se formaron aquí dos sectores de opinión: los que consideraban necesario insistir con las empresas de Inglaterra y de otros países capitalistas para adquirir esa computadora, y los que querían fabricarla por nuestros propios esfuerzos. No perdimos más tiempo. En dos años y ocho meses resolvimos todos los problemas técnicos y fabricamos nuestra gran computadora electrónica. Su calidad sobrepasó a la inglesa, con la diferencia que además de calcular puede cantar "El oriente rojo". Sus constructores son jóvenes, todos tienen menos de 30 años. Este equipo se dividió en dos grupos a raíz de la revolución cultural, discutieron y se criticaron mucho, pero sin abandonar el trabajo, hasta que finalmente se unieron en el logro revolucionario. Esto demuestra que la actual revolución cultural proletaria no afectó sino promovió la producción material y espiritual. El dominio de la fuerza espiritual se convertiría en fuerza material a nivel nacional. El Presidente Mao nos dio el mandato de alcanzar el nivel técnico de los países más avanzados y lo haremos. Creemos que después de esta revolución cultural se producirán avances más rápidos en todos los frentes. El hecho es evidente en la investigación científica. Recientemente más de cien hombres de ciencia, pertenecientes a 30 especialidades, realizaron una investigación científica múltiple y sistemática en la cumbre Jolmo Lungman del Himalaya. Su nombre es chino: significa la tercera muchacha más alta, refiriéndose al tercer dedo de la mano. Su altura supera los 7.000 metros y es considerada la mayor del mundo. Esta hazaña científica contó con el apoyo de las masas del pueblo tibetano y del Ejército Popular de Liberación. Las investigaciones realizadas corresponden al nivel más avanzado y son de suma importancia para China y para todo el mundo. También en este caso fueron los jóvenes imbuidos en el pensamiento del Presidente Mao quienes jugaron el papel primordial. Según nuestra experiencia, después de asimilar este pensamiento político, los jóvenes pueden abrir caminos absolutamente nuevos. Pues el conocimiento no viene solamente de los libros sino de la vida y la acción revolucionaria.

IV

ESTRATEGIA MAOISTA Y EDUCACION

Antes y después de la proclamación de la República Popular, Mao Tse-tung mostró particular interés en transformar los sistemas educacionales: "La transformación de la vieja educación escolar y de la vieja cultura social debe ser realizada sistemática y cuidadosamente". Insistió repetidas veces en este problema: "Debe acortarse el período de estudios, debe hacerse una revolución en la educación". Conforme al principio "menos pero mejor", propició la reducción de asignaturas, la reforma de los métodos de exámenes y la abolición del sistema de saturar mecánicamente de conocimientos, para suplantarlo por el método de la aplicación práctica de la enseñanza, desarrollando el sentido de iniciativa del estudiante, esto de fundamental importancia en la postrada China que salía de la guerra civil con bajo nivel científico y urgente necesidad de técnicos.

Estas primicias educacionales, fijadas ya en Yenán y que se imponen ahora dentro del marco de la revolución cultural, constituyen los elementos

fundamentales de la estrategia maoísta y de ningún modo una improvisación táctica, como entienden erróneamente muchos observadores occidentales.

Se culpa principalmente a Liu Shao-chi de oponerse a la realización de estos proyectos de Mao Tse-tung sobre la enseñanza. El *Jruchov chino*, autor del otrora famoso y actualmente condenado libro "Sobre la autocultivación", en su apología del pragmatismo recomendaba a los estudiantes que en vez de prestar atención a lo que ocurría en el exterior de las aulas, debían concentrarse enteramente en sus estudios. Mientras la tesis de Mao Tse-tung indicaba que el ejercicio de la política era fundamental para el conocimiento —"no tener una correcta concepción política equivale a no tener alma"—, Liu Shao-chi por lo contrario aconsejaba al estudiantado abstenerse de la acción política a fin de evitar "desatender su propio oficio". Esta estrategia conservadora fue llevada en la práctica por Lu Ding-yi (hasta hace poco viceprimer ministro y responsable de Educación y Propaganda en el Partido), quien en 1960 atacó violentamente a la reforma educacional iniciada en 1958, y en 1961 impuso el aumento de 11, 13 y 10 asignaturas en los ciclos primarios, secundarios inferior y superior respectivamente, sin contar otras cuatro asignaturas optativas en el último ciclo secundario. Las clases de enseñanza secundaria fueron aumentadas en 34 ó 36 por semana. Mao Tse-tung había propuesto la simplificación de los exámenes, inclusive su anulación, suplantándolos con aplicaciones prácticas donde el alumno podría recurrir a la consulta de

libros. Por lo contrario Lu Ding-yi introdujo el sistema de exámenes sorpresivos, que podían producirse en cualquier día y hora sin ningún anuncio previo, que formaron un ambiente de tensión en el estudiantado, posiblemente creado con el fin de despolitizar los centros de enseñanzas. Además se estimuló el estudio con un sistema de calificaciones competitivas, incluyéndose premios de medallas de plata y oro, estableciéndose asimismo el grado de eficacia de una escuela conforme el número de sus alumnos admitidos en los institutos de enseñanza superior. Se formaba así un sistema educacional donde el profundo sentido popular, comunitario e igualitarista de Mao (a igual que los textos de estudios creados en las luchas revolucionarias) fue suplantado por sistemas muy parecidos a los existidos anteriormente en las zonas dominadas por el Kuomintang. Se dice ahora que gracias a Liu Shao-chi y Lu Ding-yi el sistema educativo burgués fue restaurado casi en forma total. Este hecho fue una de las principales causales de la revolución cultural y la destitución de Lu Ding-yi una de sus primeras consecuencias.

Estas circunstancias deben ser analizadas en el contexto de la historia de China. Desde Occidente no se entiende bien el significado que tiene aquí el dominio político de una *élite* intelectual. Durante trece siglos (desde la dinastía Tang) China fue administrada por una decantada burocracia de letrados, cuyos cargos no eran asignados por simple recomendación de la corte, sino de acuerdo a sus conocimientos literarios y filosóficos (confucianismo),

probados en rigurosos exámenes oficiales, particularmente vedados a actores, boteros y prostitutos[1]. Por supuesto que la inmensa mayoría de campesinos analfabetos no podían brindar la mínima educación a sus hijos, por lo cual esta práctica del examen imperial, de significación democrática a simple vista, no pasaba a ser otra cosa que la precaución del Imperio en mantener una burocracia culta, eficaz y numerosa, necesaria para administrar el estado más amplio y poblado del mundo.

Con más sagacidad que sus congéneres europeos y asiáticos, los emperadores chinos hicieron del letrado una clase dirigente que estaba por encima del guerrero y del monje. Claro que esos letrados no se mostraron nunca inconformistas, sino que por lo contrario constituyeron la fuerza espiritual del tradicionalismo chino. Monopolizadores de una cultura riquísima y de una lengua escrita muy complicada, los letrados se establecieron en la sociedad feudal como el puente imprescindible entre una corte encerrada entre las murallas de la Ciudad Prohibida y el infinito océano del campesinado chino.

Un letrado, en carácter de representante del emperador, no debía jamás realizar ningún trabajo

---

[1] Los antiguos actores, que dominaban el manejo de armas reales en el escenario, y aprendían tácticas militares en las obras clásicas, llegaron a encabezar rebeliones populares. En cuanto a los boteros pertenecían a una especie de parias intocables de la vieja sociedad china. Los "habitantes del agua" del Río de las Perlas no tenían derecho a residir en tierra y recién después del triunfo de la revolución china pudieron residir o simplemente caminar por las calles de Cantón.

físico. Certificaba ese atributo con su ropaje suntuoso y el exorbitado largo de las uñas de sus manos: su condición de refinado consumidor lo elevaba justamente del andrajoso monje y del rudo militar. Esta astuta jerarquización del intelectual y del erudito mantuvo a la clase ilustrada al margen de las numerosas revoluciones que se produjeron en la China feudal. En cambio fueron los campesinos quienes iniciaron y dirigieron las 18 grandes revoluciones y cientos de sublevaciones que recuerda la historia de China: la primera se remonta al año 209 antes de Cristo y la más amplia fue la guerra de Taiping —un poco posterior pero mucho más cruenta que todas las campañas napoleónicas—. Tampoco los letrados promovieron ningún cambio en la cristalizada sociedad china, siendo los campesinos quienes en la guerra de Taiping impusieron novedades revolucionarias: reparto de la tierra a los campesinos, liberación de las mujeres, prohibición del opio, de la prostitución, de mutilar los pies de las mujeres, etc. No es extraño entonces que Mao Tse-tung, al aplicar el marxismo en China en forma creadora y atendiendo sus condiciones concretas e históricas, se mostró siempre tan esperanzado de las reservas morales del campesinado como receloso de una burocracia que tiende a heredar o retomar las funciones y condiciones del letrado feudal.

Es conocida la historia del hijo de Mao Tse-tung, que éste debió abandonar Shangcha (capital de Junán) cuando la cabeza del líder revolucionario fue puesta a precio por el Kuomintang. El hijo de Mao se convirtió en uno de los tantos niños vagabundos,

hasta que buscado por los camaradas fue llevado a la Unión Soviética. Ya las fuerzas revolucionarias reagrupadas en Yenán, el hijo vuelve a reunirse con su padre. Trae un uniforme flamante y un título de técnico para incorporarse a la Revolución China. Su padre le hace quitarse el uniforme y haciendo caso omiso de su diploma lo manda ayudar a los campesinos en el trabajo de la tierra: punto de partida obligatorio para conocer y transformar a China.

Por supuesto no se trata de una experiencia idílica: tampoco lo fue para el mismo Mao Tse-tung, quien calificó de "dolorosa" su propia transformación de estudiante en revolucionario, su cambio de vida de intelectual a la de un hombre de pueblo: "Mientras estudié tomé hábitos de estudiante y pensaba que era denigrante trabajar con mis propias manos. Entonces me parecía que solamente los intelectuales eran limpios y que los campesinos y obreros eran sucios. Pero la Revolución me puso en las filas de los trabajadores, de los campesinos y soldados, y poco a poco me fui familiarizando con ellos, del mismo modo que ellos se familiarizaron conmigo. Fue entonces cuando se produjo en mí un cambio fundamental". De esta experiencia dolorosa pero altamente didáctica, que concreta justamente el "cambio fundamental" de todo revolucionario, no se exime nadie. Todos los intelectuales, funcionarios, estudiantes, empleados administrativos, actores y cantantes, todos en China van a trabajar temporadas al campo, a conocer la realidad china, para que no surja en la nueva China algo parecido al viejo letrado chino, ni se conviertan en esos intelectuales burgueses que "ni hacen trabajos físicos ni distinguen el arroz del trigo".

De esas normas cristalizadas del feudalismo chino surge la contrapartida del implacable igualitarismo que caracteriza a la acción política de Mao Tse-tung. Ya en 1934 recomendó: "Los obreros, campesinos y sus hijos deben gozar de prioridad en la educación", política que se cumplió durante la guerra civil en las zonas liberadas y que vuelve a actualizarse como consecuencia de la revolución cultural. Esta prioridad de la enseñanza en las amplias masas campesinas no sólo se cumple con el fin de evitar la formación de una clase burocrática, sino también para buscar el "levantamiento" de las capas inferiores, promoviendo (en vez de evitarse) que esas enormes masas tradicionalmente pasivas se instalen, con mayor o menor agresividad, dentro de una nueva sociedad que corresponda a un estado moderno. Pues el comunismo chino no acepta la necesidad de una burocracia monolítica, desarrollando en cambio la tesis de resolver las contradicciones internas por medio de las confrontaciones de las partes interesadas, creando así esas situaciones que en Occidente son vistas como señales de anarquía, pero que para los chinos señalan por lo contrario que van por el buen camino. Al aceptar que actualmente hay campesinos pobres y ricos, se apoya entonces la "rebelión" de los campesinos pobres contra los ricos. Confrontaciones que se estimulan como medios de crear nuevas situaciones revolucionarias. Pues al revés de lo ocurrido en otros países socialistas, el partido chino trató siempre de mantener no sólo la discusión, sino

también la tensión interna, considerada un signo de salud revolucionaria por Mao Tse-tung, quien aseguró que sin contradicciones internas no habrá progresos en el Partido. Partiendo de la premisa de que las contradicciones de clases crearon los avances de la humanidad, se estableció la necesidad de hacer jugar las contradicciones que se produjeran dentro del sistema socialista (en vez de negarlas por decreto), de modo que sirvieran para crear nuevas condiciones revolucionarias, vale decir posibilidades de nuevos avances sociales y económicos. Mientras en otros países socialistas se considera que con la toma del poder se terminan las contradicciones de clases, los chinos aseguran que la toma del poder por los comunistas intensifica la lucha de clases, puesto que durante un tiempo ilimitado continúa la lucha entre el camino capitalista y el camino comunista. Con relación a esta teoría, Mao Tse-tung señaló reiteradas veces este dicho: "El árbol preferiría la calma, pero el viento no se aplaca". Referencia a contradicciones y confrontamientos sociales que no pueden anularse desde arriba, y que la revolución cultural acentúa hasta llegar al enunciado de la editorial del Diario del Pueblo (Pekín, 1º de junio de 1966): "Es erróneo, contrario al marxismo-leninismo y reñido con la dialéctica afirmar que en la sociedad socialista no hay contradicciones. ¿Cómo podría no haberlas? Aún habrá contradicciones de hoy en 1.000 años, en 10.000 años e inclusive en 100 millones de años. Habrá contradicciones en el Universo aun después de que la Tierra se destruya y se extinga el sol. Todas las cosas se hallan en medio de la contradicción, la lucha y el cambio. Esta es la concepción marxista-leninista. El marxismo es, por su esencia, crítico y revolucionario. Su espíritu básico es la crítica, la lucha y la revolución. Sólo dentro de este espíritu es posible hacer avanzar constantemente nuestra causa socialista".

Al aceptarse que actualmente existen capas de campesinos pobres y campesinos ricos, se apoya entonces la "rebelión" de los campesinos pobres contra los ricos. Se acepta también que hay funcionarios déspotas, indiferentes o incapaces (tratándose muchas veces de elementos revolucionarios que se pervierten al asumir el mando). Se apoya entonces a la "rebelión" de las masas contra estos funcionarios. El desideratum se produjo cuando los estudiantes se rebelaron contra los profesores que no llevaban a la práctica el pensamiento del presidente Mao. Éste expresó cierta vez que todas las verdades del marxismo podían resumirse en una sola frase: "La rebelión se justifica". Vale decir: toda rebelión tiene sus causas reales y también sus consecuencias positivas. En el caso de la rebelión estudiantil se resolvían los dos problemas que más preocupaban a los comunistas chinos: el predominio conservador en la enseñanza superior y los sentimientos revolucionarios de esa juventud que en un futuro próximo tendrán que señalar "el color de China". Repetidas veces las personalidades entrevistadas en viajes anteriores me declararon que tanto los imperialistas como los revisionistas ponían sus esperanzas en las próximas generaciones: "Calculan que una vez desaparecidos los hombres que hicimos la revolución, las nuevas

generaciones caerán en el aburguesamiento de costumbres e ideas". Lo dramático fue que los dirigentes chinos también creyeron en esa posibilidad, e igualmente —por motivos contrarios— pusieron todas sus esperanzas en la juventud china. Entonces el estado mayor maoísta se dedicó a trazar la estrategia y táctica de la batalla a librarse en el campo de la enseñanza.

Algunos hechos aislados en Pekín y Cantón —los extremos norte y sur de China— fueron vinculados y capitalizados por Mao Tse-tung para que la juventud se enfrentara directamente con sus dirigentes. Por primera vez un gobernante no recomendó obediencia al estudiantado, sino que estimuló su rebelión. Mao Tse-tung suplantó públicamente la tradicional divisa "obedecer" (a los antepasados, a los padres y a los maestros) con esta otra: "atreverse".

La principal y primera tarea de los revolucionarios chinos fue conmover la pasividad de su pueblo: la preocupación actual es desterrar esa pasividad para siempre[1]. En tal sentido la rebelión estudiantil es el fruto más apreciado de la revolución cultural y Lu Rong-guen, un estudiante de Shangai, fue considerado héroe juvenil por haber criticado con "intrépido espíritu rebelde" al escritor Tao Chu, miembro del Comité Central del P. C. Ch.

Alumno de segundo año del segundo ciclo de un colegio de Shangai, Lu Rong-guen se destacó en la confección de diversos *dazibaos* dedicados a denunciar la esencia contrarrevolucionaria de "Los ideales, la integridad y la vida espiritual" y "El pensamiento, el sentir y el talento literario" y otras obras de Tao Chu. Mezclado con millones de guardias rojos, el estudiante Lu Rong-guen llegó a Pekín para proseguir su campaña de crítica ideológica que la prensa china expone en los acostumbrados términos militares: "Blandiendo su pluma como una espada, escribió un *dazibao* de 20.000 caracteres. Esto lo hizo víctima de un contraataque y persecución (del poderoso Tao Chu). Pero nunca Lu Rong-guen se desanimó ni titubeó. Por lo contrario, declaró: ¡Nunca bajaré mi guardia hasta que Tao Chu sea derribado!"

---

[1] La vieja civilización china había impuesto al pueblo el principio de la no violencia. Esto sirvió para que el imperialismo, a su vez, impusiera la diplomacia de la cañonera: bastaba un par de cañonazos para torcer la voluntad de millones de chinos. A las víctimas les quedaba el consuelo de referirse al "triunfo moral" de la no violencia china frente a la agresión militar de los colonialistas, fueran éstos ingleses, franceses, yanquis, rusos, japoneses o alemanes —a veces actuando por separado o bien todos juntos, como sucedió en la Guerra de los Boxers—. Para cambiar este estado de cosas se hizo necesario que los patriotas chinos se convirtieran en los profetas de la violencia revolucionaria: Lenin fue el único pensador occidental que gravitó en China.

Un ejemplo digno de mencionarse es el del famoso escritor revolucionario Lu Sin. En su juventud consideró que la ciencia era el medio más apropiado para luchar contra las miserias de su patria. Estudió medicina en Nankín y fue becado a Japón para completar sus estudios. Cierta vez fue al cine con sus compañeros japoneses. Proyectaron escenas de la ejecución de un chino en manos de los invasores japoneses. El verdugo japonés lo decapitó bajo las miradas abúlicas de otros chinos que presenciaban el espectáculo. Los estudiantes aplaudieron y Lu Sin se incorporó y abandonó el cine. Comprendió que la peor enfermedad que sufría el pueblo chino era la pasividad: resolvió abandonar la medicina para dedicarse a la literatura revolucionaria.

En Pekín participó en la marcha de un millón de guardias rojos y después de un mes de trabajo pegó en un muro el trabajo de un mes: un *dazibao* de 10.000 caracteres con el título de "Cañonear a Tao Chu con bombas poderosas". "Este *dazibao* estremeció a todo Pekín. Tao Chu montó en cólera y organizó inmediatamente un contraataque". Pero el joven Lu siguió luchando, es decir escribiendo sus críticas en enormes sábanas de papel. Un mes después pegaba en los muros de Pekín un nuevo *dazibao* de 10.000 caracteres: "Segundo cañoneo contra Tao Chu". Me explican ahora que el entonces poderoso Tao Chu, expresó indignado que "un letrado puede ser degollado pero no injuriado" y movilizó toda su fuerza política para liquidar a su joven contrincante. El dirigente que "abogó a rabiar por la liberalización burguesa y se opuso a la utilización del pensamiento de Mao Tse-tung como arma en la crítica literaria y artística" fue a parar al "basurero de la historia" y en cuanto a Lu Rong-guen "vivirá para siempre en los corazones de los guardias rojos y de todos los revolucionarios", pues murió en Shangai. Según *Pekín Informa*: "El largo período de ardua lucha había arruinado la salud de Lu Rong-guen. A su retorno a Shangai, en la primera quincena de diciembre, la enfermedad recrudeció. Incluso cuando estaba hospitalizado, no cedió por un momento la lucha contra el puñado de máximos elementos con poder seguidores del camino capitalista dentro del Partido. Continuó la lucha hasta el día de su muerte. A pesar de toda la atención médica, murió el 12 de febrero de 1967."

Esta notoriedad de un estudiante secundario por su "tesón e intrepidez" en combatir a un famoso escritor y miembro conspicuo del Comité Central señala la estrategia psicológica de la revolución cultural. ¿No hubiera resultado más ejecutivo derrocar a Tao Chu dentro del mismo Comité Central? Resulta evidente que sobre todo se buscó la participación popular (y mejor aún la juvenil) en los actuales cambios del equipo gubernamental chino.

Averigüé sobre el tipo de "persecuciones" que provocaron el descalabro de la salud de Lu Rong-guen y me explicaron que Tao Chu utilizó su mando político para obstaculizar la crítica de su joven contendor. Por ejemplo, el estudiante fue interrogado constantemente, a veces días enteros, por funcionarios que respondían a Tao Chu y que simulaban investigar si los *dazibaos* del estudiante eran promovidos por grupos antipartidistas, etc. Como en otros casos de héroes surgidos de la revolución cultural, las condiciones personales de Lu Rong-guen no son señaladas como excepcionales, sino por lo contrario se lo identifica con "millones de continuadores de la causa revolucionaria": como en todo evento de la revolución cultural, el lema de la acción comunitaria de Fuente Ovejuna se repite al infinito en todo el inmenso territorio chino.

Por supuesto el problema venía de lejos: Tao Chu había formulado serios y, sobre todo, burlones reparos a la propagación del pensamiento maoísta; y esto desde 1959, cuando escribió el artículo "La luz del sol", donde comienza a referirse a las famosas estrofas de la canción "El Oriente rojo" —*ama-*

nece: el oriente enrojece— señalando que "expresaba la vigorosa vitalidad de nuestra gran causa" y de tal modo "el pueblo cantaba a nuestro partido y a nuestro guía, comparándolo con el sol", pero a continuación explicaba los "defectos del sol": "cuando se transpira bajo el sol ardiente de la canícula, nos lamentamos del exceso de calor y de luz. Por otra parte y como todos bien lo saben, el mismo sol tiene manchas negras". Y más adelante escribió "El carácter del pino", donde describe los clásicos atributos de este árbol [1], sumándole el elogio de que "en verano el pino intercepta los quemantes rayos de sol".

En numerosas obras, Tao Chu propició la absoluta libertad de creación: "Es preciso hacer valer

[1] Tradicionalmente los chinos han rendido culto a los que llaman los nobilísimos del reino vegetal. En primer término al pino, vigoroso, eternamente verde, cuya audacia lo hace desarrollarse en las alturas y en los bordes de los precipicios. Sigue el bambú, a la vez grácil y fuerte como el acero; la orquídea solitaria, que no conoce la fatuidad, y el loto que crece en el lodo pero se mantiene puro y alimenticio, etcétera.

La erudición histórica y filosófica al servicio de la sátira política es constante en la larga historia china: la usó también Lu Sin en la época de la peor represión del Kuomintang. Esta vieja literatura política no faltó en la Nueva China: desde 1961 aparecieron en los vespertinos de Pekín una larga serie de artículos, "Charlas nocturnas de Yenshan", del escritor Deng Tuo, historias de corte tradicional que contenían burlones ataques contra el Partido y sus jefes. Deng Tuo fue denunciado al comienzo de la Revolución cultural, con términos que en su severidad revelan la permanencia de los valores chinos, en los cuales la sátira es siempre más temida que el ataque directo, y la ironía molesta más que el insulto.

plenamente la libertad de creación de los escritores. La pluma de los escritores les pertenece por derecho propio, del mismo modo que sus pensamientos. Debemos dejarlos crear sus obras con toda independencia". Premisas desmenuzadas en largos artículos publicados en el *Renmin Ribao* ("Diario del pueblo"), que dirigió su artillería en la misma dirección que lo hizo el joven Lu Rong-guen: "¿Es posible que los 700 millones de chinos tengan millones de pensamientos diferentes, vale decir que cada uno tenga un pensamiento particular? Por supuesto que no. Fundamentalmente no existen sino dos categorías: la primera es la concepción proletaria del mundo, es decir el pensamiento de Mao Tse-tung, y la segunda es la concepción burguesa del mundo, es decir el individualismo burgués bajo todas sus formas. Reclamar *libertad* e *independencia de expresarse* al margen del pensamiento de Mao Tse-tung, significa alentar a los elementos nocivos a atacar al socialismo y preconizar el capitalismo *con toda libertad*, por supuesto privando a los revolucionarios proletarios de toda libertad de réplica, con el fin de servir las maniobras criminales de la restauración del capitalismo".

El caso Tao Chu señala la estrategia de la revolución cultural: Creciente participación de las masas e intenso debate público para resolver los problemas de dos líneas políticas que entraron en conflicto. Esto requiere el símbolo del joven estudiante que enfrenta al poderoso funcionario (revisionista) y lo derroca (por supuesto con la ayuda de las masas revolucionarias). ¿Hasta qué punto se ha generalizado esta situación, propiciada por Mao Tse-tung y otros diri-

gentes que siempre quisieron cambiar radicalmente la fisonomía de la vieja China?

Pido visitar algunos institutos de enseñanza para escuchar a los protagonistas.

El igualitarismo que impone la Revolución Cultural tiende a elevar la importancia de las masas en detrimento de los intereses individuales de los dirigentes, y esto debe asociarse a la permanente necesidad del Tercer Mundo en nivelar sus acentuados altibajos sociales y culturales. En los tiempos que un grupo minúsculo de revolucionarios —exactamente doce personas— creó en Shangai el Partido Comunista de China, los intelectuales de izquierda que en las ciudades traducían y leían en lengua mandarín, en francés, inglés o alemán, los clásicos del marxismo, mantenían (y aun acentuaban) el tradicional abismo existente entre los letrados y las masas campesinas analfabetas y paupérrimas. Este hecho siempre impidió toda posibilidad de unidad entre la minúscula cabeza y el inmenso cuerpo de la nación china. Esto explica el fracaso del ideario de Sun Yat-sen de crear una nación moderna en base de un movimiento anti-imperialista que se pretendió marginar de la lucha de clases [1].

Los intelectuales revolucionarios contaron únicamente con el diálogo de sectores de la burguesía urbana, del estudiantado y el incipiente proletariado. La chispa revolucionaria no prendió entonces la pradera, es decir al campesinado chino. Los resultados obtenidos fueron las masacres en Cantón y

[1] Lo mismo (y con parecidas consecuencias) se produce actualmente en el llamado "socialismo árabe".

Shangai: con el temor al comunismo se robustecieron a nivel nacional las entonces desintegradas fuerzas de "compradores" pro-imperialistas —que pasaron a manejar al "progresista" Chan Kai-chek; para éste resultó un ejercicio fácil la tortura y asesinato de miles de obreros desarmados (y enterrar vivos en Shangai a un puñado de jóvenes escritores revolucionarios). Un desastre revolucionario que la mayoría de los autores responsabilizan personalmente a Stalin o a la política global soviética [1]. La réplica a esta situación —el maoísmo— puede resumirse en la permanente consideración del campesinado chino. En tal sentido el ideario de Mao Tse-tung se identifica plenamente con su vida: mientras estudiantes chinos (entre ellos Chou En-lai) formaban un grupo revolucionario en París, el joven Mao

[1] Stalin ordenó la jefatura de Chang Kai-chek y recomendó el desarme de los comunistas. En su conocido libro "China: el otro comunismo", K. S. Karol se sorprende de que los chinos se niegan a aceptar la responsabilidad de la Unión Soviética en esos hechos políticos que posibilitaron la masacre de Shangai en 1927. El autor polaco considera que esa negación demuestra la preocupación de los chinos en enaltecer la figura de Stalin. Olvida que en la posterior autocrítica del P. C. Chino sobre esos sucesos se puso especial énfasis en señalar el principio de que las órdenes o recomendaciones del Komintern no quitaba la plena responsabilidad de los dirigentes chinos en la política que seguían. Lo que significó que en adelante solamente los chinos fueron responsables de sus actos: en consecuencia a los chinos le correspondió fijar su propia política. Esta declaración de independencia política —en 1927— es lo suficientemente trascendental como para que un funcionario chino se dedique a anecdotizar los errores de Stalin —tal como lo desea Karol— con el desenfado de una charla en una mesa de café.

Tse-tung había practicado una extraña forma de estudio, que en vez de llevarlo a las grandes ciudades del litoral, lo había sumergido en el océano humano del campo chino, ese extraordinario potencial humano que fue marginado de la estrategia revolucionaria elaborada en Moscú. Vestido como un simple campesino, con el solo agregado de cargar unos libros y un cuaderno de apuntes, Mao Tse-tung recorrió amplias comarcas del centro de China, iniciando el estudio sistemático de los problemas del campesinado chino. Esto puede señalar el principio de la Gran Marcha, y también de la originalidad de la revolución china: en última instancia no fueron los intelectuales y obreros revolucionarios de Shangai o Cantón quienes liberaron al campo, sino que correspondió a los campesinos, organizados en ejércitos por Mao Tse-tung, la tarea de liberar a las grandes ciudades. Los principios maoístas que posibilitaron el cambio estratégico, y en consecuencia el triunfo de la revolución china, son los mismos que inspiraran la actual revolución cultural. Millones de guardias rojos, es decir, estudiantes y futuros "cuadros", recorren cientos, a veces miles de kilómetros en ejercicios de estudio social y agitación política, para que también esos jóvenes o niños cuenten con la experiencia de su "larga marcha de 10.000 lis"[1] y retornen a las ciudades con la impresión viva de

[1] Li es la medida aproximada de medio kilómetro. Otros hablan de la "Larga Marcha de 10.000 kilómetros". Debe considerarse que en idioma chino la cifra 10.000 equivale a infinito, detalle que los traductores olvidan de señalar. (Por eso también se fija esa medida para la Gran Muralla, como también se lee dicha cifra en muchos poemas chinos). En realidad es imposible

ese campesinado que sigue constituyendo la inmensa mayoría del país. Cuando los chinos dicen: "Nunca tenemos que olvidar que somos 700 millones", no lo hacen con la petulancia de señalar el récord mundial, sino por lo contrario, para explicar el cúmulo de problemas que están obligados a resolver. Conforme a esta óptica se debe aceptar que en menos de veinte años de "liberación" no se pudo terminar con la contradicción (clasista si se quiere decir así) del dirigente (antes letrado o mandarín, después cuadro o intelectual) frente a uno de los campesinados tradicionalmente más pobres del mundo. La Revolución Cultural es en primer término una revolución social: hasta hace un par de años en China sólo se hablaba de "la liberación", ahora se dice "la revolución". El "salto adelante" de la comuna popular (arranque de modernización del atrasado campo chino) y la austeridad impuesta a las grandes ciudades señala la constante preocupación de ajustar cada vez más el fiel de la balanza entre ciudad y campo. El actual movimiento de igualitarismo significa que este proceso, en vez de aminorarse con el tiempo —tal como sucedió en otras partes— se acelera en China en la actual Revolución Cultural. Trasladando esta dinámica a problemas específicamente culturales cabe señalar una lógica correlación: a mayor amplitud de la acción cultural sobre las masas, corresponden niveles generales más bajos, y esto se cumple especialmente

fijar los kilómetros recorridos en la "Larga Marcha" con sus contramarchas, y la infinidad de batallas libradas en el cruce de 12 provincias: de 130.000 hombres, solamente llegaron 25.000 a Yenán, muchos de ellos reclutados en el camino.

en el campo del arte y la literatura. En realidad resultaría tan utópico (e hipócrita) hablar de elevar a las masas chinas al nivel de las cumbres de su refinada cultura tradicional, como sería proyectar su refinadísima gastronomía como base para alimentar a 700 millones de chinos.

El profundo avance actual del igualitarismo tiende a elevar el prestigio de las masas en detrimento de sectores que hasta hace poco fueron relativamente privilegiados. Entre ellos: artistas, escritores, actores, dramaturgos, etc. Profesiones estas que todos los estados socialistas se preocuparon en elevar en abierta competencia con los sistemas burgueses. (Por supuesto siguiendo el viejo juego de premiar al conformista y silenciar o condenar al inconformista). El socialismo (occidental) los premia en calidad de funcionarios prestigiosos, el capitalismo los emplea como amenizadores: ambas tradiciones eran muy viejas en China, donde la cultura se identificó con la clase feudal. La revolución cultural vuelca entonces a artistas y escritores dentro de las masas, y de las masas se trata de formar nuevos artistas y escritores. El origen de esta política hay que buscarlo en el común denominador de toda la Revolución Cultural: la época heroica de Yenán, cuando a los sobrevivientes de la Larga Marcha se unieron los intelectuales izquierdistas que abandonaron Pekín, Shangai, Cantón o Nankín para sumarse en las luchas revolucionarias. Después de muchas penurias lograban atravesar las fuerzas de Chiang Kai-chek que cercaban al Ejército Rojo, para encontrarse finalmente en el mundo de la necesidad: debieron arrancar las cortezas de los árboles para escribir en ellos sus poemas, el género literario chino por excelencia.

Estos intelectuales eran eruditos de la cultura china o de formación europeizante, y generalmente ambas cosas a la vez. La mayoría procedía de la burguesía nacional y especialmente de la empobrecida clase de los funcionarios. Como en el resto del mundo colonizado, los intelectuales solamente producían para otros intelectuales: difícilmente en esa época el tiraje de una obra literaria china superaba los dos mil ejemplares. Artistas y escritores formaban una especia de *gheto* intelectual marginado de la vida del pueblo. Si bien en Yenán, Mao Tse-tung no les pudo ofrecer papel de arroz para dibujar sus poemas, les propuso en cambio un destinatario hasta entonces inédito para la milenaria cultura china: un arte para el pueblo. En 1942 se reunieron estos escritores y artistas en un coloquio conocido como "Charlas sobre arte y literatura en el Foro de Yenán", donde Mao Tse-tung precisó: *"Nuestros artistas y escritores deben trabajar en su propio campo, que es el arte y la literatura, pero su deber primordial consiste en comprender y conocer bien al pueblo. ¿Cómo se comportaron a este respecto en el pasado? Yo diría que fueron incapaces de conocer bien al pueblo, incapaces de comprenderlo, y permanecieron como héroes sin espacio para desplegar su heroísmo. ¿Qué fueron incapaces de conocer bien? Fueron incapaces de conocer bien al pueblo. No conocían bien lo que estaban describiendo, ni a su público; eran completamente extraños a ambos. No conocían bien a los obreros, a los campesinos, a los soldados y sus respectivos cuadros. ¿Qué fueron in-*

capaces de comprender? Fueron incapaces de comprender el lenguaje, vale decir, carecieron de un adecuado conocimiento del rico y vivo lenguaje del pueblo. Muchos artistas y escritores, al apartarse de las masas y encerrarse en el vacío, se privan naturalmente de familiarizarse con el lenguaje del pueblo, y de este modo, no sólo escriben sus obras con el lenguaje desprovisto de sabor y de savia, sino que a menudo utilizan en ellas expresiones desmazadas de cuño propio y contrarias al uso popular. Muchos camaradas son afectos a charlas acerca de la "transformación en el sentido de la línea popular", pero ¿qué significa eso? Significa que las ideas y los sentimientos de nuestros artistas y escritores debieran fundirse con los de las amplias masas de obreros, campesinos y soldados. Y para proceder así, habría que aprender en forma concienzuda el lenguaje de las masas. Si se encuentra que buena parte del lenguaje de las masas es ininteligible, ¿cómo se puede hablar de creación artística y literaria?". La proposición de Mao se resumía en estas palabras: *"Si nuestros artistas y escritores procedentes del sector intelectual quieren que sus obras sean bien acogidas por las masas, deben transformar y moldear de nuevo sus pensamientos y sentimientos."* Más adelante expone los problemas de la "elevación" y "popularización" en el arte y literatura revolucionarios: *"Una vez resuelta la cuestión 'a quién servir', surge la cuestión de 'cómo servir'. Para plantearla en los términos de nuestros camaradas. "Debemos dedicarnos a la elevación o a la popularización?"*

En el pasado, algunos camaradas menospreciaban y más bien desdeñaban (y mucho) la popularización, y ensalzaban indebidamente la elevación. Hay que poner énfasis en la elevación, pero es erróneo hacerlo desequilibradamente, aisladamente y con exceso. La falta de claridad y de cuidado en la solución del problema de "a quien servir" mencionada antes, también se manifiesta en relación con esto. Los que no ven con claridad la cuestión, son naturalmente incapaces de hallar un criterio adecuado para lo que entienden por "elevación" y "popularización", y no digamos de la relación adecuada entre ellas. Puesto que nuestro arte y nuestra literatura están destinados fundamentalmente a los obreros, campesinos y soldados, la popularización significa extender el arte y la literatura entre ellos, en tanto que la elevación significa elevar su nivel de apreciación artística y literaria. ¿Qué debemos popularizar entre ellos? ¿El material necesitado y fácilmente aceptado por la clase de los señores feudales? ¿O el necesitado y fácilmente aceptado por la burguesía? ¿O el necesitado y fácilmente aceptado por la intelectualidad pequeño-burguesa? No; ninguno de ellos servirá. Debemos popularizar lo que necesitan y se hallan dispuestos a aceptar los propios obreros, campesinos y soldados. En consecuencia, el deber de aprender de los obreros, campesinos y soldados, precede a la tarea de educarlos. Esto es aún más verdadero en lo que se refiere a la elevación. Debe haber una base para elevar a partir de ella. Cuando levantamos un cubo de agua, por ejemplo, ¿no estamos levantando algo que yace en el suelo y no que está flotando en el aire? ¿Cuál es, pues, la base, a partir de la cual, debe elevarse la

norma de nuestro arte y de nuestra literatura? ¿La base feudal? ¿La base burguesa? ¿La base de la intelectualidad pequeño-burguesa? No. La norma de nuestro arte y literatura puede elevarse únicamente sobre la base de las masas de obreros, campesinos y soldados. Esto significa no que elevamos a los obreros, campesinos y soldados al nivel de la clase feudal, la burguesa o la intelectualidad pequeño-burguesa, sino que los elevamos a lo largo de su propia línea de ascenso, a lo largo de la línea de ascenso del proletariado. Y aquí aparece de nuevo la tarea de aprender de los obreros, campesinos y soldados. Solamente partiendo de ellos podemos adquirir una comprensión acertada de la elevación y la popularización y hallar la relación adecuada entre ambas".

Si consideramos la fecha (mayo 1942) en que Mao Tse-tung expuso estas "Charlas sobre arte y literatura en el Foro de Yenán", llegamos a la conclusión que la Revolución China se inició en Yenán con premisas que vuelven a actualizarse (y profundizarse) en la actual Revolución Cultural. Al presidente Mao el pueblo no lo llama padrecito, ni lo señala como caudillo: en especial se le dice "el gran timonel": ha fijado la estrategia de la revolución china y dirigió su rumbo, aunque no siempre tuvo el mando. El golpe de timón de la Revolución Cultural para corregir el rumbo de la estrategia revolucionaria china, nos permite imaginar lo que pudo haber ocurrido en la Unión Soviética con un Lenin en el poder para inyectarle de tiempo en tiempo el espíritu de la época heroica de la Revolución de Octubre.

Hubo sí una gran cultura china, pero cristalizada en el mismo y lejano punto en que se detuvo la evolución del feudalismo. Esa cultura tradicional imponía la tradición de que el pueblo fuese excluido de su práctica. Se requiere ahora forzar a saltos esta paralizante continuidad de cuatro milenios. Puesto que en China lo viejo pesa más que en cualquier otra parte del mundo, lo nuevo termina por caracterizarse por ciertas condiciones de agresividad: "No hay construcción sin destrucción" (Mao Tse-tung). Es China el país revolucionario que en muy pocos años ha demostrado, casi al mismo tiempo, el mayor apego y el mayor encono a su tradición cultural: costosísimas reconstrucciones de templos (considerados monumentos artísticos) y el cierre de ellos por propagación de supersticiones; la veneración de la Ópera de Pekín y su perentoria transformación; el auge de la literatura clásica y su condena como "hierba venenosa"; la campaña de las cien flores y el tema único de la propaganda partidista. Este tironear entre la eclecticidad y el dogmatismo no es casual ni gratuito: para transformar un país decadente y atrasado en un estado moderno y avanzado, China se ve confrontada a problemas que por su misma magnitud reclaman caminos inéditos: durante mucho tiempo proseguirán estos desgarramientos propios del parto difícil, o como dicen los chinos "después de ésta habrá otras revoluciones culturales".

* * *

¿Se produjo la destrucción de obras de arte en el transcurso de la revolución cultural? Esta pregun-

ta borra la sonrisa de los chinos: se indignan. Bajo entonces la mira del fusil: ¿Siguen cerrados los museos? Me contestan que los museos no fueron cerrados en la forma en que cuentan los enemigos de China. El material no fue trasladado ni sufrió el menor daño. Debo aclararles que eso lo leí en la prensa occidental. ¿De qué museos hablaban? Recuerdo la referencia al Palacio de Verano. ¿Qué me parece entonces una visita al Palacio de Verano? Respondo que me parece muy bien.

Fuimos al día siguiente. Hay que recorrer aproximadamente 13 kilómetros para llegar a las Colinas del Oeste. Amplias avenidas profusamente arboladas donde se encuentran los principales institutos de enseñanza superior. ¿Un viejo país? Aquí todo es más nuevo que en ninguna ciudad americana: desde los trolebuses (recién fabricados en Shangai) hasta los mismos árboles (no los hubo antes en los alrededores de Pekín). La nueva China no tiene aún veinte años: tampoco tienen esa edad los estudiantes que llenan esas calles en plena acción política.

De repente surgen los espacios abiertos y las enseñas imperiales del Palacio de Verano: cigüeñas, quimeras y dragones de bronce, magníficas y sucesivas puertas y murallas, patios y más patios donde lucen las monumentales piedras extrañas que los emperadores hacían traer de cualquier punto. Palacios separados a modo de estancos (como fue todo el Imperio) y más allá el inmenso lago congelado transitado por miles de patinadores. Se mezclan y confunden los paisajes de la naturaleza con los construidos por los hombres, puesto que el afán imperial fue

reconstruir en la austera llanura del norte aquellos paisajes pintorescos —prestigiados por poetas y pintores— del centro y del sur de China. Lo artificial y gratuito de este arte se expresa en el barco imperial: es de mármol y por supuesto nunca navegó en ese inmenso lago artificial. Pero desde allí se admira mejor el Wancheuchán (Monte de la Longevidad) y el Fu Hsiang Ko (Pabellón del Perfume del Buda), primeras estribaciones montañosas (construidas por el hombre) que completan el conjunto de escalinatas y jardines colgantes del Templo del Mar de la Sabiduría Perfecta, todo enmarcado por el Cerro de las Fuentes de Jade, con el fondo de la cordillera cercana.

Hace frío. Mucho más frío y viento que en Pekín. (Esta fue la residencia imperial de verano). Y primera sorpresa: pese al frío y a la revolución cultural encontré allí a mucha gente. Se encaramaban en los monumentos para inmortalizarse en las fotografías, montados en los festivos leones recargados de rulos. Las garzas (emblema de la longevidad), los dragones y quimeras de bronce —siempre en rigurosos pares— están protegidos por gruesos alambres para evitar el desgaste por el roce de las manos. Del mismo modo se ven protegidas algunas piedras talladas en el suelo y en los muros, para evitar la aplicación de tinta y papel de arroz de los aficionados y profesionales de las monocopias. Tengo la seguridad de que muchas de estas obras de arte fueron quizás criticadas por su significación, pero que ninguna fue destruida.

Un grupo de soldados contempla un conjunto de

piedras extrañas. Ninguno de ellos debe imaginarse que están frente a la expresión que más ha horrorizado en Occidente a los exégetas del realismo socialista: la escultura abstracta. Aquí están por montones, dispersadas por los patios y los parques. Siempre hay un chino que los observa con interés o embeleso. ¿Será que esa milenaria escultura abstracta constituye también "un arte para obreros, campesinos y soldados"?

En cualquier parque o jardín de no importa qué ciudad china, la piedra de forma extraña figura como el elemento decorativo primordial. Escultura abstracta de tiempo inmemorial, luce solitaria como una joya en un cruce de senderos de la Ciudad Prohibida de Pekín y en el mismo parque forman una acumulación alucinante que se llama Colina de las Mil Armonías.

Cuando en una poesía o novela china se habla de un jardín maravilloso, seguramente se refiere a la calidad y cantidad de piedras extrañas que contiene. En los famosos jardines de la ciudad de Suchow —considerados los más bellos de China— los escasos árboles y los numerosos lagos sólo existen en función de realzar la plasticidad de un mundo de barrocas fantasías de piedras. Las ventanas de los corredores cubiertos sirven para destacar la cambiante belleza de las esculturas formadas por una o por mil piedras.

Hace siglos que estas *modernísimas* obras de arte son extraídas de los grandes lagos que ocupan gran parte de la superficie del centro de China (en especial las provincias de Kiangsú, Anhwei y Junán).

Caprichosamente trabajadas por la erosión del agua, estas piedras se valorizaban de acuerdo a la fantasía de sus formas, en especial la originalidad y el efecto visual de sus perforaciones. Su poder de sugestión convertía estas rocas arrancadas de los lagos en objetos preciosos, transportados a todo costo por el Gran Canal Imperial hasta los palacios de Pekín. Altos funcionarios se hacían responsables del traslado de grandes y pequeñas piedras a través de miles de kilómetros. A veces el transporte incluía la conservación de árboles, musgos y flores que cubrían las rocas y contribuían a su belleza y originalidad. Generalmente los musgos y plantas del sur cálido y húmedo morían en la llanura fría y seca del norte. Entonces los funcionarios eran multados y los trabajadores severamente castigados. Se producían levas de docenas de miles de campesinos, obligados a abandonar sus cultivos y sus familias para trasladar algunas piedras excepcionales por unir la belleza y el tamaño. Tal cosa ocurrió en el siglo XI, cuando se transportó un conjunto de grandes piedras hasta el palacio del emperador Jui Sung, en el reino de Kaifun (actual provincia de Junán). Esa vez el transporte se complicó con la fecha perentoria de su entrega, pues las piedras debían llegar para el cumpleaños del soberano. Pero en vez de festejarlo instalando nuevas figuras extrañas en su jardín, el emperador debió reunir sus tropas para aplastar el levantamiento de los campesinos desesperados por los sufrimientos impuestos por el traslado de las esculturas naturales. Este hecho constituye el tema de la novela clásica "A orillas del río".

Este arte refinado no ha sido destruido, ni siquiera interrumpido en la China actual. Por ejemplo las tradicionales piedras de forma extraña adornan la tumba del escritor Lu Sin en el jardín del museo que le consagraron a Shangai.

* * *

Recorremos lentamente —tal como corresponde— la serpenteante y larga galería que bordea el lago del Palacio de Verano. Todo es madera primorosamente policromada: las columnas y el artesonado, los gruesos capiteles y los delicados calados. (Las construcciones clásicas chinas pueden ser antiguas pero nunca longevas: maderas y pinturas deben ser reforzadas o reconstruidas generación tras generación). Cada pocos pasos hay un panel que ofrece al paseante un paisaje o una escena tradicional. Hay otras pinturas menores a lo largo de la galería. Son miles de pinturas de tipa clásico: Confucio y sus discípulos, paisajes con montañas brumosas, la repetida imaginería de la vieja China. De pronto aparece un panel borroneado con gruesos trozos de brocha. Después veo otro. Lo señalo y pregunto:

—¿Los guardias rojos?

Me acompaña Chao, excelente intérprete y viejo amigo (lo conozco desde hace más de diez años). No me dice quienes fueron, pero me explica:

—Eran figuras que destilaban el veneno ideológico feudal.

—¿No exageraron al borronearlo?

—¡Oh, no! Todo lo contrario: debieron haber borrado ésta y aquella otra: mire a ese mandarín

dictando leyes al pueblo y esos eunucos de palacio. Apenas taparon algunas figuras: eran las peores, fue una acción simbólica de la rebelión de la juventud contra el pasado feudal.

Quizás fueron borratinas de este tipo lo que hizo correr tinta en Occidente con las lamentaciones de la destrucción de obras de arte en los museos de China. Justo es señalar que estos paneles no constituyen obras de arte, sino simples decoraciones, de hábiles pero corrientes artesanos chinos: en pocos días (por 1956) un grupo de estos trabajadores chinos cubrieron de este tipo de pintura el inmenso Hotel Pekín de Moscú.

Trato de asociar las protegidas quimeras de bronce, las piedras de forma extraña expuestas a la admiración pública y las pinturas borroneadas por los guardias rojos. Una sola y coherente explicación: las quimeras y las figuras abstractas no tienen ideología, justamente lo que cuenta en las figuras humanas.

Al pasar por los pabellones del palacio me detuve frente a las puertas cerradas con poderosos candados. Lo cierto es que el museo estaba clausurado (no así las otras dependencias, como ser el magnífico restaurante popular que funciona en el pabellón que corona la colina, un palacio que no sé si aún se llama Tche Huei Hai, Templo del Mar de la Sabiduría Perfecta).

¿Clausurado? No, me responden. Estamos recorriendo todo el Palacio de Verano y lo seguiremos haciendo hasta el temprano anochecer invernal. ¿Acaso están las dependencias y parques del Palacio de

Verano cerrados al público? Debo reconocer que no: sigue llegando gente, una muchedumbre que pasea por los parques o se lanza a patinar en el lago congelado.

—¿Pero qué pasa en el museo? —insisto.

—Lo estamos reorganizando.

—¿Estaba antes mal organizado?

—¿Lo recuerda bien? Se habían acumulado aquí todas las pertenencias de los últimos emperadores de China. El público recorría los salones, sorprendido de toda esa riqueza, conmovido por la aparatosidad del poder imperial. Los revolucionarios protestamos por esta exhibición del brillo imperial que escondía el verdadero rostro del feudalismo: la explotación inhumana del pueblo, el atraso del país, la humillación que le infligía el imperialismo. Ahora todo debe revolucionarse en China: los museos en igual grado que las escuelas. Cuando se reabra este museo, no será para evocar y glorificar el lujo de los emperadores: el mismo material debe servir para educar al pueblo sobre su historia de sufrimientos y sus luchas revolucionarias.

V

GUARDIAS ROJOS

Llegamos frente a los grandes edificios modernos, separados por parques, del Instituto de Selvicultura. Traspasando el portón me recibe un grupo de guardias rojos: vivacidad de adolescentes, gestos serios de estudiantes en exámenes. Con pasos resueltos me conducen hasta el edificio de la dirección, donde supongo me esperan los "responsables", es decir los adultos. Pero no: en la dirección hay más jóvenes, todos guardias rojos. Parecen sumamente organizados: hay un fotógrafo muy activo y durante la entrevista todos tomarán apuntes en sus libretas. Nos sentamos en una amplia mesa, en un inmenso salón que se llenó de muchachos de ambos sexos, atentos a cada palabra que se pronunciaba. Hacía un frío del diablo: no había calefacción, pese a tratarse de un edificio moderno, con varios radiadores a la vista y mucha leña apilada afuera: ese frío tenía el significado político del inquebrantable voluntarismo de austeridad.

Todos parecían jefes y soldados a la vez. Me flanqueaban un muchacho bajo y delgado, con anteojos y ceño duro; el otro era alto y expresivo. El pri-

mero me anunció que comenzaríamos a leer las citas y lo hizo con estos términos:

—Estudiaremos primero las instrucciones supremas del Presidente Mao.

En las visitas de fábricas se habían leído algunas citas (a veces ninguna), pero en esta ocasión la lectura abarcó diez citas, y al terminar me invitaron a que yo escogiera otras citas de mi preferencia, cosa que hice con natural discreción.

Yo ya había superado la primera sorpresa de la lectura en común: me hice conocedor del librito rojo y terminé por aplicarle la función de un puente de entendimiento para suplantar la infranqueable valla idiomática. Con la lectura de una cita yo podía interponer una opinión, sugerir algo, a veces un reparo. Mis anfitriones me hacían escuchar una serie de opiniones del libro de citas, a mi vez yo les hacía escuchar otras opiniones del mismo libro, a veces complementarias, o dialécticamente contradictorias. Las citas contienen los variados elementos de un pensamiento político (y moral) que abarca toda la obra y la vida de Mao Tse-tung: eso me permitía dialogar e inclusive discutir con los chinos, como no lo he podido hacer en ninguno de mis viajes anteriores. Creo que esta experiencia personal es válida también para los chinos. Por mi parte aprendí a tener el librito a mano, y balancearlo oportunamente con gesto levemente amenazador, un gesto que por cierto también lo observé en los chinos: el libro de citas es arma de ataque y de defensa. Ya en la poesía y filosofía antiguas, los chinos emplearon la confrontación de imágenes para precisar dialécticamente una idea o un

sentimiento. (En idioma chino la contradicción se expresa con dos caracteres que representan el choque del escudo y la lanza).

Esta es una mesa redonda con sonrisas contagiosas y miradas escrutadoras. (Son jóvenes que a veces parecen niños jugando a la revolución con toda el alma). Presiden grandes retratos de Mao, Marx, Lenin, Engels y Stalin. Cierta vez Mao Tse-tung escribió que las situaciones en China son generalmente tan complejas que obligan a los chinos a tener cierta complejidad en el cerebro para entender sus problemas. De ningún modo resulta un espectáculo trivial observar el gesto orgulloso con que estos jóvenes retiran del bolsillo el compendio del pensamiento maoísta. El libro de Citas es el bastón del mariscal en la mochila de cada soldado, el instrumento del igualitarismo entre mando y combatiente, entre profesor y estudiante, entre dirigente y obrero.

He aquí que veinte años después del triunfo de la revolución china —que requirió a su vez veintidós años de guerra— es posible recomenzar la experiencia: los responsables de la conducción política, económica y militar ya no deben ganarse los galones (inexistentes en China) sino el simple derecho al mando, y esto a partir de su participación en una revolución que comienza de ahora en adelante. Por primera vez en la historia, los valores de una revolución no son hereditarios, tampoco sirven de ahorro personal, ni siquiera integran el capital para instalar una burocracia estable. La revolución dejó de ser en China la invocación del pasado para estudio y provecho de una minoría, transformándose en ejem-

plo y herramienta para otra revolución. Resulta absurdo recriminar a los dirigentes chinos el tono político elemental y el simplismo formal que caracteriza a la etapa actual de la revolución china. Marxistas brillantes y eruditos de un arte refinado, los dirigentes actuales (el mayor ejemplo es el mismo Mao Tse-tung) podrían, en caso de querer lucirse, apuntar formalmente muy alto en la discusión política y en el hacer artístico: evidentemente su preocupación es otra. El nivel simplista y popular que choca a Occidente (y condena) es justamente halagador para los revolucionarios chinos, por entender que corresponde a la efectiva intervención y predominio de las masas. Equivocada o acertadamente se busca aquí la plena expresión del pueblo en un proceso revolucionario: el libro de citas en el bolsillo de cada hombre, mujer o niño, significa que ningún funcionario, grupo dirigente o institución está facultado para monopolizar en su provecho la ideología de la revolución, en este caso el pensamiento de Mao Tse-tung. El libro de citas en el bolsillo de cada chino rompe con la imposición o necesidad de una *iglesia* intermediaria entre la ideología y las masas. El libro de citas, es decir el manejo personal del compendio revolucionario, junto con el *dazibao* —el cartel que todo chino tiene derecho a redactar, ilustrar y pegar en cualquier muro [1]— constituyen seguramente las experiencias más audaces y efectivas (en amplitud y profundidad) de democratización de las masas del Tercer Mundo, en el sentido de integrarlas a la actividad política.

No, no resulta nada trivial el espectáculo de los guardias rojos inclinados sobre sus libros de citas: el idioma mandarín parece metalizarse con ese tono de determinación que restalla en las óperas antiguas, cuando las voces de los héroes superan el mordiente de los cobres estridentes.

El guardia rojo de anteojos orientó la lectura de citas; el otro me informó sobre la revolución cultural en ese instituto:

—Hace año y medio que hacemos la revolución bajo la dirección personal del presidente Mao y hemos alcanzado la victoria decisiva. Quebramos los ataques del enemigo y realizamos la gran alianza revolucionaria, estableciendo el poder rojo en este instituto. Una vez tomado el poder, iniciamos una nueva etapa: la transformación de la enseñanza. El sistema anterior había heredado las condiciones de la burguesía y el feudalismo, las conservó y atesoró con el fin de convertir a este instituto en un instrumento de la evolución capitalista. La dirección que derrotamos

[1] Conocí *dazibaos* mucho antes de la revolución cultural: cubrían las paredes de las ciudades industriales del nordeste. Actualmente se los ve con más profusión en Shangai. Antes y ahora hice traducir una infinidad de *dazibaos*. En otros viajes registré un poema donde un tornero comparaba la mirada de una compañera con las chispas de un torno, y la denuncia del abuso de autoridad de un capataz.

El ejercicio del *dazibao* había decrecido en los últimos años, dejó de cubrir los muros de fábricas y calles, hasta que volvió a dominar el paisaje urbano a raíz de la revolución cultural. Hay *dazibaos* de organizaciones, de individuos, no faltando el pedido de noticias de un familiar o compañero.

se oponía desenfrenadamente al pensamiento del presidente Mao, manteniendo al estudiantado alejado de la formación política y de la lucha de clases. Según el pensamiento del presidente Mao debemos criticar los sistemas de la vieja sociedad y crear un sistema nuevo en método y contenido. Nosotros no solamente nos guiamos en la orientación educacional que proclamó Mao Tse-tung ya en 1957 (y que inspira ahora a los estudiantes y profesores revolucionarios de este instituto) sino que también abrimos nuestras puertas a las masas de obreros y campesinos, fuimos juntos con ellos a la lucha por el poder, y ahora juntos también investigamos, escuchamos sus opiniones, y unidos formulamos nuestras peticiones. Esta es la gran revolución cultural proletaria. Ponemos en primer término una palabra que nos enseñó el presidente Mao: *atrevernos*. Lo hacemos nosotros y también enseñamos a hacerlo: movilizamos a las masas, nos apoyamos en ellas, y de este modo logramos varios éxitos. Claro que en nuestro camino se presentan dificultades y se producen vueltas y revueltas.

Me presentan a un miembro del comando rebelde. Se llama Wuang y pertenece a la oficina dedicada a la revolución educacional:

—No debe volver a producirse ese fenómeno de que los intelectuales burgueses dominen nuestros centros docentes. El 20 de mayo de 1967 establecimos el Comité Revolucionario del instituto, basado en la gran alianza y la triple integración de cuadros administrativos.

—¿Quiénes componen este comité?

—Los estudiantes revolucionarios integran el 70 por ciento del comité.

—¿Son guardias rojos?

—No todos los estudiantes revolucionarios son guardias rojos. Estos últimos forman una organización de izquierda de las masas.

—¿No intervino aquí ninguna delegación del Ejército?

—No —se apresura a responderme—. Hasta hoy el Ejército Popular de Liberación no vino a este instituto. Posiblemente lo haga y esperamos con ansia su llegada.

Pregunté la razón de este deseo.

—El Ejército Popular de Liberación es la institución que enarbola más alto el pensamiento del presidente Mao. Éste siempre dijo que todo el país debe aprender del Ejército. Cuenta en especial con la gran tradición del estilo "tres y ocho" [1], y sabe como nadie trabajar con tenacidad y economía. Sería una gran ayuda material y espiritual la llegada de una representación militar para participar en el comité revolucionario.

—¿Ya reanudaron las clases?

—Lograda la gran alianza y respondiendo al llamado del Comité Central, el 13 de julio del año pasado reanudamos las clases. Según el plan estratégico del Presidente Mao continuamos también ha-

---

[1] El estilo de "tres y ocho" se refiere a tres frases y ocho caracteres chinos. Las tres frases son: firme y justa dirección política; abnegación y sencillez en el trabajo; flexibilidad y agilidad en la estrategia y la táctica. Los ocho caracteres significan: unidad, dinamismo, seriedad y vivacidad.

ciendo la revolución. En la práctica significa que ocupamos medio día para estudiar las obras políticas y el otro medio día para hacer la revolución. Todo esto forma una unidad de pensamiento y de acción. Primero luchamos para desenmascarar, condenar y derrocar al grupo seguidor del sistema capitalista. Después que el Comité Central y el Presidente Mao formularon el llamado para que todos los centros educacionales reanudaran las clases y continuaran haciendo la revolución, comenzamos a acumular las experiencias educacionales efectuadas en 1958 y en 1960, organizando grupos de investigaciones con la participación de cuadros, profesores y estudiantes revolucionarios, junto con los obreros de las fábricas y bosques de este instituto, que son muchos y nunca fueron tenidos en cuenta. Quiere decir que ahora, al orientarnos en la línea revolucionaria del Presidente Mao, debemos tomar el poder educacional. Y debemos mantener firmemente este poder, porque cuando lo detentaban los elementos contra-revolucionarios se opusieron a la línea del Presidente Mao.

—¿Se efectúan también transformaciones en el orden técnico?

—Por supuesto se produce la revolucionización en todos los niveles. Un ejemplo: recién ahora el Instituto de Selvicultura enseña el cultivo de árboles frutales en selvas y zonas incultivas. Organizamos las clases como eslabones de una cadena. Hemos combinado las asignaturas de acuerdo al proceso de producción, y esto último ha adquirido una importancia primordial. Los profesores ocupan las cátedras, pero también lo hacen los trabajadores

del ramo —como ser hacheros, guardianes forestales, etc.—, del mismo modo que también las ocupan los mismos alumnos. Esto favorece una enseñanza más amplia y más práctica. Antes se necesitaban 5 años de estudios, hoy se cumple el curso en la mitad de ese tiempo. En dos años y medio se logra ahora una mayor experiencia, vale decir un conocimiento más profundo, al combinarse la teoría con la práctica. En ningún momento se divorcia el estudio con la producción. Además persistimos en los estudios políticos: dedicamos dos horas diarias (de 8 a 10) al estudio de las obras del Presidente Mao, dedicándonos especialmente a sus trabajos sobre los problemas de educación. Además comentamos colectivamente las informaciones leídas en los periódicos.

—¿Estudian las obras completas del Presidente Mao?

—Las estudiamos fuera de las dos horas señaladas. Ya hemos leído una o dos veces los cuatro tomos de sus obras selectas. Pero a veces leemos 10 ó más veces un solo artículo del Presidente Mao, porque debemos aplicar su contenido a un hecho concreto. Por ejemplo, antes de la toma del poder en este instituto estudiamos los escritos relacionados con la lucha por el poder, pero ahora nos dedicamos a los escritos sobre la consolidación del poder. Seleccionamos la lectura de acuerdo a la necesidad de su aplicación. Y lo hacemos siguiendo los preceptos del Presidente Mao: poco y seleccionado, combinando la teoría y la práctica.

—¿Cuántos alumnos hay ahora en este instituto?

—Más de 1800. A pedido del Presidente Mao, muchos de ellos se trasladarán a los lugares de trabajo, incluyendo las selvas vírgenes de Mongolia.

Me invitan a visitar un museo revolucionario que terminan de inaugurar. Acepto con entusiasmo: estoy agarrotado de frío, pese a que muchas veces interrumpo los apuntes para frotarme los dedos y zapatear (sentado) sobre las baldosas.

El museo es un amplio patio y salones abiertos sobre los parques: fotos y mapas señalan todo el proceso de la revolución china y de la revolución cultural. Debo detenerme frente a cada foto y escuchar las explicaciones pertinentes. El frío es aquí más intenso, por culpa del viento que baja de las cercanas montañas. Pero ninguno de estos muchachos parece sentirlo: observan cada fotografía de la revolución como si la vieran por primera vez. De pronto tengo la revelación que son extraordinariamente jóvenes, mucho más jóvenes que cualquier joven de esa edad en cualquier otro país. Como también es excesivamente joven ese país que están haciendo sobre las ruinas de la vieja China. Pero esta idea no es solamente mía, sino también de ellos. El guardia rojo de anteojos me dice al despedirme:

—No solamente somos jóvenes de edad, sino que también nuestro país es joven. Por lo tanto nos esperan tareas muy importantes. Según las instrucciones del Presidente Mao debemos ser prudentes y modestos, y precavernos de la arrogancia y la precipitación. Pero podemos afirmar que estamos resueltos a dedicarnos por entero y de todo corazón a servir a China y a todos los pueblos del mundo

que luchan contra el imperialismo y el revisionismo. Ningún reaccionario podrá detener esta corriente de la historia. Deseamos la amistad de todos los pueblos, y sabemos que no hay mejor medio de lograrlo que la lucha contra el enemigo común. Por nuestra parte hemos dado un paso para que nuestra sociedad pueda adelantar un gigantesco paso. Esperamos que esta revolución cultural proletaria no sea la última, tanto en China como en el extranjero.

Me obsequiaron con varias insignias del Instituto (todas con la esfinge de Mao Tse-tung) y prendieron en mi brazo el brazalete del guardia rojo (por cierto inmerecido honor, debidamente documentado por el entusiasta guardia rojo fotógrafo). Los dejé en la escalinata del Instituto. Quedaron levantando el librito rojo a modo de despedida. Muy jóvenes en una sociedad sumamente joven. Agitaban el librito y no necesitaban calefacción. Yo corría al Hotel Pekín para calentarme los huesos.

VI

EL NATATORIO REVISIONISTA

Relaciones revolucionarias de nuevo tipo: esto vale para dirigentes y masas, como también para profesores y alumnos. No sólo se revoluciona la política, el arte y la ciencia: con igual intensidad se puede y debe revolucionar la gimnasia y el deporte. Me informan de ello en el Instituto Superior de Educación Física, donde soy recibido por un grupo de profesores y guardias rojos, integrantes del comité revolucionario que dirige las actividades de 1300 alumnos y 700 profesores y empleados administrativos.

¿Qué significa ese comité? Me definen: es un órgano provisional de poder con representaciones de masas y cuadros, en este caso de estudiantes y profesores. ¿La característica principal? Que hasta ahora, las autoridades fueron nombradas desde arriba, pero gracias a la revolución cultural el proceso actual es absolutamente diferente. Se han movilizado las masas (en este caso el estudiantado) y se impuso la dirección de abajo hacia arriba. Fue un proceso de agitación y de lucha. A igual que en otros centros de enseñanza, los guardias rojos y los pro-

fesores revolucionarios fueron al comienzo una minoría rebelde. También aquí actuaron las Brigadas de Trabajo, inspiradas por Liu Shao-chi, para hacer amainar la "tempestad revolucionaria". La lucha ideológica fue intensa. ¿Hubo violencias físicas? Dicen que no. En cambio los debates políticos duraron días, semanas, meses. Inútilmente —me explican— los agentes del Jruchov chino agitaron banderas rojas para combatir a las banderas rojas: terminaron por ser desenmascarados y entonces los alumnos, profesores y trabajadores rebeldes integraron el comité revolucionario.

—¿Quiere decir que en este instituto ya terminó el proceso de la revolución cultural?

—No —sonríen—. Significa por lo contrario que ya se produjo la alianza de masas que permitirá profundizar la revolución.

¿Estudian los futuros métodos de enseñanza? Me aseguran que no se trata de simples proyectos, sino que ya se encuentran en plena experimentación.

—¿Hay clases ahora?

—Sí. El 25 de noviembre se reanudaron las clases en este instituto.

Recorrimos todo el instituto. Mis acompañantes eran guardias rojos: el sector más extremista de la revolución cultural. Visitamos enormes gimnasios: alumnos de ambos sexos practicaban ejercicios de aparatos y jugaban al básquetbol (el deporte más popular en China después del pin-pong). En un grupo que hacía gimnasia pude observar la primera innovación: en vez de contarles 1, 2 y 3, el monitor les cantaba breves citas del Presidente Mao. Otro

grupo de alumnos más adelantados desarrollaban al aire libre una tarea más difícil: con movimientos de la gimnasia tradicional china interpretaban algunos pensamientos anti-imperialistas del Presidente Mao. Me detuve para contemplar esa especie de danza rítmica de singular expresión. Soy viejo admirador de la Ópera de Pekín: no pude menos que alegrarme de encontrar en esos muchachos la inigualable mezcla de gracia y fuerza de los *wushen* —los guerreros de la ópera tradicional— realizadas ahora al compás de recitaciones de textos políticos. ¿Será esta gimnasia ideológica un futuro arte nuevo chino? Me informan que hace aproximadamente un mes que la ejercitan (algo menos que un minuto para la cultura china): subyuga la fuerza expresiva de los movimientos de estos gimnastas cuyos movimientos recuerdan la elástica potencia de los boxeadores tradicionales chinos. Se me ocurre entonces que no es utópico esperar que la revolución cultural pueda producir valores particularmente chinos: el voluntarismo de partir de cero puede concretar la síntesis de milenios de cultura.

Me llevan por un inmenso parque para mostrarme un lago. Sobre el hielo patina un grupo de estudiantes.

—En verano todos nadamos aquí. Nuestra preocupación es preparar profesores de cultura física para las masas. Antes era distinto. Nos inculcaban el sentido burgués del deporte: la especialización técnica, la competencia por la medalla, la lucha por el premio, la búsqueda del prestigio personal. Ahora le

vamos a mostrar dos monumentales ejemplos del concepto revisionista del deporte.

Y fuimos hacia dos enormes edificios. El primero era una pista cubierta.

—La construyeron los soviéticos. Con nuestro dinero, claro está. Usted ve: una pista cubierta, con calefacción. ¿Para qué sirve? Las masas no pueden usarla. Es para formar un grupo de atletas especializados. Para ello nos hicieron gastar un millón de yuanes. Hasta el estilo arquitectónico es revisionista.

—¿Qué caracteriza al estilo revisionista?

—En este caso —me contestaron— un acentuado servilismo en imitar formas occidentales.

Opiné que podían transformar esa pista cubierta en aulas o en un teatro.

—Por ahora lo mantenemos así, como ejemplo negativo. Igual que el natatorio.

Y allá vamos. La monumental piscina cubierta, de tipo olímpico, se encontraba desierta y sin una sola gota de agua. Recorrimos las tribunas y bajamos al subterráneo. Hay ventanales bajo el nivel del agua para observar y filmar los movimientos de los nadadores. El intérprete Chao ha mirado con evidente desprecio las gigantescas proporciones del natatorio. Cuando me detengo a mirar por ese ventanal, Chao golpea el marco de acero y me dice con gracia: "Esto sí que es bueno; mire aquí: fabricado en Shangai". Lo demás es detestable por revisionista. Y me explican las razones: esto costó millones al pueblo chino y no servía para las masas. Los revisionistas inculcaban las formas burguesas

del deporte. El Presidente Mao enseñaba, con el ejemplo, otros sistemas. En especial el dominio de la naturaleza: recorrer campos, trepar montañas, atravesar ríos y lagos. Y esto es válido para todo el pueblo, y no para que un grupo de especializados disputen un premio en una pista calefaccionada o en una piscina de agua templada. También este natatorio que costó tanto dinero al pueblo chino debe mantenerse para que sirva como ejemplo negativo.

Recordé entonces el ejemplo que ofrecía Mao Tse-tung cada año al atravesar el Yangtsen en uno de sus cruces más difíciles, frente a la triple ciudad de Wuján. Cientos de miles y millones de chinos de toda edad siguen el ejemplo del viejo líder y se lanzan a atravesar toda corriente de agua que tienen a mano. Este deporte, maoísta por excelencia, consiste a veces en atravesar ríos y lagos con un equipo militar a cuestas: una especialidad del ejército y de la milicia popular. Recuerdo el relato de un amigo que trabajaba de traductor en Pekín: "Me tiré a nadar en el lago Peijai, rodeado de miles de nadadores, hombres y mujeres, viejos y niños. De pronto descubrí que muchos hacían la plancha, pero avanzaban a la par de mí. No sé qué movimiento de piernas empleaban, porque llevaban los brazos en alto. Finalmente me di cuenta: practicaban el paso de un río, cargando imaginarias armas fuera del agua". Surgen entonces las palabras de Kuo Mo-jo: "La revolución cultural es también una movilización general". Y aquellas palabras del mariscal Montgomery, que después de visitar China

expresó en una conferencia militar en Londres: "Todo soldado de cualquier ejército del mundo que invada a China es soldado perdido".

Sin estar convencido del todo, tampoco me atrevo a negar que la piscina del Instituto fuese en realidad un natatorio revisionista.

VII

LA POLÍTICA AL MANDO DEL EJÉRCITO

Nieva cuando atravesamos en auto el portón del Regimiento de Tanquistas de Chinán. Un soldado de uniforme verde con vivos rojos nos indica el camino a seguir: lo hace extendiendo el brazo con un gesto preciso: la dirección fue señalada con el librito de citas que empuñaba. La tercera compañía del 1er. Batallón de Tanquistas nos recibió con un saludo musical. Nada marcial por cierto, sino paradójicamente tradicional y revolucionario a la vez: timbales y gongs en el ritmo extremadamente oriental con que se acompañan los eventos de la Revolución Cultural.

Después de varias visitas a China entraba por primera vez en una dependencia del Ejército Popular. El hecho no era casual y guardaba directa relación con la revolución cultural. En noviembre de 1962 entrevisté al Presidente Mao Tse-tung en Pekín. Éste me preguntó qué lugares había conocido. Informado del viaje realizado a través del norte y del sur de China se mostró sorprendido que en tal

largo itinerario no hubiera visitado ninguna unidad del Ejército Popular de Liberación:

—¿No conoce nuestro ejército? —fueron sus palabras—. Es muy importante conocerlo. Es un ejército único en el mundo.

Y al enterarse de que al día siguiente partía a Europa, insistió en la necesidad de efectuar ese conocimiento en otra oportunidad. Mao Tse-tung se expresó entonces del ejército con el cariño que un padre habla de su hijo favorito, con el orgullo que un artista se refiere a su obra maestra. Lo cuento ahora, rodeado de militares (imposible distinguir a los oficiales de los "combatientes", como llaman a los soldados rasos), apretados alrededor de una mesa rústica. Visitantes y tropas mantenemos los sobretodos puestos, como en plena campaña: la escasa calefacción acentúa la austeridad monacal del ambiente. Han saltado de sus asientos y gritaron vivas apenas nombré a Mao y ya me miraron con otros ojos. Los chinos se autodefinen como termos (única cosa que en China abunda más que los chinos) por la condición de ser fríos por fuera y ardientes por dentro. En esta circunstancia bastó recordar mi entrevista de 1962 para que se transformara la temperatura de la sala y de la concurrencia. Escucharon el relato y después rompieron con nuevos vivas.

Por mi parte terminaba de ver una película documental sobre la explosión de la primera bomba china de hidrógeno y me pareció pertinente felicitarlos por la hazaña. Sonriente, pero con firmeza, un militar me señaló la relativamente poca importancia de esa bomba. Tomó del bolsillo el librito rojo de Citas:

—Lo que realmente importa es el pensamiento del Presidente Mao, la identificación del ejército con el pueblo.

Resumiendo: la teoría guerrillera de la milicia que se mueve dentro del pueblo como el pez en el agua, mantiene primordial vigencia: 700 millones de chinos constituyen el agua —el habitat y el sostén— del pez que constituye el mayor ejército del mundo.

Pregunto: —¿La intervención del ejército en la Revolución Cultural no perjudica esta estrategia?

—El E.P.L. no apoyó a ninguna de las tendencias que inicialmente se formaron en la Revolución Cultural —me contestan. Las instrucciones impartidas por el Presidente Mao fueron precisas al respecto: apoyar a las izquierdas y no a alguna fracción contra otra. En la práctica se expresa con cuatro caracteres: unidad - crítica - autocrítica - unidad. El ejército se mantuvo neutral desde un comienzo de la Revolución Cultural y cuando intervino no lo hizo para apoyar a los guardias rojos ni a los rebeldes revolucionarios, y menos a los fraccionistas opositores, sino para ratificar la "práctica viva" del pensamiento de Mao.

Me resumen las instrucciones recibidas para intervenir en los casos de choques entre fracciones: no responder a ninguna violencia, ni siquiera contestar a los insultos. Las luchas de fracciones en el marco de la revolución cultural fueron consideradas "contradicciones en el seno del pueblo" y pudieron

ser superadas por la simple presencia de delegaciones del ejército.

Hasta ahora no he visto un tanque, ni siquiera un arma. Alrededor de la mesa rústica digna de un convento franciscano hay oficiales, soldados y personal de la cocina, todos con el mismo uniforme sin insignias, todos con el librito de citas de Mao al alcance de la mano. ¿A qué se parece esto? Pienso en un cónclave de revolucionarios y en una reunión de evangelistas. Se hace evidente que no pretenden representar la fuerza armada sino a la fuerza espiritual. Habla Wang Chiho, jefe de la compañía de tanquistas:

—La política es la raíz de nuestra vida y ponemos la política al mando del ejército. Gracias a ellos hemos logrado algunos éxitos, pero aún estamos lejos de alcanzar las metas señaladas por el Presidente Mao. Ahora enfrentamos problemas fundamentales: en primer término captar cabalmente el pensamiento del Presidente Mao, para promover la revolución ideológica de cada soldado. El vicepresidente Lin Piao ha señalado últimamente que es de suma importancia la actitud espiritual que se tiene hacia el Presidente Mao. Nosotros seguimos el método político de historiar los sufrimientos de la nación china en el feudalismo y en el colonialismo, en especial los sufrimientos del pueblo, de las familias pobres, los testimonios de los héroes populares, el origen del Ejército Popular. A través de estos estudios podemos seguir el desarrollo del pensamiento del Presidente Mao. Hemos llegado a la conclusión que la educación de clase resulta eficaz si logramos identificar la historia de la nación con la vida de cada uno.

El jefe de la compañía calla y de inmediato toma la palabra un joven cabo:

—Cada miembro del batallón cuenta con un caudal político: la historia amarga de su familia. Al incorporarnos en el ejército formamos células políticas. Nuestro primer y principal trabajo político es contar la historia de nuestras familias. De este modo comprobamos nuestros orígenes y sufrimientos comunes.

El cabo relata su propia historia de campesino pobre. Invasiones y guerras civiles. Su abuelo, padre y hermano murieron en las sangrientas represiones de Chinán entre 1947 al 48. Su madre se vio obligada a mendigar con sus hijos. Al año siguiente la zona fue liberada por el Ejército Popular.

—Conocimos entonces otra vida —explicaba el cabo—. Pero ahora, el máximo exponente del revisionismo del Partido dijo que "la explotación tiene sus méritos" en su intento de restaurar el capitalismo en China. ¿Quiere decir que según esta lógica debemos volver a la vida de antes? ¡Imposible! Para evitarlo es importante no olvidar los sufrimientos del pasado. Al coincidir nuestras experiencias, tomamos la resolución de nunca olvidar las amarguras del pasado y así se acrecienta nuestro afecto al Presidente Mao.

El jefe de la compañía retoma ahora la palabra:

—Tampoco debemos olvidar que en el mundo hay dos terceras partes que sufren de la reacción, y que existe el imperialismo yanqui, que en este mo-

mento invade a muchos países. Todo esto es fundamental para el espíritu de nuestro ejército. Cada año recibimos nuevos compañeros. Nuestra célula toma contacto con ellos y les entregamos las obras y citas del Presidente Mao como si fueran armas. Allí aprenden la base de la fortaleza de nuestro ejército: servir de todo corazón al pueblo. Es la gran tradición del E.P.L.: lealtad al pensamiento del Presidente Mao y fidelidad a su línea revolucionaria y proletaria. Nosotros estudiamos y discutimos sobre la línea de la formación del ejército, estudiamos y discutimos la práctica de la revolución. De esta manera percibimos que la lucha y desarrollo de nuestro ejército se identifica con la línea del Presidente Mao. La firmeza de la lucha guarda relación directa en la actitud hacia el Presidente Mao. Esta relación se acentúa en el período del paso de la sociedad socialista a la comunista. El resultado guarda no sólo relación con el destino de nuestro país sino también con el futuro de los pueblos revolucionarios del mundo. Por eso debemos llevar hasta el fin la revolución cultural. En consecuencia tomamos el pensamiento del Presidente Mao como principio supremo. Nosotros establecemos la supremacía del pensamiento de Mao e instalamos su línea revolucionaria en nuestra alma. Ponemos ese pensamiento en cada detalle de nuestra vida.

—Al recibir a nuevos compañeros —retoma de inmediato el cabo— les enseñamos la laboriosidad y la austeridad como base para servir a la patria. Antes de entregarles un fusil o enseñarles el manejo de un tanque, antes de nada, les entregamos este paquetito.

Me presenta una bolsita de tela. Dentro hay una aguja, hilo, un dedal.

—¿La tradición de Yenán?

—Efectivamente: una gloriosa tradición —asegura el cabo—. Heredamos la gloriosa tradición de confeccionar nuestra ropa y fabricar nuestro calzado. Aprovechamos recreos y tiempos libres para tareas auxiliares: en especial cultivar la tierra. Continuamos y desarrollamos esta tradición del E.P.L. y así promovemos la radicalización ideológica.

El jefe de la compañía prosiguió:

—Estudiamos las diferencias entre la sociedad vieja y la nueva, entre el ejército popular y el viejo ejército feudal. A través de estas comparaciones los nuevos soldados toman conciencia de la lucha de clases.

—El Presidente Mao enseña que la política es el mando —dice el soldado Hu Chi-pao—. La política es el alma del ejército. Esto quiere decir que la línea proletaria es la clave de la formación del ejército. Mediante la política establecemos las bases del ejército y nosotros mantenemos firmemente la bandera de "los cuatro primeros" [1]. De esta manera aseguramos la condición revolucionaria y proletaria de nuestro ejército. Tanto el Jruchov chino como

[1] "Los cuatro primeros" son: poner en primer lugar el factor humano al tratar la relación entre las armas y el hombre; el trabajo político al tratar la relación entre el trabajo político y los demás trabajos; el trabajo ideológico al tratar la relación entre trabajo ideológico y el rutinario en el trabajo político; y las ideas vivas al tratar la relación entre las ideas vivas y las librescas en el trabajo ideológico.

sus agentes se opusieron a esta política. Hacían guerra de zapa, oponiéndose a poner la política al mando del ejército. Propagaban el sistema de la profesionalización, de la competencia, de la separación de oficiales y soldados. Lo que más nos indignó fue que lograron detener la publicación de las obras del Presidente Mao. Encargamos a varios compañeros comprar esas obras. Fueron a la ciudad y en todas las librerías decían que estaban agotadas. En cambio se publicaban muchas obras sobre "autocultivación".[1] Entonces recogimos citas del Presidente Mao de algunas publicaciones, hicimos copias y aprovechamos los recreos para estudiarlas. También estudiábamos de noche. En un largo período estuvimos en el campo, no teníamos lámparas. Los soldados improvisaron lámparas a pilas y de noche leíamos las citas. Sabemos que si nuestro ejército es de un nuevo tipo, lo es gracias al pensamiento del Presidente Mao. Sin este pensamiento no podríamos vivir, tampoco podría vivir nuestra patria. Gracias a este pensamiento podemos analizar los problemas y transformar las cosas. Estamos de acuerdo con lo que el Presidente Mao está de acuerdo y nos oponemos a lo que él se opone. Con esta decisión somos capaces de escalar una montaña de espadas y descender a un mar de fuego. Por eso ponemos en primer lugar el estudio de las obras del Presidente Mao. Ocurra lo que ocurra estudiamos una hora al día, antes de iniciar cualquier labor. Al levantarnos saludamos al Presidente Mao. Lo primero que pronunciamos es: "¡Larga, larga vida al Presidente Mao!". Después cantamos canciones revolucionarias. Vivimos en una atmósfera política.

1. Referencia a la obra de Liu Shao-chi.

El jefe de pelotón Tien Sien-yan es presentado como activista. De inmediato nombra a un soldado del batallón, lo recuerda como un héroe. Los militares que escuchan asienten con movimientos de cabeza. Entre ellos hay algunos veteranos de la guerra de Corea. Son particularmente altos estos chinos de la provincia de Changtun y de constitución atlética estos tanquistas de Chinán. Se ven marciales los rostros angulosos enmarcados en los gorros de pieles donde reluce la estrella roja. Seguramente llegó el momento de escuchar al fin una hazaña guerrera. Pero el heroísmo es referido a un soldado que solamente gastó 50 centavos de yuan en no recuerdo cuanto tiempo, y todo el depósito de su economía, consistente en 30 yuanes, se lo entregó a un compañero que tenía la madre enferma.

Me presentan a Pu Shi-chin. 28 años: ocho años en el ejército y ocho menciones de "los 5 méritos". Lo definen como un soldado veterano con el corazón de un soldado nuevo.

—En 1963 terminó mi período de servicio militar. Gracias a las necesidades del ejército pude seguir trabajando aquí. Antes yo era distinto. Ahora comprendo que el egoísmo dominaba mi ser. El ejército me enseñó a pensar en mi pueblo y en todos los pueblos. Con el estudio se elevó mi conciencia. Siento la necesidad de tomar el fusil para liberar a todo el mundo. Reconozco por mi experiencia que el período de reclutamiento es limitado, pero en

cambio servir al pueblo es de tiempo ilimitado. Aunque deba salir del ejército, tengo toda mi vida para hacer la revolución, toda mi vida para transformar mi ideología. Antes vivía solamente para mí. Ahora, desde el pelotón vemos todo el mundo. Al enterarnos de los salvajes bombardeos a Vietnam mandamos cartas al gobierno, que escribimos con nuestra propia sangre, para pedir que nos mandaran a combatir en primera fila contra el imperialismo yanqui.

Pregunto qué estudia ahora.

—Los tres artículos fundamentales del Presidente Mao. Es una herramienta para la transformación de nuestras mentes y cambiar el concepto de lo privado por lo común. Nuestra labor no se limita al cuartel, lo extendemos a todo el pueblo. Realizamos reuniones para el pueblo. Cuando vamos al campo a trabajar reunimos a los campesinos para enseñarles políticas. Lo que aprendimos en el ejército se lo enseñamos a los campesinos. Les enseñamos a cantar y recitar. Mientras trabajamos en el campo hacemos carteles políticos. Los llevamos al hombro en nuestras marchas, o lo cargamos en nuestros tanques. Carteles rojos con letras doradas para la propagación del pensamiento del Presidente Mao. Nuestra formación ideológica es vigorosa y estable, también lo es nuestra propaganda. La meta del ejército es servir al pueblo con entera dedicación. Esto vale para lo material y también para lo espiritual.

El cabo Li Pao-chang habla a continuación. Pertenece a la compañía desde hace 4 años. Recio y de una excepcional altura de aproximadamente 1,90 mts., cuenta que sintióse muy contento cuando fue admitido en una unidad de tanquista. Su alegría se cambió pronto en desengaño.

—En la compañía me destinaron al trabajo de la cocina y esto me produjo mucha tristeza —confiesa—. Yo era egoísta y solamente pensaba en mi deseo de conducir un tanque. Todos los camaradas sabían que a mí no me gustaba el trabajo de cocinero. Por suerte algunos compañeros me hicieron comprender que lo importante era servir al pueblo. En mi mente se produjo una aguda lucha ideológica. Al estudiar las obras de Mao Tse-tung hice la comparación de mi conducta con la del doctor Norman Bethune y sentí vergüenza. Yo no me portaba a la altura de un miembro del partido. Recordé los sufrimientos de mi familia, que trabajaron como bestias de carga en la vieja sociedad, cuando faltaba un ejército al servicio del pueblo. Porque entonces los fusiles no estaban en manos de los pobres. Si yo me empecinaba en la idea de ser tanquista, significaba que no actuaba de acuerdo con la enseñanza del Presidente Mao. Comprendí entonces mi error. A través de la lucha contra el egoísmo se aclaró en mi mente que al realizar mi trabajo de cocinero servía al pueblo. En el estudio de los tres artículos fundamentales comprendí que en nuestro ejército no hay altos ni bajos cargos: todos sirven por igual al pueblo. Me propuse estudiar con intensidad las obras del Presidente Mao. Pongo dedicación a cada momento de mi vida y de mi trabajo. Debo integrarme a la revolución de China y del mundo con mi propio trabajo. Para hacer así un verdadero re-

volucionario quiero ahora ser cocinero toda mi vida. Por eso decimos que los tres artículos fundamentales son poderosas armas de nuestro ejército. Estamos decididos a heredar el bisturí del doctor Norman Bethune para arrancar la idea del egoísmo y la azada del viejo Tonto de las Montañas para arrancar la raíz del revisionismo.

El jefe de la compañía retoma la palabra:

—Al propagarse en el ejército el concepto de la lucha de clases, cada miembro se preocupa de los asuntos del Estado. En un momento crítico el Presidente Mao llamó al Ejército para que apoyara a la izquierda, y nos lanzamos a la acción de la gran Revolución Cultural Proletaria. En marzo de 1967 nuestra unidad se incorporó a los trabajos de la agricultura y de la industria. Ejerció control y ofreció entrenamiento militar e instrucción política a las masas. Conforme a las instrucciones del Presidente Mao debemos insistir en la verdad, y la verdad debe tener una exposición clara. Durante esta tarea hicimos amistad con rebeldes revolucionarios, en especial con campesinos de la capa inferior. Al despedirnos nos entregaron un escudo formado por insignias del Presidente Mao que formaban los caracteres "Servir al pueblo". Un campesino pobre, casi centenario, nos dijo: "Ustedes son nuestros mejores hijos". Porque los sentimientos más profundos y sinceros son los sentimientos de clase. Nosotros nos templamos en la lucha de clases.

—En marzo de 1967 participé en las actividades del campo —cuenta el tanquista Chou Li-chuan—. Nuestra tarea consiste en hacer el trabajo material

y propagar el pensamiento del Presidente Mao y su línea revolucionaria. Movilizamos a las masas. Trabajamos de día y hacemos la revolución de noche. Persistimos en hacer el trabajo agrícola para romper las maquinaciones del enemigo. Criticamos y señalamos la influencia siniestra del Jruchov chino. Mientras organizamos el trabajo material propagamos el pensamiento del Presidente Mao. Cambiamos la vieja fisonomía del campo y del espíritu de los campesinos. Trabajan y cantan con nosotros. Desarrollamos los principios de la Gran Revolución Cultural y cada campesino quiere ser la fuerza de choque de la producción. Dicen de nosotros que somos dignos soldados de Mao y que decimos las palabras que ellos quieren escuchar. Así alcanzamos el éxito en la doble cosecha: en la revolución y en la producción. Nuestra brigada puede decir como en un parte militar: la revolución es muy vigorosa y se avanzó en la doble cosecha material y espiritual. La producción de trigo en la zona aumentó el 32 % con respecto al año anterior y la cosecha otoñal registró un aumento de 24 %. En este gran crisol de la lucha de clases tenemos muchos éxitos en la revolucionización ideológica. Hicimos algunos avances pero es poco con respecto a lo que se espera de nosotros.

Estos soldados hablan por turno, retomándose las ideas. Yo aprovecho una breve tregua en ese fluir de ideas para preguntar sobre las instrucciones del Presidente Mao para actuar en la Revolución Cultural. Me aclaran: "Apoyar a la izquierda pero no a una fracción en particular". Los espíritus estaban

caldeados, hubo facciones que se sintieron ofendidas. Se produjeron riñas y agravios. El ejército intervino con instrucciones precisas: "no levantar jamás el brazo frente a una agresión del pueblo, ni abrir la boca para responder a los insultos de grupos". La recomendación merecería sonrisas en cualquier ejército pero no en éste: evangelistas del pensamiento de Mao Tse-tung, tanquistas que viven como monjes, que junto con el uniforme militar reciben el simbólico hilo y aguja para remendarlo, un ejército que enseña a cantar a los obreros y que barren las casas de los campesinos. Se impone la continuidad de la tradición de Yenán: hace más de cuarenta años Mao Tse-tung fijó los lineamientos de un ejército donde la falta de armas era suplida por la política, y la falta de arroz y abrigo se compensaba con la abundancia de moral. "El movimiento de los astros acompaña el paso de los justos", asegura un viejo refrán chino. En Yenán, el mismo Mao Tse-tung informó a sus soldados la extrema debilidad militar del Ejército Popular de Liberación, en realidad los sobrevivientes de la Gran Marcha, que junto a campesinos sin instrucción militar, "apenas reclutados ayer para combatir hoy", debían enfrentarse con las fuerzas de Chang Kai-chek, que el mismo Mao lo definió como el ejército más numeroso conocido en China y en el mundo hasta entonces: "un millón y medio de hombres armados hasta los dientes con las armas más modernas". Sin embargo Mao les promete la victoria a sus hombres, acondicionándola a dos razones: que

defienden una causa justa y que cuentan con el apoyo del pueblo.

Lo increíble es que esta moralidad sigue rigiendo a este ejército, que convertido en uno de los más poderosos del mundo, insiste en no cambiar de carácter ni de fisonomía. El jefe de la compañía resume el sentido del coloquio con estas palabras: "Aunque ya tenemos la bomba de hidrógeno, nuestra principal arma es el pensamiento de Mao Tse-tung".

El recuerdo de Yenán, el concepto de la austeridad como máxima virtud militar, se acentúa en la breve visita a la guarnición. Recorremos un dormitorio colectivo de extrema modestia: los presos de la cárcel de Pekín viven con mucho más confort. En la entrada hay diarios murales y órdenes del día. En una vitrina de honor se exponen dos trofeos del Batallón de Tanquistas: un par de medias que un soldado usó durante dos años y una patética toalla, pura hilacha, que otro soldado hizo durar durante cuatro años.

Muchas veces se dijo que la actual preocupación de Mao Tse-tung por el desviacionismo derechista y revisionista comenzó con la aparición de Jruchov en el mando soviético. Sin embargo resulta fácil demostrar que esta preocupación es muy anterior a la muerte de Stalin. En todos sus escritos militares (desde 1928) Mao se muestra muy atento y extremadamente crítico sobre el pensamiento político de su ejército. No solamente consideraba importante la formación política en su aspecto militar, sino que también consideraba al Ejército como la

mejor garantía de la continuidad revolucionaria en China. Mientras Chang Kai-chek y los imperialistas apostaban a la carta de una descomposición moral del ejército rojo al entrar en Shangai y en otras grandes ciudades del litoral, Mao Tse-tung, por lo contrario, ponía toda su confianza política y administrativa en su ejército. Estas son sus instrucciones en vísperas de la toma de Shangai y de Nankín. Se trata de un telegrama con fecha 8 de febrero de 1949: "El ejército no es sólo un destacamento de combate, es principalmente un destacamento de trabajo. Todos los cuadros del ejército deben aprender cómo tomar posesión de las ciudades y cómo administrarlas. En las ciudades deben saber bien hacer frente a los imperialistas y a los reaccionarios kuomintanistas, tratar con la burguesía, dirigir a los obreros y organizar sindicatos, movilizar y organizar a la juventud, unirse con los cuadros de las regiones liberadas nuevas e instruirlos, administrar la industria y el comercio, dirigir escuelas, periódicos, agencias de noticias y radiodifusoras, conducir los asuntos extranjeros, arreglar los problemas relativos a los partidos democráticos y a las organizaciones populares, coordinar las relaciones entre la ciudad y el campo, resolver los problemas de víveres, carbón y otros artículos de primera necesidad y solucionar los problemas bancarios y financieros. En resumen, de ahora en adelante los cuadros y combatientes de nuestro ejército tendrán que tomar sobre sí todos los problemas urbanos, con los que antes no estaban familiarizados". Esto que parece el desiderátum del poder

militar (expresado hace aproximadamente veinte años y que se concreta ahora con la designación de Lin Piao como continuador del líder) garantiza en realidad el poder político para que "China no pierda jamás el color rojo", según escuché repetidas veces. Para lograrlo el ejército de China debe seguir siendo en espíritu el ejército de Yenán. De tal modo se cumple otra vieja primicia maoísta de que la política debe dirigir al fusil y no el fusil dirigir a la política. El ejército es el fusil, pero antes y fundamentalmente es la política. Como para demostrarme esto, al retirarnos de la guarnición del Batallón de Tanquistas de Chinán —donde no me mostraron ningún tanque— nos saludó el centinela, el mismo que nos indicó el camino con el librito rojo de las citas. Esta vez se puso firme y apretó el librito en el lado del corazón.

VIII

SOBRE HÉROES Y MODELOS

Lo expuesto anteriormente no constituye una particularidad del regimiento de tanquistas de Chinán: todo el ejército chino propone héroes cuyas hazañas pueden resumirse en el sentimiento de servir al pueblo hasta la última consecuencia. Los últimos modelos son Li Wen-chong y Men Je. El heroísmo de ambos no surge de una determinación súbita y de un arranque de autosacrificio, sino por lo contrario es culminación de una conducta donde convergen los valores políticos y humanos: el estudio y la aplicación del pensamiento revolucionario configuran la acción heroica. En consecuencia, los ejemplos de heroísmo propuestos al pueblo no vienen del fondo de la historia, ni siquiera pertenecen a la crónica de la larga guerra revolucionaria, sino que son de rigurosa actualidad. Li Wen-chong, del Ejército Popular de Liberación, murió junto con dos compañeros después de salvar a cerca de cincuenta guardias rojos en el naufragio de una barca. Había recibido instrucciones de integrar un pelotón para acompañar a un grupo de guardias rojos que debían regresar a su ciudad natal. Esta función

de prestar apoyo logístico a los grupos juveniles que realizaban sus "largas marchas revolucionarias" —cumpliendo labores de ayuda material y espiritual a los campesinos— fue una forma de participación del ejército en la revolución cultural, definida como "apoyo del EPL a la izquierda", según la orden formulada por Lin Piao.

Al atravesar un río en una barca, guardias rojos y militares fueron sorprendidos por una fuerte tormenta. La embarcación zozobró y Li, con dos soldados que lo acompañaban perecieron después de salvar a casi todos los guardias rojos. En la ciudad de Chinán visité un flamante museo de recordación al hecho, que aprovechaba para este fin todo un edificio del clásico estilo greco-soviético, construido para exposición industrial allá por los años 1956/7 de la fraternidad chino-soviética. La sorpresa fue encontrarme con una serie de grandes cuadros que informaban de los acontecimientos en el más avanzado *pop-arte*, que se desarrollaban en forma de una monumental historieta. Ahí seguí la marcha de los adolescentes guardias rojos de ambos sexos, bajo la protección del pelotón del ejército: ayuda a los campesinos, los agrupan para realizar charlas políticas, etc. Después se embarcan para atravesar el río, se produce la tormenta y el naufragio. Hay una escena donde grandes olas levantan a la barca: algunos gritan, pero los soldados y los guardias rojos abren sus libros de citas en busca de las instrucciones supremas. Otra escena muestra el naufragio: la barca dada vuelta, y los guardias rojos, dispersos por el oleaje, niños al fin y al cabo alzan

los brazos en pedido de auxilio. No gritan socorro sino lanzan vivas al Presidente Mao, y tampoco en ese momento dejan de enarbolar el librito rojo. Hacia allí van los soldados: se ven cuadrados de puro vigor y más que nadar parecen hendir la corriente como si fueran lanchas de motor.

En el museo figuran cuadernos de apuntes de los soldados y de los niños: por cierto un hecho nada sorprendente, puesto que todos en China toman nota de lo que ocurre y lo que piensan. Desde hace miles de años la civilización china es la memoria de la palabra escrita: llevar su diario es una costumbre y una terapéutica, cultivada a lo largo de la historia y generalizada durante la revolución. De esta costumbre surge la importancia de Li Wen-chong: en su diario surgen las ideas del héroe y sobre todo el motor ideológico de su hazaña: *"En primer lugar debemos transformar nuestra concepción del mundo* —escribió Li Wen-chong en su diario—. *Sin esta transformación, las cosas que realicemos, no importa cuales sean, no pueden dar buenos resultados".* El mismo estudio de la política debe realizarse con determinada mentalidad, sin la cual todo resultará vacuo: *"Aquéllos que tienen la cabeza repleta de ideas individualistas y que nunca dejan de calcular sobre sus intereses personales, bien pueden leer las obras del Presidente Mao e inclusive recitar páginas enteras, puesto que de cualquier modo jamás actuarán conforme al pensamiento de Mao".* Estas ideas expuestas por el héroe en su diario personal se fijan más en la propaganda que la hazaña cumplida en el naufragio, del mismo modo

que del famoso modelo de productividad de la brigada de Tachai (provincia de Shansí) —que con "sus propios esfuerzos" cambió radicalmente la fisonomía de una región desértica y paupérrima— se enfatiza ahora el hecho de que sus últimos trabajos tuvieron por fin llevar más agua a las tierras vecinas que a su propia comuna, esfuerzo cumplido con la consigna de que "es imposible repudiar al revisionismo si no se combate el egoísmo".

El otro héroe militar evidencia esa identificación de la heroicidad con la conducta de "servir al pueblo". Men Je fue un militar chino que prestó servicios en el Tibet en dos oportunidades: en la liberación y durante la revolución cultural. No faltaron operaciones de guerra en esa zona: las luchas fronterizas con tropas hindúes fueron cruentas y los chinos sorprendieron por su capacidad de actuación arrolladora, seguida inmediatamente con una magistral lección de historia de la zona y alta diplomacia a cargo de Chu En-lai, junto con la entrega de los enemigos muertos y sus armas. (Después fueron devueltos los heridos atendidos por el EPL y otros prisioneros, recibidos sin ninguna alegría por las autoridades hindúes, que como primera medida los encarcelaron por resultar obvio que los prisioneros habían escuchado la instrucción política de los chinos). Estos sucesos guerreros no agregaron héroes en la galería de los soldados modelos, reservado evidentemente para aquellos militares señalados por su acción cívica. Este es el caso de Men Je: había llegado al Tibet para participar en la revolución cultural, "apoyando a la izquierda",

que en este caso no se concretaba solamente en la orientación política sino también en la enseñanza técnica de los campesinos y el cuidado personal de los pastores. Cierto día —para mayor precisión el 5 de setiembre de 1967— enseñaba a los campesinos el montaje de cohetes de fabricación casera usados para dispersar las nubes y evitar la devastadora granizada otoñal del altiplano tibetano. Men Je no permitió que los campesinos realizaran el manipuleo final del montaje, haciéndolo él mismo y no sin tomar el cuidado de alejar a los agricultores del peligroso artefacto. La explosión del cohete mató a Men Je y su nombre se hizo popular en toda esa China convulsionada por la revolución cultural. Su muerte no se encuadraba en la típica hazaña militar, pero correspondía fielmente a las dos premisas que deben regir las acciones de un buen soldado de Mao: "empeñarse en la revolución y promover la producción" e "ir allí donde las dificultades son mayores". Men Je se hizo famoso. En otras partes son los dirigentes quienes premian y establecen la idoneidad del héroe modelo; hoy en China es función de "las masas": infinidad de campesinos testimoniaron a la prensa china la dedicación revolucionaria y la bondad humana del militar ejemplar. Un soldado tibetano de nombre Kyidthigya cuenta que le servía de intérprete cuando (en 1964) Men Je debía instruir a los campesinos o cortarles el pelo a los pastores. *Un día me preguntó: "¿Sabes leer tu propio nombre, Kyidthigya?" A duras penas, respondí. Con profundo sentimiento, el camarada Men Je dijo: "Mira, en la vieja sociedad, tú eras un*

esclavo que cuidaba ovejas para los propietarios tibetanos y yo fui un peón que criaba cerdos para los terratenientes de la nacionalidad han. Sufríamos las mismas penalidades y estábamos igualmente privados del derecho de ir a la escuela. Es el Presidente Mao quien nos ha liberado a nosotros, los pobres, de la miseria. Hoy somos dueños de nuestro país. Si somos analfabetos, no podemos estudiar bien las obras del Presidente Mao. Si no las estudiamos bien, no podemos hacer la revolución". Escribió con mano firme en mi cuaderno de notas los cinco caracteres chinos de "¡Viva el Presidente Mao!" y me enseñó a leerlos y escribirlos palabra por palabra, trazo por trazo. Ya alfabetizado y propagandista del pensamiento de Mao Tse-tung, el tibetano Kyidthigya vuelve a encontrarse tres años después con Men Je. *Me preguntó con mucha solicitud: "¿A cuál organización te enrolaste?" Le dije: "Me alisté en el grupo de combate 18 de Agosto de la guardia roja". Se llenó de alegría por esto y estrechó calurosamente mi mano diciendo: "¡Excelente! ¡Te has unido a una organización revolucionaria! El mérito más destacado del "18 de Agosto" es que sigue las enseñanzas del Presidente Mao y se atreve a rebelarse contra el puñado de elementos con poder seguidores del camino capitalista. ¡Apoyamos resueltamente al 18 de Agosto! ¡Que el ejército y el pueblo se unan y lleven la gran revolución cultural proletaria hasta el fin!" Estas palabras del camarada Men Je me alentaron mucho y fortalecieron mi decisión de defender al Presidente Mao y a su línea revolucionaria proletaria".*

La hazaña de Men Je, a igual de Li Wen-chong, termina por diluirse frente a la importancia del hombre justiciero que ha seguido el camino revolucionario y encarriló a sus hermanos de clase para recorrerlo junto con ellos. De tal modo el héroe se ejemplariza no por su muerte, sino por su vida. La heroicidad no vale como rescate póstumo, sino como última consecuencia de una conducta revolucionaria fecunda. Mao Tse-tung repite constantemente un antiguo dicho que dice que una muerte puede pesar tanto como una montaña o resultar más leve que una pluma: al hombre le cabe elegir la mucha o ninguna importancia de su muerte: lo resuelve en el transcurso de su vida. Y el logro de esto deben señalarlo sus camaradas: "Monté a caballo y corrí hacia la granja con la esperanza de ver por última vez a este buen hermano de nosotros, los tibetanos —cuenta Kyidthigya—. Pero cuando llegué allí, sus restos ya habían sido trasladados. Quedé sin habla en el lugar donde Men Je había entregado su vida. Mi corazón se entristeció y por mis mejillas rodaron las lágrimas. ¡Camarada Men Je! ¡Tú eres el pino siempre verde en las cumbres nevadas! ¡Tú eres el águila de las praderas! ¡Fuiste tú quien utilizó el pensamiento de Mao Tse-tung para nutrir la mente de un pastor pobre!"

Otro testimonio sobre Men Je publicado en la prensa china lo ofrece Fei Rong-ching: éste era jefe de una compañía cuando bajo la dirección de Men Je se realizó una "reunión democrática", vale decir una reunión de soldados donde éstos podían criticar abiertamente la conducta de sus superiores.

"Me hicieron objeto de varias descargas cerradas (es decir críticas cargadas) y me sentí muy exaltado. A duras penas podía seguir estando allí. Miré fijamente al subinstructor político Men Je, quien se encontraba entonces ayudando en el trabajo de la compañía, esperando que él diera algunas explicaciones en mi defensa. Pero él no pronunció ninguna palabra. En lugar de ello, en el descanso me preguntó: ¿Qué piensas de esto? Yo estallé: "¡Terrible! ¡Cuando menos una tercera parte de las críticas son exageraciones! Tendré que refutarles". Men Je me criticó severamente: *"La crítica de los soldados es una expresión de gran consideración hacia los cuadros* (oficiales). *Nosotros no debemos refutarlos a diestra y siniestra: eso sería como arrojarles un balde de agua fría. Somos un ejército del pueblo. Por grandes que sean nuestras responsabilidades, no debemos darnos ínfulas. Mientras más alto es nuestro cargo, más altas deben ser nuestras aspiraciones de servir al pueblo. Debemos ser capaces de escuchar las críticas y no asumir aires de funcionarios y ponernos por encima de las masas".*

Estas palabras calmaron al irritado oficial y lo impulsaron a estudiar las obras de Mao Tse-tung. "Pasando revista al pasado y el presente a la luz de esta enseñanza, recordé cómo había reaccionado en la "reunión democrática" y cuál había sido mi actitud diaria hacia los soldados y sentí que en verdad había asumido aires de burócrata. No me había considerado como un soldado común en las filas revolucionarias, sino que me había colocado en una posición especial, por encima de los soldados. No

los traté en realidad como camaradas que luchaban hombro a hombro conmigo, sino como mis subordinados".

Para luchar contra esta "idea de superioridad" el oficial Fei Rong-ching pidió el auxilio de los soldados, quienes en el curso de tres "reuniones democráticas" criticaron a gusto a su oficial. "Me hicieron muchas críticas —cuenta Fei Rong-ching— que pusieron el dedo en la llaga". La terapéutica es conocida: el "cuadro" debe aprender de las masas. En consecuencia el oficial fue a vivir entre los soldados. Surgieron así las nuevas relaciones entre el "mando" Fei y los "combatientes": *"Antes pensaba que la oficina de la compañía estaba separada de los cuarteles de los combatientes únicamente por una pared, y puesto que yo me encontraba entre ellos todo el día, no habría ningún problema en mis relaciones con las masas. Pero tan pronto que me trasladé a una de las escuadras, surgieron problemas. Cada noche, los combatientes se dormían profundamente apenas se acostaban en sus literas. Yo, sin embargo me revolvía en la mía, incómodo por sus ronquidos, añorando la paz y la tranquilidad de la oficina de la compañía. No era lo suficientemente solícito con los soldados, porque creía que yo había ido solamente para enterarme de las cosas y educarlos. Los combatientes, por lo contrario, me trataban muy deferentemente. Su afecto era realmente conmovedor. En las comidas llenaban el primer tazón y me lo ofrecían. En el trabajo, no me dejaban hacer sino las faenas más ligeras. En los turnos de guardia me asignaban el puesto más cercano.*

Por la noche, cuando volvían de su turno de guardia, se quitaban sus abrigos y me tapaban con uno, temerosos de que me resfriara. Una vez, cuando después de volver de mi turno de guardia reposaba en la cama pensando acerca del trabajo y el estudio, los soldados del tercer turno regresaron. Mientras limpiaban sus fusiles, hablaban y algunas veces reían suavemente. De inmediato uno de ellos los hizo silenciar: "¡No despierten al jefe de la compañía!" Al escuchar esto me sentí invadido de afecto. Realmente, ¡el amor de la clase proletaria es más profundo que los ríos y mares!"

De tal modo el oficial Fei recuerda a Men Je como el promotor de su experiencia de lucha contra el egoísmo: el espíritu revolucionario debe propagarse de hombre a hombre a nivel de un igualitarismo voluntario. Extraño este ejército de un país al que se culpa de militarista y de guerrerista, pero cuya preocupación fundamental es transformar radicalmente las relaciones corrientes entre masas y dirigentes, entre soldados y oficiales: extraño ejército cuyos héroes son aquellos militares que en su vida y en la muerte se mostraron modestos servidores del pueblo.

IX

CÓMO UN HOMBRE ARMADO CON EL PENSAMIENTO DE MAO TSE-TUNG COMBATE EL CÁNCER

La información (de Sinjua - "Nueva China" - telegrama Nº 12.506) procede de la ciudad de Lantchó y dice así: "La población de Lantchó se encuentra en plena discusión sobre la lucha tenaz que lleva un joven técnico que termina de retomar su trabajo después de haber sido tratado de un cáncer en el cuello, y más tarde en el abdomen.

"Su optimismo revolucionario ha impresionado a todos en la conferencia de activistas dedicados al estudio de las obras del Presidente Mao, que se desarrolló recientemente en Lantchó y donde concurrió.

"Lo que llama la atención de la población en la historia de Hong Ping-tchong, 26 años, técnico de la aviación civil de la provincia de Sinkiang, no es por el descubrimiento de una nueva fórmula médica mágica, ni una operación quirúrgica, sino la lucha que libra este joven, alentado por las instrucciones del Presidente Mao, para aferrarse a la vida con el fin de servir al pueblo.

"Hong Ping-tchong fue enviado en enero de

1966 al hospital popular de la región autónoma Uigur de Sinkiang. El diagnóstico estableció un cáncer del lado derecho inferior del abdomen, con una ramificación cancerosa en el cuello, por el cual ya había recibido un tratamiento radioterápico de diez meses en un hospital de Pekín.

"El golpe fue terrible para este joven revolucionario. 'Ya tuve que abandonar mi proyecto para ser un técnico de vuelo. ¡Ahora debo morir joven!', pensó.

"Las enfermeras se mostraron muy deseosas de ayudarlo. Ellas lo orientaron a dirigir sus fuerzas en las enseñanzas del Presidente Mao. Sus compañeros, conociendo la profunda afección que sentía por el Presidente Mao, le llevaron ejemplares de sus obras.

"Los cuidados y atenciones de todos hicieron tomar conciencia a Hong Ping-tchong. Deseando siempre ser "un buen soldado del Presidente Mao", se preguntó por qué en ese momento crítico de su vida, cuando sentía más la necesidad de una guía, él permanecía atrasado en el estudio de las obras del Presidente Mao y comenzaba a apiadarse de sí mismo.

"Reanudó su vieja costumbre de un estudio regular y vivo, es decir un estudio sobre problemas del espíritu. Esta vez trató el problema de la vida y de la muerte.

"Recordó que al comienzo del tratamiento, hubo momentos en que ni siquiera pudo tragar alimentos, tan atroz era el dolor que sentía en la boca y en la garganta. Entonces se dedicó a considerar

las comidas como una tarea revolucionaria, a cumplirse con el fin de vivir para servir al pueblo trabajador.

"A menudo tuvo que apelar a todo su valor para tragar un pequeño bocado, y el violento dolor que eso le causaba le hacía vomitar. Pero él se sobrepuso y trató una y otra vez, hasta que logró hacerlo. De este modo consideró que había pasado el *test* y terminaba de lograr la victoria en ese combate por la vida.

"Hong Ping-tchong encontró entonces un sentido nuevo, más profundo, en esta cita del Presidente Mao: 'Todo hombre debe morir un día, pero todas las muertes no tienen la misma significación'.

"Comprendió que la concepción proletaria de la vida y de la muerte aún no se había enraizado en él. Aún no había resuelto el interrogante sobre la vida y la muerte. En esencia se trataba de un problema de clase, alrededor del cual se desarrollaba una lucha entre el espíritu proletario de la abnegación integral al interés colectivo y el espíritu egoísta burgués. En cuanto a él, al compararse a los héroes animados por un espíritu de abnegación, tales como Tchang Se-teh, Norman Bethune, Lei Feng, Euyang Hai y muchos otros que dieron sus vidas a la causa revolucionaria, seguía poseyendo aún una buena dosis de la sobrevivencia a cualquier precio, que predicaba el Jruchov chino. Decidió que para combatir su cáncer, debía antes que nada combatir su egoísmo.

"En su diario escribió: *Frente a la muerte, la primera cosa a considerarse deben ser los intereses*

del pueblo y no la seguridad o el peligro personales. Vivir por el pueblo o morir por el pueblo constituye la misma cosa.

"Estudió las palabras del Presidente Mao sobre la forma de combatir a las enfermedades: *Frente a la enfermedad se debe tener una firme voluntad de combate y no ser impaciente. Tal es mi actitud frente a la enfermedad.*

"Una vez contraída la enfermedad, es preferible no perder la calma. No impacientarse de ningún modo, sino dejar que el cuerpo desarrolle gradualmente su resistencia al mal hasta que se pueda vencerlo.

"La operación efectuada para extirparle el tumor maligno del intestino duró seis horas y media y Hong Ping-tchong permaneció inconsciente durante otras once horas.

"Retomó el conocimiento en medio de un dolor agudo que le hacía sudar con gruesas gotas. Las enfermeras le ofrecieron aplicar una inyección calmante. Él la rechazó, diciendo que sentíase muy bien, pero ellas estaban tan afligidas de su evidente sufrimiento que insistieron hasta que finalmente él consintió. Pero continuó debatiéndose con los ataques de dolor ulteriores. Apretando los dientes y cerrando los ojos, musitaba para sí mismo:

"Ser resueltos, no retroceder frente al sacrificio y superar todas las dificultades para lograr la victoria.

"Que nuestros camaradas, en los momentos difíciles no pierdan de vista nuestros éxitos, para que puedan distinguir nuestro luminoso futuro y aumenten así su valor.

"Y entonces rechazó cortésmente pero con firmeza todo ofrecimiento ulterior de inyecciones o píldoras calmantes.

"Un día pidió con insistencia que lo transfirieran a una sala ordinaria donde ocasionaría menos trabajo al personal del hospital, y donde alcanzaría a aumentar su resistencia corporal a fin de retirarse del hospital lo más pronto posible. Muy pronto sorprende al personal del hospital al comenzar a limpiar su habitación, y a pesar de las repetidas protestas insiste en aumentar poco a poco sus trabajos de limpieza a medida que se mejoraba su salud.

"Después de la operación, Hong Ping-tchong fue tratado por rayos X. Después de una sesión cayó desvanecido. Pero rechazó el uso de un sillón rodante y con la ayuda de las enfermeras caminó lentamente, tomándose de las paredes, para volver a su dormitorio. Cada vez que se le imponía un descanso momentáneo en la cama, quería siempre levantarse apenas le era posible hacerlo para volver al trabajo que se había impuesto él mismo, es decir lavar el piso, llevar la comida a los enfermos graves y vaciar las bacinillas.

"¿Amenaza la muerte? ¡Luchad! ¿Sigue amenazando? ¡Seguid luchando! Estas son palabras de Hong Ping-tchong. Escribió: *El pensamiento de Mao Tse-tung es lo más poderoso. El hombre más potente es aquél que se encuentra armado con el pensamiento de Mao Tse-tung.* Además: *La idea de continuar*

viviendo para servir al pueblo es una enorme fuerza motriz en la lucha contra la enfermedad.

"Hong Ping-tchong alentaba a los otros pacientes. Un joven campesino, que sufría de apendicitis aguda, temía mucho morir en caso que la operación no fuera exitosa. Hong Ping-tchong estudió con él las obras del Presidente Mao, ayudándolo a encontrar el valor necesario para superar esa inquietud. Se empeñó en hacer la vida más confortable al joven campesino, sirviéndole el té y las comidas, ayudándolo a usar la bacinilla y masajeándole el pecho de modo que la tos y la expectoración no le produjera dolores en la inflamación. Si el paciente no podía dormir de noche, Hong Ping-tchong abandonaba su cama para cuidarlo. Hong Ping-tchong estaba tan dedicado a estos deberes que se impuso la disciplina de dormir solamente pocas horas durante el estado post-operatorio del otro enfermo.

"La historia de Hong Ping-tchong sobre la aplicación práctica de las enseñanzas del Presidente Mao, se propagó rápidamente entre los integrantes de la comuna popular a la que pertenecía el joven campesino. Sus compañeros se impresionaron mucho y dijeron que Hong Ping-tchong había estudiado las obras del Presidente Mao de modo realmente viviente. Aunque gravemente enfermo, 'cuidaba a los otros más que a sí mismo'.

"Durante su hospitalización, Hong Ping-tchong guió a los enfermos de su sala en el estudio de las obras del Presidente Mao. La claridad del pensamiento de Mao Tse-tung rompió las tinieblas de la filosofía de la supervivencia. Más tarde Hong Ping-

tchong fue aceptado unánimemente como militante en el estudio y la aplicación creadora en las obras del Presidente Mao.

"Hong Ping-tchong pidió reincorporarse a su trabajo apenas abandonó el hospital. Preocupados por su salud, la dirección y los compañeros de la administración de la aviación civil le dijeron que necesitaba reposo para la convalescencia.

"Hong Ping-tchong opinó: se ha perdido ya mucho tiempo. No podía imaginarse con los brazos cruzados. En espera que le asignaran trabajo se dedicó a limpiar los alojamientos y lavar la ropa de sus compañeros. Ayudó a publicar el diario mural y un periódico titulado 'Expreso del campo de batalla'.

"Durante un año Hong Ping-tchong trabajó ocho horas diarias como técnico en tierra. Cuando había un exceso de trabajo, hacía voluntariamente horas suplementarias. En repetidas veces la dirección le pidió hacer un trabajo más ligero, cosa que él rechazó. Cierta vez, cuando el médico le entregó un certificado de reposo por convalescencia, lo guardó en el bolsillo y fue como siempre al trabajo. A veces trabajaba hasta medianoche, pero al día siguiente, bien temprano en la mañana se encontraba siempre en el aeropuerto, listo para trabajar.

"Hong Ping-tchong trabaja con un espíritu desinteresado. Se designó a un técnico vigoroso y robusto para que trabajara con él y lo ayudara en los trabajos más pesados. Pero Hong Ping-tchong se negó a encargarse únicamente de los trabajos livianos. Entonces tuvo lugar entre ellos una com-

petición desinteresada para cumplir el trabajo pesado, produciéndose un espíritu de profunda cooperación y una estrecha unidad en su trabajo ejemplar.

"El mantenimiento de aviones efectuado por Hong Ping-tchong es excelente. Gracias a su estilo de trabajo enérgico y concienzudo, se garantizaba la seguridad de vuelo de todos los aviones confiados a su cuidado. Cuatro veces fue citado como trabajador de 'cinco méritos' y en agosto pasado fue aceptado como miembro del partido comunista.

"Determinado a servir cada día más al pueblo, Hong Ping-tchong trató de mejorar su salud por medio de ejercicios físicos. Practicando levantamientos de pesas aumentó paulatinamente su fuerza manual, logrando cada mañana el levantamiento de 46 kilos, tanto como podía hacerlo antes de su enfermedad. Su peso, que fue de 45,5 kilos al salir del hospital, es actualmente de 65 kilos, es decir apenas 5 kilos menos que su peso máximo.

"Hong Ping-tchong toma parte activa en la gran revolución cultural proletaria. A menudo consagra sus veladas y sus días de descanso a hacer carteles con citaciones del presidente Mao. Pintó un enorme cartel con una crónica especial titulada 'Los pueblos del mundo entero aman al Presidente Mao'. Escribió artículos repudiando al puñado de altos responsables del partido que tomaron el camino capitalista. Para propagar eficazmente el pensamiento de Mao Tse-tung se empeñó hasta convertirse en un experimentado calígrafo.

"Hong Ping-tchong no está completamente curado. A veces su estómago le causa molestias y entonces lo invade el desaliento. Pero reacciona con mucho vigor. No permite que lo domine ninguna idea pesimista. Se remite a las enseñanzas del Presidente Mao hasta que encuentra la solución correcta. Declara: 'Mientras viva haré todo lo posible para servir al pueblo e ir siempre adelante, a la ofensiva en la batalla para revolucionar mi ideología'."

X

SHANGAI

Dejamos atrás los rascacielos del Bund que bordean las achocolatadas aguas del Wangpú, y tomamos una avenida que divide dos estilos de edificación: en otros tiempos separaba la concesión francesa de la inglesa. (A los chinos, entonces extranjeros indeseables en su propia patria, les estaba prohibido —"chinos y perros"— entrar en el parque del Bund y debían pagar impuestos al atravesar —aunque fuese en tranvía— esas fronteras internacionales de Shangai).

En especial los ingleses construyeron sus bancos como fortalezas de enormes piedras, que sin disparar un solo tiro entregaron a los invasores japoneses en 1937 y al ejército rojo en 1949. Siguen los barrios comerciales, con las mayores tiendas que aun puedan encontrarse en China, una imponente City que hace recordar que Shangai (la más populosa y también la menos tradicional de las ciudades chinas) es más joven que Chicago o Rosario, y su crecimiento aún más rápido y contradictorio que otras ciudades parecidas que levantó el imperialismo industrial en todo el mundo. De pronto aparecen las

barriadas populosas: ropas a secar en las ventanas y la muchedumbre que ennegrece las perspectivas de las callejuelas.

Shangai, mi ciudad mitológica del muchacho intoxicado de lecturas de viaje, sigue guardando una cantidad de secretos que no logró mantener ninguna otra ciudad del mundo. Se ven rascacielos casi desiertos, descuidados los *halls*, cerrados a veces los portones, pertenecientes sin duda a organizaciones que se encuentran en el vértice de la revolución cultural. Por lo contrario hay numerosas tiendas repletas de compradores que se muestran igualmente ansiosos para comprar un reloj pulsera (fabricado en Shangai) como para saborear los populares ravioles de cien rellenos.

Esa densa muchedumbre se asocia a una sorprendente sensación de limpieza y gracia en el vestir: el pueblo de Shangai no se ha uniformado de azul como la gente de Pekín, y en estos días de fines de enero, del tradicional año nuevo del calendario lunar, todos lucen prendas de fiesta, ropa bien cortada los hombres, blusas floreadas las mujeres, un espectáculo de pueblo endomingado que no he visto en otra ciudad china.

Nos estamos internando en el barrio sur de Wang-lu, rumbo a la calle Wu Li-chao. Seguimos andando paralelamente al río Wangpú, vale decir como si en Buenos Aires bordeáramos el Riachuelo. Es este pues un viaje descendente, un buceo a fondo de los tres niveles de la revolución cultural en Shangai: nivel municipal, de barrio, y de calle. Vamos ahora al comité revolucionario de la calle Wu Li-

chao, órgano de propaganda y poder político sobre 80.000 vecinos, la mayoría obreros de los cercanos muelles del puerto, que a igual de Buenos Aires abraza todo un flanco de la ciudad.

En medio de la calle nos espera el comité. Muchos viejos, una infinidad de niños, y quienes parecen mandar son las mujeres: como en la época heroica de la guerra de liberación, las chinas vuelven a ocupar el papel preponderante en la propaganda revolucionaria. Fueron las máximas víctimas de la sociedad feudal, explotadas inclusive por los explotados, y desde un comienzo la estrategia maoísta confió en ellas para cumplir la premisa de que "toda rebelión se justifica". Ahora me saludan con fuertes y estrechos apretones de manos, ríen y enarbolan el librito rojo de citas. Nos rodean para conducirnos a la sede del comité. Caminan lentamente y cantan en coro. Avanzamos en la calle como una procesión: las mujeres se asoman en las ventanas con más sonrisas y libritos rojos. Siguen cantando citas cuando nos sentamos en los largos y rústicos bancos del salón del comité. Momento indicado para estudiar el ambiente y los tipos que me rodean. Hay rostros marcados por los años y los sufrimientos. Cincuenta o sólo treinta años significan el paso por una infinidad de guerras y calamidades, de invasiones o hambrunas. Shangai tiene actualmente diez millones de almas, pero su zona de influencia —y he aquí su importancia histórica— se cumple en territorios vecinos que reúnen unos 200 millones de campesinos. La revolución cultural tiende a borrar los límites, mejor dicho las contenciones y excesivas desigualdades entre la ciudad y

el campo, especialmente difícil cuando la ciudad se llama Shangai y el campo es aquél que recorrí en un pequeño avión que volaba a sólo mil metros de altura: en cada flanco de toda montaña había una aldea: terminaba una y allí mismo comenzaba otra. Esa impresión se repite ahora al recorrer con la mirada esos rostros que parecen repetirse en el gesto del llanto entonado con unción religiosa. Hay rostros con arrugas que parecen heridas indelebles. Son viejos campesinos y obreros de los muelles: los concesionarios tiraban al aire las órdenes de trabajo sobre la muchedumbre de estibadores, para que se golpearan en la lucha por la posesión del papelucho que servía para ganar un día de vida: un sistema como cualquier otro para quebrar la solidaridad y hacerles olvidar que eran hombres. La revolución cultural les recuerda constantemente este pasado y les enseña que la lucha de clases no ha terminado y que no debe terminar. Que la lucha no se reduce a Shangai y sus muelles: se extiende a toda China ("nunca debemos olvidar que somos 700 millones de chinos"), al Tercer Mundo ("aún falta liberar del imperialismo la gran mayoría de los pueblos del mundo"), a la revolución en escala mundial.

Se produce un alto en el canto y nos sirven agua caliente. (El té sería un lujo innecesario: el huésped bebe el agua hirviente que beben los pobres en sus reuniones. La pobreza y los sufrimientos no deben ser sepultados en el olvido, por lo contrario hay que tenerlos siempre presentes, como combustible del motor revolucionario que no debe terminar jamás).

En un muro de la sala hay un mapamundi para

las clases de política internacional. China —que siempre se llamó y sigue llamándose Estado del Centro en chino— ocupa, el centro de la tierra en este mapa. La Unión Soviética sentada encima con la mole siberiana y allá lejos, empequeñecida aún más en el escorzo del dibujo, figura Europa occidental, apenas una península del supercontinente euroasiático.

Busco (como siempre) a América latina y no la encuentro, al menos no existe en occidente. Pues en este mapa chino, las tres Américas hay que buscarlas en oriente: aquí figuramos al este de China. Al ubicarse en el centro del mapa —por cierto natural en un mapa para uso exclusivo de 700 millones de chinos— pasamos a constituir el extremo oriente del mundo chino. Este contraste con nuestras convenciones tradicionales (en mapas y otros valores que respetamos tan ciegamente) pueden servir para explicarnos algunos puntos de vista de China: quizás no deriven de errores de apreciaciones, sino de realidades que surgen de una óptica particular pero verdadera. ¿Algún día llegaremos a confeccionar nuestros propios mapamundis en vez de aceptar nuestra marginidad en un mapa donde Europa sigue ocupando el centro de la tierra? En el caso de confeccionar un mapamundi con América en el centro, China sería nuestro occidente y Europa el extremo oriente: poner a América latina en el centro es trastocar el mundo, pero de todos modos hay que hacerlo un día.

Terminaron las canciones y comienza la exposición, al principio con ciertas dificultades idiomáticas,

pues el intérprete Song, que me acompaña, es de Pekín y desconoce el dialecto de Shangai. Las incomprensiones son superadas de distintos modos: a veces es mi acompañante y amigo Chi Yi-i (oriundo del sur) quien puede aclarar el significado, o bien son los mismos expositores locales, que esbozan con el dedo los caracteres aclaratorios, puesto que la escritura es el solo idioma común para todos los chinos.

Explican las condiciones de vida de este barrio en el viejo Shangai: chozas y zanjas repletas de inmundicias, falta absoluta de agua y de higiene. El único servicio municipal consistía en un carro que recogía los cadáveres que diariamente aparecían en las calles. "Después de la liberación nos sentimos otros, especialmente cuando nos quitamos el bonete infamante del analfabetismo: ahora contamos en el barrio con 15 escuelas primarias y 7 colegios secundarios".

"Revolución cultural" parece un eufemismo cuando se la considera a nivel académico, en cambio se convierte en un hecho de abrumadora realidad cuando se parte de la premisa que su destinatario son las masas del país más populoso del mundo. Estas mujeres que conocieron las condiciones más degradantes de la dependencia humana, estudian ahora el pensamiento del Presidente Mao y se empeñan en trasformar el espíritu de sus semejantes. "Siempre tuvimos que luchar y lo seguiremos haciendo —insiste una mujer joven, de rostro carnoso y enérgico—. Hubo que luchar para que nosotros los campesinos niveláramos las tumbas de nuestros antepasados y pudiéramos así sembrar más granos. Después llegamos a la ciudad y hubo que luchar para que los vecinos limpiaran las chozas, taparan las zanjas, cavaran letrinas y construyeran baños. Del mismo modo inculcamos ahora el pensamiento político del presidente Mao. Nunca forzamos a hacer las cosas, sino que debemos persuadir. A partir de la liberación, el movimiento de ayuda vecinal había tomado un gran empuje. Construimos un hospital, tapamos todas las zanjas, instalamos la tubería de gas, todo con nuestras propias manos. Pero después el Jruchov chino disolvió este movimiento de voluntarios. La gran revolución cultural nos devolvió esa posibilidad de volver a unirnos y ahora será para siempre. Por eso intensificamos el estudio y la aplicación del pensamiento del Presidente Mao, como la única forma de consolidar y extender nuestras conquistas. Aquí, en este comité de barrio, hay 3.000 personas organizadas en grupos de estudios. Se incorporan inclusive mujeres de 60 a 70 años —algunas están presentes— e inclusive un niño de 5 años ya puede recitar dos de los artículos permanentes, es decir "Servir al pueblo" y "En memoria de Norman Bethune". En nuestras calles domina un ambiente favorable a estos estudios. Una abuela de 65 años contaba antes rosarios budistas, pero ahora pide a sus nietas que le reciten las citas. Un jubilado de 70 años fue envenenado con el palabrerío de Li Shaochi, en el sentido de que un viejo jubilado debía pensar en pasar tranquilamente sus bellos últimos días, y entonces se dedicaba únicamente a cuidar a su nieta, a sentarse en los bancos de las calles, o escu-

char canciones de la radio. Pero después del estudio de las obras del Presidente Mao sabe que siempre está en la edad de aprender y puede hacer la revolución mientras esté vivo. Ahora ayuda a estudiar a otras personas para redactar y pegar *dazibaos*, lee los diarios para que todos sepan lo que ocurre en el país y en el mundo. Así salió de su pequeño círculo para incorporarse al pueblo y a la revolución".

Insisto en conocer otros casos personales. Enumero: comité municipal, de barrio, de calle. ¿Se interrumpen aquí los grados de la revolución cultural? No, me responden. También en el seno de muchas familias se despliega el movimiento de crítica. ¿Un ejemplo? Aquí tenemos una familia cuyos padres son miembros del partido y sufrían la influencia de la línea reaccionaria. El Jruchov chino les había inculcado que un militante debía ser un instrumento servil, y estos padres enseñaron a sus hijos que siempre debían obedecer a las palabras de arriba y del mismo modo los niños debían escuchar las palabras del padre. Pero la revolución cultural provocó el cambio de esta situación. Los padres hicieron su autocrítica en la familia y dejaron de aplicar la autoridad arbitraria sobre sus hijos. Entonces el hijo mayor hizo también su autocrítica, pues siguiendo el ejemplo de sus padres había impuesto su autoridad y mandaba abusivamente a sus hermanos menores. Pero ahora ya tienen otra definición de las relaciones familiares: tanto grandes como pequeños están de acuerdo que el pensamiento del Presidente

Mao debe regir sus relaciones y derechos, y en caso contrario se rebelarán.

Estoy rodeado de mujeres humildes: una magnífica oportunidad para seguir las huellas de la revolución cultural en la familia china. Sigo preguntando sobre otras familias.

—La madre de una familia enseñaba a sus hijos que debían estudiar para hacerse famosos. A su segundo hijo le gusta mucho la pintura y entonces le dijo: debes practicar mucho para convertirte en un pintor famoso. Le compró muchos pinceles y tintas, y solamente se preocupó que pintara todo el día. De este modo descuidó el físico de su hijo, quien pese a su corta edad contrajo una miopía grave. A su hija más pequeña le enseñó a escribir antes de entrar en la escuela. Le ofrecía caramelos de premio si escribía. Después tomó la costumbre de ofrecerle caramelos antes de escribir. Para esa niña, escribir era comer caramelos. Poco después de iniciado este movimiento de crítica y repudio, los padres entendieron que este método de enseñanza no era conveniente. Formábamos niños que siempre pensaban en sus propios intereses: sus golosinas, sus ropas, sus juguetes. Ahora también entre los hermanos se critican mutuamente. Una vez se le rompió el pantalón a la hermana menor y su madre lo remendó, pero esta hermana no quiso usarlo. Su hermano criticó: tienes la misma ideología burguesa de Madame Wang Kwang-mei (la mujer de Liu Shao-chi) y entonces esta hermana respondió: no soy Wang Kwang-mei y tampoco tengo ideología burguesa: quiero usar este pantalón.

Otra mujer pide la palabra para referirse al problema del procedimiento:

—Gracias al estudio del pensamiento del Presidente Mao sabemos que lo más importante es usar la persuasión en vez de la violencia. Antes seguíamos empleando la amenaza o la acción física para imponer las ideas; ahora en cambio debemos persuadir. Los padres enseñaban a los niños con golpes y amenazas: los hermanos mayores aplicaban el mismo sistema con sus hermanos menores. Pero en el actual movimiento se criticó a fondo la línea reaccionaria de obediencia servil que propiciaba el Jruchov chino. Ahora, cuando los padres intentan golpear a sus hijos, éstos responden: ¡Hay que imponerse con argumentos y no por la fuerza! Conozco muchos ejemplos de este tipo, pero desgraciadamente el tiempo limitado no me permite desarrollarlos.

En verdad hay cierta impaciencia entre los integrantes del comité: todas quieren hablar y lo hacen por parte, un sistema de información colectivo que parece funcionar en toda China. Una muchacha de blusa floreada toma la palabra:

—Nuestro tercer grupo de mujeres representa unas 54 familias de trabajadores. Treinta integrantes estamos organizadas en un grupo de estudio y propaganda del pensamiento del Presidente Mao. Este grupo fue formado durante la guerra de liberación, pero aun después de la promulgación del poder popular seguimos constituyendo un grupo secreto, clandestino. ¿Por qué fue así? Pues debido a que el Jruchov chino y un puñado de elementos seguidores del camino capitalista del antiguo comité

municipal de Shangai intentaron ahogar el estudio del pensamiento del Presidente Mao entre las masas. Este puñado de delirantes temía mucho que las masas asimilaran este pensamiento revolucionario, odiaba su estudio y en especial temía su aplicación práctica. Entonces ese puñado de traidores propagaba que las mujeres de las familias trabajadoras tenían muy bajo nivel cultural y muchos asuntos domésticos que tratar, que eran analfabetas y por ello no sabrían aplicar las enseñanzas del estudio. Entonces se referían mucho al pensamiento de Mao Tse-tung, pero lo hacían como puro formulismo. Al contrario del palabrerío hueco de esos elementos, nosotros el proletariado tenemos un profundo afecto hacia el Presidente Mao y una vez que estudiamos sus enseñanzas queremos aplicarlas. Después de esos estudios tenemos la mente clara y ojos perspicaces. Desde hacía mucho tiempo, Liu Shao-chi sostenía que ya se había liquidado la lucha de clases en China, pero la misma existencia clandestina de nuestro grupo reflejaba la permanencia de la lucha de dos clases, de dos líneas políticas y dos ideologías contrarias. Inclusive observábamos cómo elementos derechistas y contrarrevolucionarios se afianzaban en este barrio bajo la protección de esos elementos revisionistas.

—¿Puede señalar —pregunto— quiénes en este barrio eran derechistas y contrarrevolucionarios?

—Ya le dije que integramos un grupo de 54 familias. Pues bien: entre ellos hay tales personas.

—¿Con poder político?

—No. No tenían poder político, por supuesto tampoco lo tienen ahora. Pero había algunos que ya

regresaban a sus lugares natales, donde fueron terratenientes. Pero los campesinos efectúan una estricta vigilancia política, supieron quienes eran y las intenciones que traían: volvieron a expulsarlos y tuvieron que regresar a este barrio. Todos ellos son ex-terratenientes que se instalaron en este barrio después de la liberación. Si fuera por el puñado de revisionistas ya hubieran tomado posesión de algunas de sus ex-propiedades. No lo hicieron por la acción de los campesinos. ¿Acaso Liu Shao-chi no declaró que la explotación tiene sus méritos?

—¿Había muchos de estos elementos derechistas en este barrio?

—Originalmente hubo 71 y ahora quedan 7. Prohibimos el poder político a estas personas. El enemigo de clase no se resigna a su fracaso y su derrota. Querían aprovechar la oportunidad de hacer labor de zapa y sembrar calumnias. Nosotros conocemos las instrucciones sobre la lucha de clases y las ponemos en primer término. Aprendemos a analizar las clases y las luchas de clases en China. Un artículo fundamental del Presidente Mao nos enseña que el problema principal del revolucionario es distinguir quién es el enemigo y quién es el amigo. Debemos integrar el estudio con la práctica. Aquí en esta calle existen ex-terratenientes que no declinan sus sentimientos de clase. Hacia ellos debemos mantener una actitud de odio y no de amistad. Después del estudio uno se dice: antes llamaba abuelo al ex-terrateniente, ahora sabemos que ese tipo es un enemigo de clase, debemos cuidarnos porque hay enemigos entre nosotros. Entonces organizamos un

grupo de vigilancia para cuidar las acciones de esos elementos. Pero hay otros casos que merecen nuestras preocupaciones. Como nosotras las mujeres solemos tener una visión estrecha, es decir no muy amplia, pues siempre hablábamos de problemas muy pequeños, solamente de las cosas domésticas, entonces peleábamos por insignificancias. Por ejemplo era muy corriente ver a dos mujeres que permanecían calladas en las reuniones y no se miraban porque estaban enojadas entre ellas. Cuando conferenciábamos no querían sentarse cara a cara y durante todo el tiempo se daban la espalda. Pero después aprendimos en las obras del Presidente Mao el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo. Se establece entonces una marca divisoria y se impone la existencia de dos clases de contradicciones: una es la contradicción en el seno del pueblo y la otra contra el enemigo. Para nosotras, hermanas de clases, nuestras contradicciones se producen en el seno del pueblo y cualquier incidente lo podemos resolver en el curso de las reuniones, desarrollando las correspondientes críticas y autocríticas. Consideramos que ningún tipo de incidente debe ser callado en las reuniones. Lo aprendimos en el curso de la revolución cultural. En verdad las palabras del Presidente Mao expresan siempre lo que nosotras queremos decir. Le contaré el caso de dos compañeras: una es Lin Shue-lié, la otra se llama Chang Chu-sheng. Estas dos vecinas no se hablaban desde hacía diez años. Después del estudio de las obras del Presidente Mao se produjo un excelente ambiente para resolver estos problemas. Una vez

la Sra. Chang fue a otro lugar y durante esta ausencia sus hijos cayeron enfermos. La Sra. Lin los llevó al hospital y los cuidó en forma muy cariñosa. Ahora se ayudan mutuamente frente a cualquier dificultad. Nosotros estudiamos en las obras del Presidente Mao cualquier problema que se presenta. Integramos este estudio con su aplicación práctica. Aprendemos lo más necesario para alcanzar los éxitos visibles y también aquellas cosas que sirven para ayudarnos y criticarnos mutuamente. Formamos en cada una el espíritu de servir de todo corazón al pueblo.

—¿Cómo efectúan esos estudios?

—Estudiamos en grupos, una vez por semana. También semanalmente comentamos la lectura del diario. El estudio es siempre colectivo y dura corrientemente hora y media.

—¿Podemos visitar una familia de este barrio?

Por supuesto que sí. Mejor dicho ya estaba programada tal visita. Simultáneamente se reanudan los cantos de las citas y en abigarrada y lenta marcha de procesión nos dirigimos hacia un grupo de altos monoblocks que constituyen sin duda el orgullo del barrio. Es hora de trabajo y hay pocos hombres en estas calles. ¡Pero cuántos niños! Aparecen por millares, sorprendentemente gordos y limpios, ruidosos y alegres (siendo mi cara de blanco, *narigón y con redondos ojos de vaca,* la causa de tal hilaridad). Pienso que el gobierno, nada afecto a enfatizar sobre cifras de producción, debería basar su propaganda en fotografiar esas multitudes de niños que se imponen en cualquier lugar de China, todos gordos y risueños. Pienso también que de ningún modo deben

existir 700 millones de chinos: pudorosamente los gobernantes se detuvieron en tal cifra redonda como una señorita detiene la cuenta a los 30 años. ¿Por qué no 800 millones de chinos?

Y ya estamos en el patio interior de un monoblock (construcción año 1965). Nos recibe otro ejército de niños que imposibilita el avance. Algunos viejos, que forman la vanguardia de la comitiva, olvidan el principio de la persuasión y reparten coscorrones para abrirnos paso. Logramos entrar en la casa y nos conducen hasta un departamento del tercer piso. Hay una sala que sirve de comedor, dos dormitorios, las mantas implacablemente dobladas en el extremo de la cama dura, los diplomas enmarcados y el barnizado retrato de Mao Tse-tung. Nos recibe una mujer de edad mediana y sus dos hijos: un niño vestido de marinero y una niña mayor, de unos doce años. Hay otros chicos de la vecindad que comparten la emoción de observar a un extranjero. El jefe de familia está ausente por ser hora de trabajo.

—¿Su marido es obrero?

Me precisan que es funcionario de la Fábrica de Maquinarias Eléctricas.

—¿Usted trabaja? —pregunto a la mujer.

Me contesta que cumple el trabajo social en la calle Wu Li-chao. Le preguntó al niño qué quiere hacer cuando grande y su respuesta rápida y rotunda hace reír a todos los presentes. Me traducen:

—Quiero ser soldado del Ejército de Liberación.

—¿Quieres ser artista? —hago preguntar a la niña, por cierto muy bonita. Ella tampoco vacila:

—Quiero servir al pueblo.

La madre explica:

—Antes enseñábamos a los niños según nuestros intereses. Educábamos a nuestros hijos como para que fueran mandarines. Esto reflejaba la ideología burguesa dentro de la familia. Prevalecía el sentido de lo privado en la educación. Ahora hemos adquirido el sentimiento muy claro que no debemos considerar a los niños como propiedad individual, sino como parte de la sociedad, es decir una persona al servicio de la revolución para toda la vida. Estudiamos el pensamiento del Presidente Mao tres veces por semana. El chiquito tiene sólo cinco años pero ya recita algunas citas, y la mayor desarrolla el contenido de los tres artículos permanentes. Con el estudio amamos aún más a nuestro líder. Ahora, tanto los padres como los hijos, al hacer cualquier cosa pensamos si corresponde o no al pensamiento de Mao Tse-tung. En caso de sí, lo realizamos con alegría, en caso contrario lo negamos con firmeza. Consecuencia de estos estudios, los niños siempre quieren hacer buenas acciones, como ser ayudar en los trabajos domésticos. Antes reñían constantemente entre sí, ahora en cambio se han unido y se ayudan mutuamente en todo. Son los primeros en recordar que hay que leer las citas, inclusive en las comidas nos piden que cantemos las marchas revolucionarias.

Es el momento de retirarnos. Sonrisas y apretones de manos. Guardo mi libreta de apuntes y trato de ordenar mis ideas mientras nos abrimos

paso en medio del impresionante enjambre de niños gordos y curiosos.

Seguramente la revolución cultural está alcanzando ya sus metas políticas, y fiel a la estrategia maoísta de librar una batalla tras otra, entra en la etapa inédita: enfrentar una batalla moral con el fin de transformar al hombre. (La sola tentativa que se recuerda es en la primera etapa leninista de la Revolución Rusa).

Mao Tse-tung y Lin Piao terminaban de declarar (enero de 1968) que antes de establecer el nuevo orden revolucionario era necesario liquidar el concepto del interés privado. Se declaró entonces la guerra de exterminio al sentimiento del egoísmo, al que se le impuso la grave acusación de constituir la base fundamental del revisionismo.

Las invocaciones de moralidad no son cosas extrañas en los gobiernos de Occidente. También se estilan en mi país. Generalmente los militares toman el poder por supuestas motivaciones morales: deploran la moral del equipo desplazado de la Casa Rosada y como primera medida de gobierno invocan las reservas morales de sus flamantes gobernados.

La diferencia entre las invocaciones morales de muchos gobiernos de todo el mundo y ésta que se produce en China, es su proyección en las bases populares y la consecuente movilización de las masas para concretar sus enunciados.

Con explicable curiosidad me informé sobre sistemas y práctica de la lucha contra el egoísmo. La revolución ideológica —me explican— debe recaer en el fuero interior. El enemigo no debe desesti-

marse en lo táctico y lo prueba esta definición: "El egoísmo es un sentimiento arraigado, una herencia del sistema varias veces milenario de la propiedad privada".

La acción ideológica debe crear en primer término la toma de conciencia del egoísmo. Esto es el primer paso de algo tan difícil e importante que llega a la condición definitoria "de ser o no un revolucionario": la denuncia del egoísmo, mejor dicho su auto-denuncia, pues perteneciendo el egoísmo al fuero interior, la validez de esta denuncia, y su posterior corrección, corresponde solamente al individuo: "Destruir el concepto del interés privado e implantar el concepto del interés colectivo es una revolución muy profunda y particularmente encarnizada". Reconocido y localizado el enemigo —en este caso el egoísmo— se aconseja su destrucción conforme a los principios estratégicos y tácticos del maoísmo, vale decir guerra prolongada y rápidos combates de exterminio: "Es preciso hacer una guerra de aniquilamiento, lanzar un desafío a sí mismo, y por propia iniciativa llevar una lucha de golpe por golpe. Es preciso asaltar en aquel punto que se note más débil. En el plan general es necesario hacer la guerra prolongada, y sobre los problemas concretos hacer la guerra de decisión rápida". Cabe después la gran contradicción humana, que en la vieja China se llamó la Gran Dualidad del Universo: "Mi yo es mi pequeño ser, el Universo es mi gran ser". En términos actuales quiere decir que la lucha contra el egoísmo es función individual, pero no debe limitarse a esa escala, sino proyectarse y consolidarse en el mundo exterior: no se realiza por la reflexión solitaria, tal como recomendó Liu Shao-chi en su tratado de Autocultivación, sino en las condiciones exigidas por Mao Tse-tung: "en los vientos y tormentas de la lucha de clases".

XI

"EL ORIENTE ROJO" Y LA REVOLUCIÓN DEL CARRILLÓN

Los temas y los tonos de las conversaciones suelen cambiar, los paisajes se renuevan sin cesar, las ciudades son absolutamente distintas una de las otras, el mismo idioma cambia con solo atravesar el río Yangtsén. Lo realmente inconmovible en cualquier lugar y situación es la omnipresencia de la canción *El oriente rojo.* Como casi todos los elementos que intervienen en la revolución cultural (aunque ya lleva dos años de desarrollo), *El oriente rojo* no es de ahora sino de la época heroica de la Larga Marcha. Su creador fue un campesino pobre (pobre como puede ser un campesino que los chinos llaman pobre), de nombre Li Yo-yuan, originario de la provincia de Shensí del Norte. A los cuatro años perdió a su padre y fue a vivir con su abuela. Cambiar de casa en esa región significaba cambiar una cueva de troglodita por otra parecida: a los trece años Li Yo-yuan mantenía su hogar: su tarea principal consistía en acarrear excrementos, usados como abono, ocupación que lo obligó a conocer los contornos de su aldea y lo puso en contacto con el pueblo

cabecera de distrito. Allí existía una modesta escuela primaria que atrajo poderosamente la atención del joven Li, quien comenzó a espiar las clases. Tanto insistió, ofreciendo su mercancía y sus brazos, que finalmente lo dejaron presenciar y escuchar las lecciones, convirtiéndose así Li en el único "letrado" de su aldea Tchangkuachiang. Un campesino pobre que supiera leer y escribir no era cosa corriente, pero eso no hizo cambiar la suerte de Li Yo-yuan. El cambio de su vida se produjo cuando en octubre de 1936 atravesó la región una columna de ejército rojo: hacía dos años debieron abandonar la base revolucionaria de Kiangsí y ahora se abría camino a fuerza de penurias y combates para unirse con el grueso de las tropas comandadas por Mao Tse-tung. Se cuenta que el joven campesino dejó en el suelo los dos recipientes repletos de excrementos que siempre cargaba al hombro en los extremos de una pértiga y desde lo alto de una colina contempló el paso de los soldados: eran hombres y mujeres y no se notaban los uniformes de oficiales ni la aparatosidad de los temidos "señores de la guerra". A Li le impresionó verlos vestidos con esa misma tela que usaban los campesinos, es decir tejidas con sus propias manos, y observar que arrastraban los pies calzados con las mismas sandalias de paja trenzada que usaba él mismo. Estos detalles hicieron que el campesino, en vez de alejarse como de costumbre de los soldados, fuera a su encuentro. En la misma aldea donde Li había aprendido a leer, los integrantes de la columna comandada por Liu Tche-tang le explicaron el significado de su marcha y le hablaron de Mao

Tse-tung. Hicieron reuniones de campesinos para hablarles de política y los trataban con mucha cordialidad. Nadie, ni los más viejos, recordaban el paso de un ejército así. Pero del mismo modo imprevisto que llegaron reanudaron pocos días después la marcha hacia el oeste, no sin antes dejar organizado un núcleo de activistas en cada aldea.

Li Yo-yuan era el único que sabía leer y escribir en su aldea: a él le correspondía historiar el acontecimiento. Acostumbraba tararear una canción folklórica llamada "A horcajada en el caballo blanco" y con esta melodía compuso una canción en honor a Mao Tse-tung y a la revolución. El ejército rojo había llegado del oriente: también de allí aparecía el sol que enrojecía el cielo para traer la luz y la vida: sentado frente al *kang* (un horno de ladrillo y barro cocido que sirve de cama) el campesino Li Yo-yuan escribió la canción *El oriente rojo*. Cuando el Ejército Popular de Liberación, avanzando hacia la cuenca del río Amarillo, atravesó nuevamente Shensí del Norte, se encontró con la canción en boca de los campesinos que lo recibían en las aldeas. Fue el ejército el que recogió *El oriente rojo* de ese rincón montañoso donde los campesinos vivían en cuevas de trogloditas para llevarla triunfalmente hasta las grandes ciudades del litoral.

Hoy *El oriente rojo* es omnipresente en toda China. Lo compruebo desde lo alto del Hotel de la Paz de Shangai. La perspectiva nocturna de los rascacielos del Bund recuerda la silueta de alguna avenida de Buenos Aires (solamente que aquí el río y los barcos penetran hasta el corazón de la ciu-

dad). Desde la altura donde estoy no me llega el rumor de la muchedumbre ni los ruidos del puerto. Sin embargo de repente resuenan de afuera los primeros compases de *El oriente rojo*. Por cierto nada extraño es escucharlos, pero he aquí que se silencian, dejando una resonancia de campanario que me resultaba exótica de escucharla en China. Cuando la olvido vuelvo a escucharla otra vez, con la solemnidad de viejos bronces que resuenan en el cielo calmo de las cúpulas y torres de Shanghai. De pronto recordé el famoso carrillón del Bund: en viajes anteriores lo escuchaba con una famosa canción inglesa.

Al día siguiente pregunté a mis acompañantes; sí, ese era el famoso carrillón de la vieja municipalidad inglesa de Shangai. Durante cincuenta años se escuchó cada cuarto de hora esa famosa melodía inglesa, y se hubiera escuchado cincuenta años más si no fuera por los guardias rojos. Tomaron por asalto la vieja municipalidad, treparon hasta la torre y silenciaron el carrillón. Los guardias rojos buscaron ayuda en los obreros y trajeron pintores, relojeros y artesanos de instrumentos musicales. Tras largas consultas y afiebrados trabajos, el cuadrante del reloj fue cambiado por el dorado mirasol que simboliza la revolución que se mueve en busca del sol y la vida, y al reanudarse la marcha del reloj se escuchó cada cuarto de hora los compases de *El oriente rojo* en vez de la canción inglesa.

Recuerdo entonces que Kuo Mo-jo me contó que la computadora electrónica que terminaba de fabricarse, no solamente era capaz de calcular como cualquiera otra, sino que además podía cantar *El oriente*

rojo, y creo ahora que no dijo ningún eufemismo sino un hecho concreto: el mismo origen —melodía folklórica y letra de un miserable campesino— hace de esta canción un verdadero símbolo de lo que se propuso y se propone la revolución bajo la dirección de Mao Tse-tung: la transformación más amplia e intensa de China a partir de los niveles populares más bajos.

XII

UN BANQUETE DIDÁCTICO

Recibo la invitación a una comida informal de parte de una reducida delegación del Comité Revolucionario de la Municipalidad de Shangai. Nos reunimos en un saloncito en lo alto del mismo Hotel de la Paz donde me hospedo, un rascacielos del estilo futurista que edificó Virasoro en Buenos Aires por el año 30. Admirable la vista: se abarca el codo del Wangpú (del mismo color del Río de la Plata), con su intenso tráfico de barcos y sampanes, la muralla de los rascacielos edificados frente al río y a los suburbios industriales de la otra orilla. Me gusta Shangai y me alegra que la Revolución Cultural la reivindicó de la reticencia de los chinos, que seguían viendo en ella el recuerdo de la penetración imperialista. Cierto es que toda esta ciudad respiraba ese aire de super-factoría europea que era Shangai. Aquí mismo, este saloncito en lo alto del hotel construido por un inglés (donde invirtió las fabulosas ganancias del tráfico del opio, multiplicadas por la especulación inmobiliaria) es de rigurosa *chinoiserie*, que por supuesto no fue decorada para atraer la clientela china: por lo contrario, antes de la libe-

ración se prohibía la entrada de chinos al hotel, a no ser a determinados chinos y en determinadas circunstancias. En este mismo hotel le prohibieron la entrada al gran escritor Lu Sin cuando fue invitado por Bernard Shaw. Me lo contó en otro viaje un escritor chino, que observando el saloncito (son varios) me dijo: "Tuvo que producirse la liberación para que los chinos pudiéramos entrar en un lugar así". Y eso me produjo vergüenza a mí y no al chino, que observó la barroca decoración de dragones rojos y dorados con indiferencia y desdén. Nada me resulta tan falso como este pequeño oasis de "color local", milagrosamente salvado de la Revolución Cultural. Es evidente que para nosotros, o mejor dicho para mí, las cosas tienen aquí un significado, y otro muy distinto para los chinos. Y en todo lo que estoy escribiendo importa la opinión de los chinos y no la mía. Me resultaría absurdo abrir juicios cuando mi esfuerzo principal es de comprender. En tal sentido puedo señalar que la tempestad de la "Gran Revolución Cultural Proletaria", que resquebrajó tantas tradiciones milenarias y borró a veces el vetusto color local, se detuvo respetuosamente, y soplando apenas como brisa estimulante, eludió todo perjuicio a la invicta tradición gastronómica: aquí están alineadas las copitas del seco y rotundo *maotei* al lado del vino dulzón que acompañan los doce primeros platos de este "banquete informal", donde se imponen los enormes camarones e indescifrables frutos del mar.

A mi lado se encuentra Wu Shang-chi, quien oficia de anfitrión. Es joven, vivaz. Seguramente

un "guardia rojo", dada esa inédita mezcla de extrema juventud y aplomo que no conocí en viajes anteriores. Le pregunté el significado de su nombre y con esa vacilación pudorosa de chinos y chinas cuando son interrogados sobre determinadas precisiones personales (significado de sus nombres, estado civil, si tienen hijos, etc.) me responde que los dos caracteres *shang-chi* quieren decir "eclipsar sus antiguas glorias". Le encuentro un acentuado aspecto de intelectual, pero (prudentemente) no se lo digo, limitándome a preguntarle a qué se dedica.

—Ahora trabajo en el grupo de propaganda política, concretamente propago el pensamiento del Presidente Mao dentro del Comité Revolucionario de la Municipalidad de Shangai.

—¿Dónde trabajó antes?

—En la Unión de Escritores de Shangai.

—En viaje anterior visité esta asociación. ¿Existe aún la Unión de Escritores de Shangai?

—Han cambiado muchas cosas en Shangai. El Presidente Mao denunció que existían algunas asociaciones que en 17 años nunca cumplieron las directivas del Partido. Dentro de esas asociaciones existían grupos de dirigentes, seguidores del Jruchov chino, que aplicaban una siniestra línea contrarrevolucionaria. Se oponían a la línea revolucionaria en el frente del arte y la literatura. Entonces nos rebelamos contra ese puñado de revisionistas.

—¿Fue usted un funcionario de la Unión de Escritores?

—No. Fui un trabajador corriente.

—¿Concretamente qué hacía?

—Escribía artículos. También estudié la teoría de la literatura y el arte.

—¿Qué ocurre en la Unión de Escritores?

—Siguiendo al revisionismo y en especial a Tu-Wain (vice-ministro en la vieja dirección de propaganda del Comité Central) se establecieron distintas asociaciones en todo el país, que crearon una línea divisoria entre escritores y trabajadores. Ahora debemos cambiar este estado de cosas. Según el plan estratégico del actual Comité Municipal, realizamos la lucha, la crítica y la transformación de estas asociaciones con el fin de crearles una nueva fisonomía, basada en la línea revolucionaria del Presidente Mao.

—¿Hubo lucha en la Unión de Escritores?

—Sí.

—¿En qué línea se encontraban la mayoría de los escritores?

—Los dirigentes habían aplicado una línea revisionista. En lo organizativo no hicieron otra cosa que reclutar traidores y renegados. Después de la Liberación mantuvieron el mismo estado de cosas que durante el Kuomingtan. Es decir, no cambiaron nada. No permitieron que los jóvenes obreros y campesinos entraran en la organización. Son reaccionarios y nos rebelamos contra ellos. Los jóvenes obreros y revolucionarios les arrebatamos el poder. La lucha continúa. Los reaccionarios no se resignan a su derrota. En cuanto a nosotros, los escritores populares no pervertidos, debemos llegar al alma del hombre en esta revolución cultural, moldear su concepción del mundo, y a esto estamos dedicados. Tenemos confianza absoluta en el Presidente Mao.

La mayoría se encuentra a nuestro lado, en la línea revolucionaria. Tenemos completa fe en la mayoría de las bases. Tocante a los escritores, toda persona tiene su sello de clase, y los escritores también. Entre ellos no faltaban espías y traidores con poder. Tuvimos que derribarlos. Eran completamente reaccionarios, vivían emboscados, resueltos a restaurar el capitalismo, ni siquiera faltaban los agentes del Kuomingtan. Contra ellos tuvimos que aplicar la dictadura del proletariado. Y sacarlos a la luz como si fueran bombas de tiempo. El revisionismo y el imperialismo nos odian por igual, porque desmontamos a sus agentes. En cuanto a la mayoría de los escritores que apoyan al socialismo y al partido, igual que la mayoría de las masas, deben transformar su ideología, moldear su concepción del mundo y afirmarse en el espíritu de servir de todo corazón al pueblo. Después que los escritores revolucionarios tomamos el poder, la fuerza núcleo de la Unión de Escritores de Shangai son jóvenes y hay muchos escritores obreros. También los escritores deben atenerse a la definición que uno se divide en dos, vale decir que entre los escritores de China existen algunos que representan al proletariado y otros a la burguesía. Por ejemplo hubo un problema importante: anteriormente no se prestó ninguna atención a las fuerzas recién nacidas dentro del arte y la literatura. Los campesinos, que constituyen la mayoría de la población, eran mantenidos al margen de estas actividades. Después de la Revolución Cultural observamos con firmeza la línea revolucionaria del Presidente Mao sobre literatura y arte, y sin

duda surgirán nuevas fuerzas de la creación literaria en el campo obrero y campesino. A la luz de la brillante línea del Presidente Mao, los escritores, poetas y artistas de la clase proletaria saldrán de los mismos obreros y campesinos. Según la vieja definición, los escritores, poetas y artistas estaban por encima de los trabajadores. En el futuro serán miembros de la gran familia de obreros, campesinos y soldados armados con el pensamiento del Presidente Mao. En "Conversaciones en el Foro de Yenán" escribió claramente: artistas y escritores deben adentrarse en las masas y templarse en la acción revolucionaria y de tal modo combatirán en el primer frente. Esta es una larga lucha, pues debemos desacreditar todo lo hecho por el Jruchov chino. En realidad éste seguía la línea del revisionismo soviético, o sea la línea de tres famosos y tres altos: famosos escritores, famosos artistas, famosos directores, y altos honorarios, altos sueldos, altos premios. Debemos criticar a fondo esta línea siniestra. Los trabajadores intelectuales aplicamos los principios de crítica y repudio al revisionismo en el terreno artístico y literario. En la Revolución de Enero [1] en Shangai, el Presidente Mao recomendó a las masas arrebatar el poder a los seguidores del Jruchov chino. Todos criticamos la línea contrarrevolucionaria, representada por un puñado de elementos del antiguo comité municipal, que cercada por las masas se encontraba en un callejón sin salida. En una desesperada contraofensiva intentaron sabo-

[1] En 1967.

tear los suministros de agua y electricidad, paralizar el transporte, y muy especialmente sembraron el siniestro economismo contrarrevolucionario,[1] pues ese puñado de funcionarios habían logrado engañar a parte de las masas.

—¿De qué modo pudieron hacerlo? —pregunté.

—Hubo por ejemplo una organización llamada "Vanguardia Roja", dirigida por el antiguo Comité de Shangai. Sus componentes estaban influidos por el espíritu servil que propagaba el Jruchov chino, eran instrumentos domésticos del puñado de funcionarios revisionistas.

—¿Se manifestaron contra la política del Presidente Mao?

—Por supuesto que no —me replica vivamente Wu Shang-chi—. El Jruchov chino aprovechaba el gran amor de las masas al Presidente Mao y en consecuencia utilizaba su figura para engañarlas. Por eso la lucha fue tan aguda como llena de sutilezas. Tuvimos que persuadir a las masas de reconocer a los falsos y a los verdaderos revolucionarios, para que volvieran sus armas contra un enemigo que no los enfrentaba directamente, sino que actuaban a su lado. Hubo que arrebatarles el poder, organizar a las fuerzas revolucionarias y cañonear el cuartel general enemigo [2], fue entonces cuando el diario "Wen Hui Pao" se puso al frente del proletariado para la toma del poder. Esta acción fue

[1] Referencia al sistema de premios económicos, medallas de plata y oro, etcétera, instituido particularmente en Shangai.

[2] Este "bombardeo" significa las interminables manifestaciones y pegatinas de carteles que cubren toda la ciudad.

apoyada inmediatamente por el Presidente Mao[1]. Como una gran noticia se publicó en todo el país que la revolución había triunfado en la ciudad más populosa de China. El diario de Shangai, que encabezó la revolución, demostró que el periodismo es un instrumento político muy importante, tanto para la dictadura de la burguesía como para la dictadura del proletariado. El Presidente Mao dijo: "Esto constituye una gran revolución: una clase derribó a otra clase". Fue él quien dirigió personalmente esta acción. Una carta destinada a la población de Shangai sirvió para combatir al "economismo" contrarrevolucionario impuesto por el Jruchov chino. 32 organizaciones revolucionarias formularon un comunicado urgente, obteniendo una contestación inmediata del Presidente Mao, quien les indicó: "Tomen ustedes en sus propias manos el destino de la dictadura del proletariado, de la economía socialista y de la gran revolución cultural proletaria". Esto significó la culminación de la revolución, una fiesta del proletariado que se extendió desde Shangai a todo el país. El antiguo Comité Municipal fue destituido. El 5 de febrero (1967) se organizó el Comité Revolucionario Municipal de esta ciudad y recibió el apoyo del Presidente Mao. Se organizaron 32 grandes alianzas revolucionarias para tomar el poder. Todo el mundo salió a la calle para

[1] Shangai es gobernada por un Comité Municipal nombrado directamente por el gobierno central (a igual que Pekín y Tientsin). Los sucesos de Shangai prueban que en la Revolución Cultural no se buscó la simple renovación de autoridades, sino la movilización y acción de las masas.

festejar el acontecimiento y apoyar a la revolución. Pero el grupo de revisionistas no se resignó a su caída e hicieron tentativas para recuperar el poder.

—¿De qué modo?

—El puñado seguidor del Jruchov chino parecía potente, pero al caer mostró su catadura de tigre de papel. No tenían fuerzas para oponerse abiertamente, a plena luz. Entonces quisieron realizar el trabajo de zapa en la oscuridad, aprovechando la autoridad que habían tenido. La naturaleza de su clase decide que siempre odien a la dictadura del proletariado. Entre ellos hay algunos muy recalcitrantes en sus ideas reaccionarias. Esas personas pertenecen al tipo de cabeza de granito: no cambian con nada. Ya en 1956, en un estudio sobre las cooperativas agrarias, el Presidente Mao se refirió así a esta clase de personas: "Hay indudablemente quienes nunca cambiarán, y prefieren tener su cabeza de piedra hasta la muerte, pero esto no afecta a la situación general".

—De modo que ya podemos considerar consolidado el triunfo de la revolución en Shangai.

Wu Shang-chi no aprueba mi conclusión:

—Esta toma del poder no se produjo espontáneamente, sino gracias al apoyo del Presidente Mao, es el resultado de la línea revolucionaria de su pensamiento. La toma del poder por las masas es continuación y consecuencia de la dictadura del proletariado. Y este proceso no se interrumpe, no debe interrumpirse. Hace mucho tiempo el Presidente Mao señaló la permanencia de la lucha de clases en plena dictadura del proletariado. El puñado de

revisionistas constituye una clase que busca subyugar a otra clase, y es la revolución proletaria quien derrota a la clase burguesa. Por eso la revolución de Enero[1] forma parte del plan estratégico del Presidente Mao. Esta revolución ya pasó, pero debemos luchar para que permanezca su espíritu, es preciso proseguir la movilización de las masas y poner en práctica todas las instrucciones del Presidente Mao para alcanzar la victoria en lo político, económico, ideológico y organizativo. Esto constituye el plan trazado para 1968. En tal sentido debemos decir que la revolución de Enero no ha pasado, puesto que permanecen en vigencia sus problemas y personas.

—¿Existen aún esas personas? Me refiero, claro, a los funcionarios destituidos en la revolución de Enero.

—Físicamente existen y deben seguir existiendo —me responde Wu Shang-chi con firmeza—. Tenemos la obligación de alimentarlos y vestirlos como a cualquier ciudadano. Pero también debemos desenmascarar sus crímenes para que todos lo sepan. Esta es una guerra revolucionaria, y matamos en la lucha, pero solamente matamos en lo político. Se lucha ideológicamente.[2] En un principio no lo comprendimos así y por eso cometimos algunos errores. El

[1] La revolución de Shangai, en 1967.

[2] En Occidente muchos se preguntan: ¿Por qué no hicieron desaparecer físicamente a Liu Shao-chi en vez de entablar esta larga lucha política? Mao Tse-tung tiene de sobra el prestigio necesario para aniquilar a Liu Shao-chi. Se impone, pues, el hecho de que a Mao Tse-tung no le interesó la desaparición física de Liu Shao-chi, sino que buscó la lucha ideológica a nivel nacional. Esto, comprensible para los chinos, resulta incomprensible para muchos occidentales, y expresa la gran diferencia entre el actual proceso chino y las "purgas" más o menos palaciegas ocurridas en otros países socialistas.

Presidente Mao desarrolló la teoría de la lucha de clases dentro de la dictadura del proletariado. Nosotros creamos un importante ejemplo al prevenir la restauración capitalista y por supuesto despertamos distintas opiniones: nuestros amigos nos apoyan en esta revolución, los enemigos nos odian más. Esta es una revolución que no tiene antecedentes en la historia, es lógico que al principio no tuvimos el sentido exacto de esta lucha. Ya el Presidente Mao nos advirtió en el mensaje del 16 de mayo de 1966, que había tipos como Jruchov que dormían a nuestro lado. Fue necesario todo un largo proceso para reconocer al enemigo.

Mientras tanto sigue el desfile de la gran cocina china. Es la "sopa de música": un caldo que chirrea al volcarse en una sopera llena de frituras de harina de arroz. Después aparece un pato entero, como flotando en una complicada salsa. Parecía tan firme el pato y bastaron los palillos para desmenuzarlo. Y llegó también un enorme pescado achocolatado sobre una salsa dulce-avinagrada y cubierto con cristalina manta de caramelo picante. Y al final es otra sopera, ésta con caldero propio, que arde en medio de la mesa como en el descanso de la caravana en el desierto. Aquí mis apuntes languidecen, con marcada tendencia a la síntesis (que prefiero mantener):

—Como dice el Presidente Mao, habrá una, dos

o tres revoluciones culturales, pero serán distintas y sus formas no se repetirán nunca. La lucha de clases no se detiene y tampoco se repite.

Al señalarle errores de Stalin, algunos denunciados oportunamente por Mao Tse-tung, mi interlocutor replica:

—Stalin era un águila, Jruchov y Cía. son gallinas. Por más bajo que vuele un águila, resulta incomparable con respecto al vuelo de una gallina.

Cuando le pregunto si hay burgueses surgidos después de la Liberación, o solamente se trata de los burgueses antiguos, Wu Shang-chi me asegura que hay de los dos tipos, pero que los elementos que más les preocupan para su corrección o su condena son los del primer grupo. Lo principal es criticar su ideología y desacreditar su influencia. Pero también hay que ofrecerles una salida. "Lo hacemos con la crítica y la educación, los ayudamos en la autocrítica. Debemos observar si persisten en sus errores. Sin duda no les creamos las condiciones para que pasen hambre, ni empleamos el método de la condena pública. Claro que esos elementos seguidores del camino capitalista no pueden vivir como antes. Ya que me lo pide, le daré un ejemplo: el máximo dirigente revisionista en Shangai fue Chen Pei-sien (ex 1er. secretario), que pasaba una vida muy lujosa. Todos los años gastaba decenas de miles en medicina tradicional y en sus casas —tenía varias— usaba alfombras cuyo valor son de más de mil yuanes. Cuando se sentía indispuesto pedía que le prepararan un caldo de sesos de gallina: el cocinero debía buscar cabezas de gallinas para satisfacer

ese capricho, del mismo modo que en pleno invierno debían desaguar un estanque helado porque le apetecía comer carpa viva. Nosotros lo llamábamos un terrateniente sin tierras y un capitalista sin fábricas. Sin embargo ese tipo pasó una vida combativa, se templó en la guerra, pero en cambio sucumbió frente a la influencia de la burguesía. Su mente se degeneró con ideas del revisionismo soviético y del Jruchov chino. Esto entra en la emulación pacífica, ¡pero resulta más terrible que la guerra! Los revisionistas soviéticos nos dicen:—'Nosotros no somos dueños de tierras ni fábricas. ¿Por qué nos llaman seguidores del sistema capitalista?' La respuesta es la evidencia del revisionista Nº 1 de Shangai: al parecer no tenía fábricas, pero tenía la autoridad de muchas fábricas. Sin tierras propias, manejaba todas las tierras de este distrito. Debemos dejar la superficie de las cosas y buscar su esencia. Por eso los revisionistas nos temen, porque no aceptamos su palabrerío y vamos a su esencia, tocamos su llaga. Antes citaban a Marx y decían que formaba el Estado todo el pueblo. Ahora todos los pueblos revolucionarios del mundo ven las cosas más claras que antes. Fuimos nosotros quienes planteamos el análisis independiente. Nos oponemos a los revolucionarios orales. Debemos ver la acción revolucionaria. No quiero decir que todo lo que hacemos en China es bueno, pero estamos haciendo esfuerzos y avanzamos. Esta revolución es única en el mundo, pero en esencia es igual a cualquier otra: una locomotora que empuja a la historia".

XIII

VARIACIONES SOBRE UNA COMUNA POPULAR

Una visita a una comuna popular puede constituir un paseo dentro de la inmensa Shangai: sus diez millones de habitantes tienen la característica de contener una importante población campesina. He aquí la ciudad que avanza en monoblocks ordenados en avenidas que se concentran en pequeños centros comerciales con su cine y su estación de troleybuses: la misma Europa industrializada conserva con cierto celo un pintoresquismo que parece dejar indiferente al que fue el país más pintoresco del mundo.

La avenida nos conduce por una llanura donde se mezcla el campo y flamantes edificios industriales: recuerdo los suburbios de Buenos Aires. Pero aquí faltan los *chalets* y las villas miserias, los bares y las estaciones de servicio; en cambio aparecen una sucesión interminable de inmensos hongos de ennegrecido cemento: los *blockhaus* levantados por Chiang Kai-chek (aconsejado por sus asesores yanquis) para detener al Ejército Popular que avanzaba al mando del mariscal Chen Yi. Hay kilómetros y kilómetros de fortificaciones: no me resulta un

paisaje extraño en Asia: he visto parecidos *blockhaus* en Vietnam, en la carretera de Hanoy al puerto de Haifong: también los franceses quisieron detener la marcha de la historia con cemento y artillería. Recordé entonces una inmensa fortificación en las alturas de la ciudad de Nanning (capital de la estratégica provincia meridional de Kwangsí): enormes cañones Krups emplazados a pedido de las autoridades imperiales chinas (que aceptaron la penetración alemana por la cuenca del Río Amarillo a través de la populosa provincia de Chantúng) para afrontar un eventual avance francés desde Indochina al centro meridional de China: entonces eso era la débil periferia del imperio, región poblada además por minorías nacionales[1]: hace pocos años esta monolítica China de Mao era el *puzzle* y el tablero de ajedrez de las potencias colonialistas. Observar casamatas abandonadas llena el corazón de esperanza: la mejor artillería del mundo pudo poco o nada contra los ejércitos de campesinos que avanzaron hacia las poderosas bases del colonialismo. Los campesinos cultivan ahora arroz y algodón alrededor de esas siniestras moles redondas que se parecen a sus tumbas tradicionales. Por cierto no son los chinos

[1] El actual gobierno chino aplicó una eficaz política de autonomía cultural y económica a estas minorías (los sorprendidos viajeros llegan a los lugares más remotos para encontrar lenguas locales que se escriben con letras latinas en vez de caracteres chinos), consolidando esta amplia región que limita con Vietnam y Birmania: se construyeron ferrocarriles que llevan directamente a Pekín, y tanto Nanning como Kunming (capital de Yunnan) son actualmente ciudades modernas con grandes aeropuertos internacionales.

llamados a creer en la invulnerabilidad de las fortificaciones. Estos *blockhaus* resultan un juego de niños si los comparamos con la Gran Muralla que hace milenios construyeron con sus manos, y resultó ineficaz para detener la invasión de los nómades, con el resultado de que los mongoles terminaron absorbidos por el océano humano chino y finalmente fueron los pacíficos campesinos *hans* quienes cruzaron la Gran Muralla para extender su civilización agraria. Si debemos aceptar que la actual Revolución Cultural es una especie de movilización general, se impone entonces que la estrategia china se vio en la necesidad de organizar un nuevo tipo de fortaleza, bien distinta a esos *blockhaus* que en el sur se utilizan ahora como depósitos de herramientas, o de la Gran Muralla del Norte, restaurada a todo costo como monumento nacional y paseo público de la población de Pekín. La fortaleza de la Nueva China pasó a ser el bastión humano, concretamente es la Comuna Popular: nada me extraña que aquí, casi a la vista de los rascacielos de Shangai, justo en la vencida línea de fortificaciones de la última defensa del colonialismo, se encuentra la Comuna Popular "Puente del caballo" (y no estamos en las afueras, sino dentro del distrito administrativo de Shangai).

Esta comuna popular la integran 7.000 familias con más de 30.000 personas: 3.200 hectáreas de cultivo, 9 fábricas y talleres, 20 brigadas con 197 equipos de producción. Cuando el Ejército Popular de Liberación rebasaron esas fortificaciones para llegar al centro de Shangai, existían algunos

campesinos y una mayoría de gente sin oficio: los hombres más fuertes debían buscar el puñado de arroz en los muelles y en las calles de la ciudad: sin contar que apenas un 3 % era propietaria del 75 % de esas tierras. Inicialmente se produjo la reforma agraria, empezaron a actuar las brigadas de ayuda mutua, se formaron las cooperativas primitivas, hasta que se organizaron 18 cooperativas de tipo superior: en setiembre de 1958 se unieron todas ellas en una comuna popular. Construyeron entonces fábricas de ladrillos y habitaciones colectivas de tres pisos, escuelas y un hospital, caminos pavimentados, estanques, un sistema de irrigación eléctrica. Digamos un pequeño estado, con sus milicias, dentro del territorio administrativo de una de las ciudades más populosas del mundo. Después se produjo la revolución del 5 de mayo de 1967: la mayoría de los ex-campesinos pobres, unidos a la milicia popular, se rebelaron contra las autoridades nombradas por el Comité Municipal de Shangai y se estableció el Comité Revolucionario de la Comuna Popular "Puente del Caballo". La originalidad de la situación no surge solamente de lo que me cuentan: mucho más se impone por lo que presencio. Hay largas filas de mujeres y hombres que ocupan la carretera interna: hilan el algodón que cultivaron y tiñeron ellos mismos. Sobre sencillos bastidores combinan un azul intenso con rojo, verde y blanco, un tejido que luce bonito y primitivo, como algunas telas de los indios del altiplano boliviano (por cierto algo rústico y muy a mi gusto, pero extraño de encontrar en China). Muchos la usan, en especial los

niños y los viejos que pasan en bicicletas. Las tejedoras parecen no aceptar mi elogio a esa tela: pero dicen, sí, que es muy fuerte, y que solamente la usan los miembros de la comuna. Pienso que Shangai es la ciudad donde posiblemente funcionen más telares industriales que en ninguna otra ciudad asiática, pero esta comuna sigue con su industria artesanal. Del mismo modo en el puerto termino de ver navegando el primer gran carguero transoceánico de 10.000 toneladas construido en Shangai, pero aquí me muestran con orgullo unas pequeñas barcas de cemento construidas en la comuna, experiencia aportada por otros comuneros del Río de las Perlas. En la ciudad que fabricó una prensa industrial de 12.000 toneladas y computadoras eléctricas, me exhiben con orgullo un taller con 20 tornos donde componen sus motores. En la ciudad donde se fabrican locomotoras eléctricas y los enormes troleybuses articulados de seis ruedas que recorren las capitales de China, me muestran su fábrica de carretillas, y ponen mayor orgullo aún en la carpintería donde están lustrando los pupitres de una nueva escuela. De pronto se me revela que esta comuna, a igual que las otras, constituye una unidad absolutamente autónoma, pese a estar enclavada en el flanco de una inmensa ciudad que ya la envolvió por completo. Vale decir que una comuna popular repite en pequeño la misma situación que se ve obligada a llevar China en el concierto mundial. Una comuna popular es una célula autónoma viva que ayuda a que todo el inmenso y autónomo cuerpo chino se mantenga vivo. Contra la tradición de una centrali-

zación burocrática que históricamente dejó anémica la inmensa periferia del imperio —o con mayor precisión la periferia de cada provincia [1], la actual estrategia china propicia un crecimiento masivo, que de algún modo puede representarse en forma de una infinidad de estancos. En China todos los niveles se basan ahora en la autonomía: en cada provincia, cada distrito, cada comuna popular. Esta constitución puede explicar la necesidad de la revolución cultural: se necesita un rigor ideológico centrípeto para suplantar la rigidez burocrática de la organización centrífuga de otros estados. De tal modo China multiplica las posibilidades de desarrollo: hay remotos "estancos" donde se construye la bomba atómica, como hay otros "estancos", igualmente remotos, donde me mostraron con orgullo los ingeniosos tornos rudimentarios para aumentar la producción de baldes de madera para el transporte del abono humano. Resumiendo: un inmenso pueblo (nada menos que la cuarta parte de la humanidad) aislado de casi todo el mundo (con la abierta agresividad de unos y la hipócrita reserva de los otros), debe abocarse a la construcción de todas las cosas, desde las más sencillas a las más complicadas: algo inédito y cuya realización intriga e inquieta la conciencia del mundo.

Muchos llegan a China y abren su libreta con entusiasmo, pero no tardan en desesperarse: ¡Estos

[1] La gradual debilidad de la acción gubernamental a medida que se alejaba de las capitales fue debidamente estudiada por Mao Tse-tung, quien organizó las primeras bases revolucionarias en las zonas fronterizas de varias provincias.

chinos no largan cifras generales! ¿Pero qué cifras? Hay fábricas grandes, medianas, pequeñas: se pueden visitar una, dos, tres, cuatro por día. Anote usted, las cifras son éstas o aquéllas. ¿Pero por cuánto hay que multiplicar? Sí, Occidente es así: aunque no le ofrezca nada, necesita en cambio la totalidad, lo absoluto en cifras. Pero este chino no conoce lo absoluto, y aquel otro tampoco. Para colmo les han enseñado que lo absoluto no son las cifras sino los hombres. Hay un "tempo" chino y también la sonrisa china para el caso. Ellos miden el potencial de su país con una medida propia que no es la utilitaria. Justamente la Revolución Cultural pone especial énfasis en la trascendencia política de cualquier labor, rechazando la importancia de un trabajo sobre cualquier otro: en la película documental realizada sobre la bomba de hidrógeno aparecen algunos científicos manipulando sus aparatos, los soldados ejercitándose con máscaras y ropas especiales en el desierto de Sinkiang, pero no faltan los cocineros inclinados en sus hornallas: la bomba, como cualquier otra conquista china, requiere la contribución de todos. ¿Cifras totales de producción? La aproximación puede surgir de una ideología multiplicada por 700 millones: aquí ya no mandan las cifras sino una escala de valores humanos y por rudimentarios que éstos sean, significa de cualquier modo un avance del socialismo dentro del socialismo.

Una de las últimas visitas que realicé en Shangai fue a una imprenta. El taller no era ninguna maravilla técnica: máquinas impresoras que ya fue-

ron viejas cuando se produjo la liberación, semiautomatizadas después gracias a las iniciativas de obreros y obreras. Entre ellas hay una rubia y joven inglesa: profesora de inglés en la Universidad, acompañaba a sus alumnos en la temporada de trabajos manuales, que se realizaban en esa imprenta.

La sola novedad de esta visita se presentó en el piso superior, donde funcionaba la encuadernación. Tampoco aquí encontré ninguna novedad técnica. Pero se había producido algo importante: terminaba de realizarse una reunión general, con las consabidas críticas y autocríticas. Después procedieron a deshacer cientos de paquetes de libros. Se trataba de una selección de trabajos de Mao Tsetung en tres tomos, impresos especialmente para el Ejército Popular de Liberación. Papel liviano, tipo biblia, y tapa de papel ilustración. Sonreí cuando me dijeron que ese excelente papel provenía de la fábrica de Chinán: conocía esa vieja fábrica que antes de la Liberación solamente podía producir papel de envolver y donde ahora los chinos producen papeles especiales para la exportación. Por supuesto una fábrica ampliada y modernizada, pero lo realmente inimaginable resultó la materia prima que usaban: apenas una cantidad mínima de celulosa pura y el resto era una mezcla increíble de papeles viejos, trozos de alpargatas desmenuzadas, trapos que ya no servían ni para el remiendo de un campesino pobre, todo esto recogido meticulosamente de la inmensa provincia de Changtung (57 millones de almas). Esa resaca de un campo siempre pobre (pero ahora organizado) hervía en inmensos calderos y pasaba por filtros y transmisores creados por los mismos obreros, y con esa pasta logran fabricar papeles de la mejor calidad: a igual que en la guerra, lo que importa es el hombre y no la máquina.

El problema que se planteaba en este taller era de un nuevo tipo. Terminada la encuadernación de todo el tiraje, había sobrado un cuadernillo. El trabajo había sido planificado con tal precisión, que ese cuadernillo sobrante significaba la existencia de un ejemplar incompleto. Se detuvo el trabajo y hubo una reunión general, donde se aceptó la responsabilidad colectiva. El descuido recaía sobre todo el taller y entonces resolvieron que todos debían contribuir a solucionar esa falla. Así los encontré: todo el personal de encuadernación abría paquetes y revisaba libro por libro.

Hablé con el director de la sección. ¿Valía la pena ese trabajo? Me preguntaron mi opinión. A mí me pareció una exageración y se los dije. Por supuesto continuaron su búsqueda.

—Lo resolvimos en la reunión —me dijo el director—. Ese ejemplar fallado debe aparecer y será corregido. Es una edición especial, y aunque no lo fuese, nadie de nosotros quiere que aparezca un libro incompleto.

—¿No piensan en el tiempo que están perdiendo?

—No se trata de un planteo económico, sino político. Hemos resuelto quedarnos toda la noche aquí, si fuera necesario, pero ese libro tiene que aparecer. Al comenzar este trabajo nos propusimos lanzar una edición perfecta y por eso controlamos

y contamos todos los pliegos. Ahora sabemos que hay un ejemplar con un cuadernillo de menos: tiene que aparecer.

Era un taller de encuadernación corriente, sin ninguna originalidad técnica, y tampoco encontré allí un ápice de pintoresquismo local: viejas máquinas refaccionadas, hombres vestidos de azul y mujeres con delantales blancos. Un taller como cualquier otro. Los dejé abriendo paquetes y revisando el tercer tomo, donde debía aparecer la falta del cuadernillo que sobró. La China pintoresca parece terminar para siempre, pero posiblemente comienza otra más original.

PRÓLOGO PARA PUBLICARSE COMO EPÍLOGO

Noticias de China (para ser publicadas en Occidente): empleando los términos manidos en la materia, podemos definirlas como las formas más incomprensibles del complicadísimo idioma de una raza misteriosa. En consecuencia las noticias chinas suelen provenir de cualquier parte, pero descartándose a priori todas aquéllas que tengan origen en los chinos propiamente dichos. Y esto no es de ahora: poco o nada importó que los chinos ya contaran con la historia escrita más frondosa del mundo de entonces (comentada además por poetas y filósofos) cuando fueron "descubiertos" por los europeos: para Occidente comenzaron a existir a partir de los desvaríos del mercader veneciano Marco Polo. Esta tradición continúa: lo que se publica hoy sobre China debe basarse en conjeturas de comentarios expresados anónimamente por problemáticos viajeros que siempre están llegando a Hong Kong, lugar cuya honorabilidad se prueba con el hecho de estar repleto de mercaderes. Se supone que estos informantes tan fantasmagóricos como numerosos —llegan por carradas de Cantón cuando hay que publicar cual-

quier noticia— son occidentales o chinos anticomunistas (que valen casi lo mismo), es decir monopolistas de la verdad absoluta, duchos en el arte de desenmascarar la atávica inclinación a la mistificación de los amarillos, que desde épocas lejanas insistieron en perturbar el curso correcto de los acontecimientos al leer *tráfico de opio* donde estaba escrito *cruzada civilizadora, invasión* donde decía *evangelización, explotación* en vez de *ayuda*.

Ya pueden ahora desgañitarse centenares de millones de chinos, gritando sus verdades en miles de aldeas y ciudades: jamás persuadirán a los astutos profesionales de la noticia, conocedores como nadie de los invisibles hilos y las secretas motivaciones de esos hechos: se da por probado que nada tienen que ver con los motivos que exponen los protagonistas chinos, señalados por inconmovibles leyes divinas y terrestres para ser siempre objetos, y jamás sujetos de la Historia.

El colonialista teme y odia al hombre de color, el capitalista teme y odia al pobre, el imperialista teme y odia al revolucionario: hay razones de sobra para que el temor y el odio a los chinos asuman características tan precisas como enfermizas: se pretende desconocer internacionalmente a los chinos, borrarlos del mapa, si fuera posible exilarlos del planeta. Como todo esto resulta cada día más difícil, el avestruz que teme y odia esconde la cabeza, en especial se tapa los oídos: *eso* no existe, que nadie mire hacia China, lo que se escucha de allí es pura ilusión; ya se unieron los yanquis y los rusos para arreglarles las cuentas, un poco de paciencia y terminará en risueño despertar la pesadilla de esa organizada cuarta parte de la humanidad, que son hombres de color y por añadidura pobres, y para colmo revolucionarios sin remedio.

Cuando las dos superpotencias decretaron la inmovilidad de la historia y pretendieron cristalizar el desarrollo de nuevas fuerzas, la respuesta no pudo ser otra que la actual radicalización de la revolución china: la revolución cultural señala "la larga marcha" que espera al Tercer Mundo en la desigual lucha de su liberación.

* * *

En este libro —a igual que en otros— preferí el sistema de reducir en vez de acumular. Para mí (al menos últimamente) escribir es restar en vez de sumar: al hacerlo así fuí desechando aquí la cronología de la revolución cultural, prefiriendo el testimonio personal, y de modo especial quise transmitir las palabras de los chinos: entiendo que esto último es fundamental para comprender lo que ocurre en China. Existe por cierto la valla idiomática, pero no cabe duda que esta valla se agrava en proporción sideral cuando no se escucha a los protagonistas, que en China no lo constituyen solamente los dirigentes, ni la masa de funcionarios, sino el pueblo entero. Por mi parte creo impracticable que los dirigentes chinos organicen a ese inmenso pueblo a modo de un espectáculo que sirva para engañar o impresionar al puñado de extranjeros que circunstancialmente viajamos a través de China. Por lo contrario, considero que todo lo dicho y expuesto por los chinos

es lo único que nos lleva o nos aproxima a la verdad de los hechos, aunque muchos se resistan a aceptar que puede haber una misma verdad para los occidentales y para los chinos.

En mi libreta de apuntes encuentro ahora, solitaria, sin indicación de persona ni lugar, la observación de un guardia rojo: "No tememos a ningún ejército del mundo, ni a ninguna violencia interior: solamente tememos el cambio de la ideología, y esto sí requiere la máxima vigilancia, porque puede producirse sin darnos cuenta". Es que en China la ideología no juega una función meramente académica, sino un rol de vida o muerte. Conforme a su ideología, la oceánica población china puede constituir el motor de un gran avance o el freno que acentúe la diferencia entre las potencias altamente industrializadas y el Tercer Mundo. A China sólo le quedan dos caminos absolutamente opuestos: salto adelante para convertirse en un país moderno o retracción (y como consecuencia el atraso). Aquí no cabe otra disyuntiva: gran potencia mundial o inmenso territorio agrícola. (El poder atómico chino no cuenta tanto como fuerza militar nacional, sino más como artículo de fe para todo el Tercer Mundo). En estas condiciones, la ideología que señale la orientación hacia un lado u otro, significa no solamente el problema fundamental de China, sino también del proceso revolucionario que se opera en el Tercer Mundo, y en última instancia la clave del futuro de la humanidad.

ÍNDICE

Primer encuentro con la Revolución Cultural	7
Los complicados tejidos de punto de Pekín ...	21
Entrevista con Kuo Mo-jo	39
Estrategia maoísta y educación	51
Guardias rojos	83
El natatorio revisionista	95
La política al mando del ejército	101
Sobre héroes y modelos	119
Cómo un hombre combate el cáncer	129
Shangai	139
El oriente rojo y la revolución del carrillón ...	159
Un banquete didáctico	165
Variaciones sobre una comuna popular	179
Prólogo para publicarse como epílogo	189

Se terminó de imprimir
en enero de 1969, en
TALLERES GRÁFICOS CADEL S. C. A.
Sarandí 1157 - Buenos Aires